SHAKESPEARE

HÁMLET

Tragedia

Decorado

acto 1°

salon à toda escena n° 1
salon corto, salon n° 2
explanada castillo toda escena - n° 3
salon corto murallas castillo - n° 4

HÁMLET

acto 2°

n° 2
n° 1

acto 3°

Un salon con escenario n° 5
salon corto salon n° 6

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO VOL. 6

HÁMLET

PRÍNCIPE DE DINAMARCA

TRAGEDIA

DE

GUILLERMO SHAKESPEARE

NOVÍSIMA TRADUCCIÓN LITERAL Y DIRECTA DEL INGLÉS

POR

J. ROVIRALTA BORRELL

3.ª EDICIÓN

nuevamente corregida



LIBRERÍA DE ANTONIO
LÓPEZ, EDITOR.—RAMBLA
DEL CENTRO, 20. — BAR-
CELONA : :: :: :: 1913

Imprenta de Francisco J. Altés, Ángeles, 22 y 24 Barcelona.

JUICIOS CRÍTICOS EMITIDOS ACERCA DE LA PRIMERA EDICIÓN DE ESTA OBRA

En la imposibilidad de insertar todo cuanto se ha dicho y escrito sobre el particular, me concretaré a copiar lo que sigue:

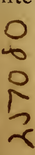
«Don J. Roviralta Borrell ha publicado una versión castellana de la tragedia de Shakespeare «Hámlet, príncipe de Dinamarca», exornada con profusión de notas aclaratorias y filológicas. Trátase de un trabajo serio y concienzudo en que su autor se acredita tanto de hábil filólogo, como de elegante estilista. Los pasajes ambiguos u obscuros del original inglés aparecen comentados por el señor Roviralta en unas notas tan eruditas como interesantes, que ponen muy de relieve el estudio hecho por el mismo de todos los principales traductores y comentadores de Shakespeare.»

(*Diario de Barcelona*, 7 Marzo de 1905.)

«Hem rebut l'«Hámlet, princep de Dinamarca», traduit al castellá per don J. Roviralta. El traductor en el seu treball ha volgut fer obra de conciencia i en bona fe que ho ha conseguit, traient-nos de molts errors soferts en las traduccions d'altres autors del genial poeta inglés»... «indagant així mateix en diccionaris el veritable sentit de las paraulas que'n Shakespeare posa en boca dels seus personatges»... «llibre digne de ser llegit amb atenció pels aimants de la literatura.»

(*La Veu de Catalunya,* 10 Mars 1905.)

«Hemos recibido un ejemplar de la tragedia *Hámlet...* cuidadosamente traducida por don J. Roviralta Borrell. El traductor ha procurado en lo posible verter en español literalmente todas las voces inglesas, conservando de este modo todo



el sabor literario del original y toda la intensidad emotiva del diálogo. La obra del señor Roviralta será saboreada por todos los inteligentes, mereciendo plácemes por su notable trabajo.»

(*El Noticiero Universal,* 14 Marzo 1905.)

«Esta (la traducción hecha por el señor Roviralta) es una excelente traducción, la más exacta, minuciosa, verdadera y bien documentada que hasta la fecha se ha ofrecido de la inmortal tragedia en castellano. El señor Roviralta, con una honradez literaria, con una paciencia y elevación de espíritu dignas de sincero aplauso, ha hecho un concienzudo trabajo de arte y erudición al propio tiempo... dando a la creación del genio inglés toda su integridad, su significado, sus ricos matices. La traducción es literal, como conviene que sea,... y está avalorada con interesantes y meritísimas notas de clara, copiosa y bien nacida erudición... En el libro del señor Roviralta he sentido más fuertemente que nunca todo lo que hay de trágico, de melancólico, de profundamente genial en ese gran príncipe»...

(*El Cantábrico,* 14 Julio 1905.)

«Reciba V. las más cumplidas y expresivas gracias por la amabilidad con que se sirvió ofrecerme un ejemplar de su admirable cuanto concienzuda versión de *Hámlet*. Esta me ha interesado sobre manera... Le doy a V. mi cordial enhorabuena por su excelente trabajo.»

(Extracto de una carta del Dr. Juan Fastenrath,
Consejero áulico.—Colonia.)

«Su traducción del *Hámlet* es un trabajo interesantísimo... y me parece felicísima, siendo fiel a la par que escrita en buen castellano...

«La exquisita e interesantísima traducción literal de esta tragedia...»

Su traducción es un valioso comentario que me explica muchísimos lugares del original que antes me eran incomprensibles.»

(Extracto de una carta del Dr. Fritz Holle,
profesor de la *Realschule,* Pankow bei Berlin.—Berlín.)

«La impresión que me ha causado la lectura de su trabajo ha sido excelente,... sin hablar de la satisfacción que deben causar a un filólogo trabajos tan *desinteresadamente* científicos.»

(Extracto de una carta del Doctor Eb. Vogel,
Profesor del Instituto de Aquisgrán.)

«He leído su traducción con el cuidado que se merece, y cotejándola con el original, encuentro que es muy fiel, y que al determinar el significado de ciertos pasajes (frecuentemente dificilísimos), se ha inspirado V. en los comentaristas de mayor autoridad. Le felicito por su excelente trabajo.»

(Extracto de una carta del Doctor Hugo A. Rennert,
profesor de la Universidad de Pensilvania.)

«Con su meritísima obra ha prestado V. un importante servicio a las letras españolas, pues, según parecer de hombres doctos y competentes, hasta la fecha no existía una versión castellana del todo digna de tan hermoso original... Las notas críticas o aclaratorias que explican e ilustran las frases o palabras obscuras, resultarán muy útiles para la mayor parte de los lectores.»

(De una carta del profesor Mr. E. Merimée, Decano
de la Facultad de Letras en la Universidad de Tolosa.)

«Su traducción castellana del *Hámlet* es un trabajo de gran valía y que honra verdaderamente a su autor.»

(Dr. Alfredo Morel-Fatio, profesor de la
Ecole nationale des Chartes.)

«Con gran interés he leído su traducción del *Hámlet,* que me ha gustado muchísimo, y de la cual aprecio de una manera especial las notas que la ilustran.»

(Dr. Karl Vollmöller, director de *Romanischen
Forschungen,*)

«... su concienzuda y erudita traducción del *Hámlet,* proporcionándome esta nueva ocasión de penetrar en la obra del gran Shakespeare, con el aliciente, además, de una versión tan meritoria...»

(D. Juan Maragall.)

«... la muy excelente *(very excellent)* traducción que V. ha hecho del *Hámlet.*»

(J. W. Bloomfield, ex-profesor de la *Rational School* de Barcelona.)

«En su trabajo noto claridad y pureza de pensamientos, que no ostentan otras traducciones... Las notas que van al final me parecen muy interesantes para su estudio y comprensión; en suma: creo que su libro tiene gran valor literario.»

(D. Luis David, profesor de inglés en la Academia militar de Toledo.)

PRÓLOGO

Al decidirme a traducir la obra más grandiosa, filosófica y genial del llamado «príncipe de los poetas», heme propuesto ante todo que mi versión sea íntegra, literal y rigurosamente fiel. *A este fin, y al objeto de dar a cada vocablo su verdadera significación, he consultado, además de los diccionarios comúnmente empleados para la traducción inglesa, los diccionarios de Webster, Johnson, Funk y Wagnalls y otros cuya autoridad es aceptada por todo el mundo. Asímismo he utilizado a cada paso diversos glosarios* y *léxicos destinados especialmente a explicar e interpretar las palabras contenidas en las obras shakesperianas, debiendo hacer particular mención de los glosarios de Mackay, Nares, Dyce y sobre todo del completo y notabilísimo* Shakespeare-Lexicon *de Alex. Schmidt.*

Para el presente trabajo no me he servido de ninguna edición inglesa determinada. He tenido a la vista las que son tenidas en mayor aprecio por los inteligentes, como son las de Dyce, Delius, Knight,

Steevens y Malone, Campbell, «The Globe», Cowden Clarke, Heinemann, Clark y Wright, etc., y allí donde he notado la más leve discrepancia entre este o aquel texto, he elegido la frase, expresión, palabra y hasta la puntuación que, después de maduro examen, me ha parecido más racional y admisible.

En un solo punto me he separado algo del texto original, pero esta alteración no afecta en lo más mínimo a la obra del genial poeta, sino simplemente a la de algunos de sus editores. Refiérome a las acotaciones que he añadido o modificado con el objeto de prestar mayor claridad a ciertas situaciones dramáticas. Las acotaciones de este género van entre paréntesis rectangulares, *para diferenciarlas de las restantes.*

En esta tercera edición del Hámlet *se han corregido diferentes errores que se habían deslizado en las anteriores. Para este trabajo de corrección me han prestado un importantísimo servicio las valiosas notas que enriquecen las ediciones de los profesores K. Deigthon y A. W. Verity, así como las atinadas observaciones con que se han dignado favorecerme diferentes literatos y filólogos que gozan de merecido renombre, debiendo señalar en primer término al distinguido profesor alemán Dr. Fritz Holle, a quien, como a todos los demás, envío desde estas páginas la expresión de mi profundo reconocimiento.*

Otra mejora que presenta esta nueva edición, es la de aparecer en verso algunos fragmentos líricos que necesariamente han de revestir dicha forma literaria. De esta difícil labor se ha encargado mi excelente amigo, el laureado poeta D. José Plana y Dorca, quien, por su buena voluntad y por el esmero con que se ha ajustado fielmente así al sentido como a la letra del texto, se ha hecho una vez más acreedor a mi gratitud.

J. Roviralta Borrell.

Barcelona, Julio de 1906.

PERSONAJES

Claudio, rey de Dinamarca.
Hámlet, príncipe de Dinamarca; sobrino de Claudio e hijo del difunto rey Hámlet.
Polonio, gran chambelán.
Horacio, amigo de Hámlet.
Laertes, hijo de Polonio.

Voltimand . .	cortesanos.
Cornelio . . .	
Rosencrantz.	
Guildenstern	
Osric	

Un gentilhombre.
Un clérigo.

Marcelo	oficiales.
Bernardo	

Francisco, soldado.
Reinaldo, criado de Polonio.
Unos cómicos.
Dos sepultureros (graciosos).
Fortimbrás, príncipe de Noruega.
Un capitán.
Embajadores de Inglaterra.
Gertrudis, reina de Dinamarca y madre de Hámlet.
Ofelia, hija de Polonio.
La Sombra del rey Hámlet.
Caballeros, damas, oficiales, soldados, marineros, mensajeros, pajes y otras personas del acompañamiento.

Escena.—En la ciudad de Elsenor, excepto en la Escena IV del Acto cuarto, que pasa en una llanura de Dinamarca.



ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Elsenor.—Una explanada delante del alcázar. Noche obscura; la luna brilla débilmente a intervalos.

FRANCISCO, de centinela, paseándose solo, armado de partesana y espada. La campana del reloj da pausadamente las doce. Un momento después entra BERNARDO, igualmente armado, dirigiéndose hacia Francisco.

BERNARDO.—¿Quién va?

FRANCISCO.—¡Eh! Respondedme vos a mí. ¡Alto y descubrid quién sois!

BERNARDO.—[*Recatadamente y bajando la voz.*] ¡Viva el Rey! (1)

FRANCISCO.—¿Sois Bernardo?

BERNARDO.—El mismo.

FRANCISCO.—Llegáis con suma diligencia a vuestra hora.

BERNARDO.—Acaba de dar la media noche. Vete a recoger, Francisco.

FRANCISCO.—Muchas gracias por el relevo. Hace un frío cruel, y me siento desfallecido.

BERNARDO.—¿Ha sido tranquila tu guardia?

FRANCISCO.—Ni un ratón se ha movido.

BERNARDO.—Está bien. Buenas noches. Si encuentras a Horacio y Marcelo, mis dos compañeros de guardia, ruégales que se den prisa.

---

(1) Santo y seña convenido para aquella noche.

FRANCISCO.—Me parece oirlos.—¡Alto! ¿Quién va?

Entran HORACIO y MARCELO

HORACIO.—Amigos de este país.
MARCELO.—Y vasallos del rey de Dinamarca.
FRANCISCO.—¡Ea, buenas noches!
MARCELO.—Adiós, bravo soldado. ¿Quién te relevó?
FRANCISCO.—Bernardo ocupa mi puesto. Dios os guarde. *(Vase)*.
MARCELO.—¡Hola, Bernardo!
BERNARDO.—¡Cómo! ¿No es Horacio ése que está ahí?
HORACIO.—Un pedazo de él. [*Dando la mano a Bernardo.*]
BERNARDO.—Bien venido, Horacio; bien venido, amigo Marcelo.
HORACIO.—[*Con sorna*]. Y qué tal, ¿se ha aparecido otra vez aquéllo esta noche?
BERNARDO.—Yo nada he visto.
MARCELO.—Horacio está empeñado en que todo eso es pura ilusión nuestra, y se resiste a creer nada referente a esa espantosa aparición que hemos visto ya dos veces. Por este motivo le insté a que viniera con nosotros a velar atentamente toda la noche, a fin de que, si sale de nuevo tal espectro, pueda acreditar nuestros ojos y hablarle.
HORACIO.—¡Quita, quita allá! ¡Qué ha de salir!
BERNARDO.—Siéntate un ratito, y deja que demos otro asalto a tus oídos con el relato del suceso contra el cual tan prevenidos se hallan, y que hemos presenciado ya dos noches distintas.
HORACIO.—Vaya, pues, sentémonos y a ver qué nos cuenta de eso Bernardo.
BERNARDO.—Esta última noche, cuando aquella misma estrella que se ve hacia el oeste del polo había ejecutado su carrera hasta iluminar la parte del cielo donde ahora brilla, Marcelo y yo, en el momento en que el reloj daba la una...

Aparece LA SOMBRA DEL REY HÁMLET, armado de punta en blanco y revestido con manto real; tiene alzada la visera, y lleva en la mano derecha un bastón de mando.

MARCELO.—¡Chitón! No prosigas. Ved donde sale otra vez.
BERNARDO.—En la misma figura, y en todo parecido al Rey difunto.
MARCELO.—Háblale tú, que eres hombre de letras (1), Horacio.
BERNARDO.—Fíjate bien, Horacio: ¿no es cierto que se parece al Rey?
HORACIO.—Exactamente. Esto me hiere de pavor y asombro.
BERNARDO.—Querrá que le hablen.
MARCELO.—Pregúntale. Horacio.
HORACIO.—[*Avanzando unos pasos hacia la Sombra.*] ¿Quién eres tú, que así usurpas esta hora de la noche, a la par que esa forma augusta y guerrera con que en otro tiempo iba al frente de su ejército Su Majestad, el sepultado rey de Dinamarca? Por el cielo te conjuro que hables.
MARCELO.—Está agraviado.
BERNARDO.—Ved: se aleja con paso altivo.
HORACIO.—¡Detente! ¡Habla, habla! Te mando que hables. *(Vase la Sombra.)*
MARCELO—Se ha ido sin querer contestar.
BERNARDO.—¡Hola, Horacio! Parece que estás tembloroso y pálido. ¿Y es ésto nada más que ilusión? ¿Qué opinas de ello?
HORACIO.—Juro a Dios que nunca tal podía yo creer sin el sensible y fiel testimonio de mis propios ojos.
MARCELO.—¿Y no se parece al Rey?
HORACIO.—Como tú te pareces a ti mismo. Esta era la misma armadura que llevaba cuando peleó con el ambicioso rey de Noruega; este mismo ceño puso cuando en una airada entrevista derribó de su trineo al Polaco haciéndole rodar por el hielo. ¡Es muy extraordinario!
MARCELO.—Pues de esta misma suerte y precisamente a esta misma hora reposada y silenciosa, otras dos veces ha pasado majestuosa la sombra delante de nuestra guardia con este paso marcial.

---

(1) Creíase antiguamente que los aparecidos no podían conversàr sino con personas instruídas y que conociesen el latín, lengua empleada en los exorcismos y conjuros.

HORACIO.—Yo no sé a punto fijo qué pensar de ello; mas, según vagamente alcanzo a conjeturar, augura esto una invasión extranjera en nuestro suelo.

MARCELO.—Pues bien, sentémonos, y que me diga quien lo sepa: ¿por qué esa rigurosa y atenta vigilancia fatiga así todas las noches a la gente de esta nación? ¿Qué significa eso de fundir cada día cañones de bronce, y ese acopio de pertrechos de guerra comprados en el extranjero? ¿A qué viene esa leva de calafates, cuya penosa labor no distingue el domingo del resto de la semana? ¿Qué cosa puede amenazarnos, para que esa jadeante actividad haga de la noche una compañera de trabajo del día? ¿Quién sabrá explicármelo?

HORACIO.—Yo puedo hacerlo, o al menos, tales son los rumores que corren. Nuestro último Rey, cuya imagen se nos ha aparecido hace un instante, fué, como ya sabéis, retado a singular combate por Fortimbrás de Noruega, a quien aguijoneaba la más celosa soberbia; en esta lid nuestro valeroso Hámlet (que tal renombre alcanzó en esta parte del mundo conocido) dió muerte a Fortimbrás, quien, en virtud de un pacto sellado y plenamente ratificado por la ley y el fuero de la caballería, al perder la vida dejaba en posesión del vencedor todas aquellas tierras sobre las cuales tenía dominio. Por su parte, nuestro Rey se comprometió a ceder una porción equivalente de territorio, que debía pasar a poder de Fortimbrás si éste hubiese salido triunfante; y ello fué que por este mismo convenio y a tenor de lo estipulado en el artículo en cuestión, los dominios del Noruego recayeron en Hámlet. Y ahora, Fortimbrás el joven, fogoso y henchido de indómito valor, ha ido reclutando de aquí y de allá en las fronteras de Noruega una pandilla de gente miserable y resuelta a todo, por la sola pitanza, para alguna empresa que requiere mucha osadía, y que no es otra, como lo ha perfectamente comprendido nuestro gobierno, que venir a recobrar, con mano armada y por medios violentos, las susodichas tierras que de tal modo perdió su padre; y éste, en mi sentir, es el motivo principal de nuestros preparativos, la causa de estas guardias que venimos haciendo y la verdadera razón de esa

febril actividad y de ese bullicioso trastorno que observamos en todo el país.

BERNARDO.—Opino que no debe de ser otra cosa; y esto quizá explique por qué esa visión portentosa se presenta armada en medio de nuestra guardia, teniendo tanta semejanza con el Rey que ha sido y es la causa de estas guerras.

HORACIO. —Motita es ésta suficiente para turbar los ojos del entendimiento. En la época en que Roma victoriosa había llegado al apogeo de su esplendor, poco tiempo antes de sucumbir el poderosísimo Julio César, las tumbas quedaron vacías, y los difuntos, envueltos en sus mortajas, discurrían por las calles de Roma dando alaridos y extrañas voces; viéronse asimismo raros prodigios en el cielo, tales como estrellas con colas de fuego, lluvias de sangre y señales de desastres en el sol; y el húmedo planeta (1), a cuya influencia se halla sujeto el imperio de Neptuno, quedó pálido y obscurecido por un eclipse, cual si hubiese llegado la fin del mundo. Y estas mismas señales precursoras de sucesos espantables, a modo de nuncios que preceden siempre a los infaustos acontecimientos y de preludio de próximas calamidades, el cielo y la tierra juntos las han manifestado a nuestro reino y a nuestros compatriotas.

Vuelve a aparecer LA SOMBRA.

HORACIO.—Pero ¡silencio! Mirad, helo aquí otra vez. Voy a salirle al encuentro, aunque me hiera con su dañina influencia (2). ¡Detente, fantasma! Si tienes acento o bien uso de palabra, háblame; si hay alguna buena obra por hacer, que te reporte a ti un refrigerio y a mí la gracia celeste, háblame; si eres sabedor de algún desastre que amenace la patria y que, previéndolo, tal vez se pueda evitar, ¡oh, habla! O si en vida depositaste en las entrañas de la tierra algún tesoro ilícitamente adquirido, por lo cual diz que

(1) La luna.

(2) Según añejas creencias, la persona que en su camino se cruzaba con algún espectro, hallábase sujeta a la funesta influencia del mismo.

vosotros, los espíritus, con frecuencia vagáis errantes después de la muerte, dímelo... [*El gallo canta, y al punto la Sombra se estremece y empieza a alejarse.*] ¡Detente! ¡habla! Ciérrale el paso, Marcelo.

MARCELO.—¿Le hiero con mi partesana?

HORACIO.—Hiérele si rehusa pararse.

BERNARDO.—¡Aquí está!

HORACIO.—¡Aquí! (*Vase la Sombra*).

MARCELO.—¡Se ha ido! Muy mal hemos obrado, siendo tan majestuoso, al hacerle tales muestras de violencia, puesto que es invulnerable como el aire, y nuestros vanos golpes no son más que una burla cruel.

BERNARDO.—Estaba a punto de hablar cuando ha cantado el gallo.

HORACIO.—Y entonces se ha ido sobresaltado como un delincuente bajo el peso de un tremendo requerimiento. He oído contar que el gallo, que es el heraldo matutino, despierta al dios del día con su voz aguda y estridente, y que a esta señal los espíritus que vagan errantes, ora estén en el agua o en el fuego, ora en la tierra o en el aire, huyen presurosos a su región; y de la verdad de esto clara prueba es lo que acabamos de ver.

MARCELO.—En efecto, ha desaparecido en el acto de cantar el gallo. Dicen que cada vez que se acerca el tiempo en el cual se celebra el nacimiento de nuestro Salvador, el ave de la aurora pasa cantando la noche entera, y entonces, según cuentan, ningún espíritu se atreve a salir de su retiro; las noches son saludables; entonces ningún planeta ejerce acción maléfica, ninguna hada fascina y ninguna hechicera tiene poder para encantar: tan sagrado y tan lleno de gracia es aquel tiempo del año.

HORACIO.—Tal he oído referir, y en parte lo creo. Mas ved como la aurora, revestida con su manto de púrpura, avanza con paso lento sobre el rocío de aquel empinado cerro que se ve allá al Oriente. Rindamos ya nuestra guardia, y, siguiendo mi consejo, vayamos a comunicar al joven Hámlet lo que hemos presenciado esta noche; pues, por mi vida, creo que este fantasma, mudo como es para nosotros, pretende hablarle. ¿Os parece bien informar de ello al Príncipe, ya que

así lo exige nuestro afecto hacia él y se acomoda a nuestro deber?

MARCELO.—Sí; os ruego que así lo hagamos. Yo sé donde podremos verle esta mañana más holgadamente. *(Vanse).*

ESCENA II

Salón del trono en el alcázar de Elsenor. Toque de trompetas. Entran EL REY, LA REINA, HÁMLET, POLONIO, LAERTES, ~~VOLTIMAND~~, ~~CORNELIO~~, caballeros y acompañamiento.

EL REY.—Bien que aun está vivo el recuerdo de la muerte de nuestro amado hermano, y aunque cumpla a nosotros mantener nuestro corazón agobiado de tristeza y a nuestro reino entero contraerse en un solo gesto de dolor, sin embargo, tanto y tanto ha luchado la razón con el sentimiento, que pensamos ya en el finado con un pesar más discreto y sin olvidarnos de nosotros mismos. Este es el motivo porque con una alegría malograda, por decirlo así, con un ojo risueño y el otro vertiendo lágrimas, con regocijo en los funerales y con cantos elegíacos en el himeneo, pesando en igual balanza el placer y el duelo, hemos tomado por esposa a la que antes fué nuestra hermana y es ahora nuestra reina, teniendo por derecho de viudedad la soberanía de esta belicosa nación. Y en esto no hemos contrariado vuestro superior criterio, que libre y espontáneamente se mostró favorable a tal asunto. Recibid por todo ello la expresión de mi agradecimiento. Y pasando ahora a otra cuestión, ya sabéis que Fortimbrás el joven, teniendo una mezquina idea de nuestro poderío, o figurándose que por efecto de la reciente muerte de nuestro hermano querido la nación se halla desquiciada y en plena anarquía, apoyado en la quimera de su propia ventaja, no ha cesado de importunarnos con mensajes reclamando la entrega de aquellos territorios que, con todos los requisitos de la ley, abandonó su padre a nuestro muy valeroso hermano. Esto es lo que a él atañe. En cuanto a nosotros y al objeto de esta

reunión, he aquí de qué se trata. Hemos escrito este despacho al rey de Noruega (tío del joven Fortimbrás), que, hallándose achacoso y postrado en cama, apenas tiene noticia de los proyectos de su sobrino, para que impida a éste llevarlos adelante, atendido que las levas, los alistamientos y las derramas, todo se efectúa entre sus propios súbditos; y en este punto os confiamos a ti, mi buen Cornelio, y a ti, Voltimand, el encargo de transmitir nuestro saludo al anciano rey de Noruega, sin concederos en tales negociaciones con el monarca otras facultades que las permitidas dentro de los límites de estas detalladas instrucciones. Adiós, y que vuestra diligencia realce vuestro celo en servirnos.

Cornelio y Voltimand.—En esto, como en todo, daremos pruebas de nuestro acatamiento.

El Rey.—No lo dudamos. Recibid nuestro adiós más sincero. *(Vanse Cornelio y Voltimand).*

El Rey.—Y tú, Laertes, dí: ¿qué se te ofrece? Me hablaste de cierta petición: ¿cuál es, Laertes? No serán vanas tus palabras siempre que expongas al rey de Dinamarca alguna cosa razonable. ¿Qué quisieras tú pedirme que, más bien que una demanda tuya no sea una oferta mía? No es la cabeza más afine al corazón, ni es la mano más servicial para la boca, que lo es la corona de Dinamarca respecto a tu padre. Dime: ¿qué deseas, Laertes?

Laertes.—Mi respetable señor, deseo vuestro beneplácito y permiso para volver a Francia; pues si bien vine de allí gustoso a Dinamarca con el objeto de rendiros homenaje en el acto de vuestra coronación, debo ahora confesaros que, una vez cumplido tal deber, mis pensamientos y mis anhelos se enderezan de nuevo a Francia, y se someten humildemente a vuestra generosa venia.

El Rey.—¿Cuentas ya con el asentimiento de tu padre? ¿Qué dice Polonio?

Polonio.—Señor, a fuerza de instancias y súplicas, consiguió tras larga porfía arrancarme el permiso, y a la postre he sellado sus deseos con mi arduo consentimiento. Os ruego, pues, que le otorguéis licencia para partir.

El Rey.—Parte cuando mejor te plazca, Laertes. El tiempo es tuyo; empléenlo tus mejores disposiciones en la medida de tu gusto... Y ahora, Hámlet, deudo e hijo mío...

Hámlet.—*(Aparte.)* Un poco más que deudo, y un poco menos que hijo.

El Rey.—¿Cómo es que esas tétricas nubes se ciernen todavía sobre ti?

Hámlet.—No tal, señor; estoy harto expuesto al sol.

La Reina.—Querido Hámlet, arroja de ti ese tinte sombrío, y miren tus ojos como a un amigo al rey de Dinamarca. No estés incesantemente con los párpados abatidos buscando en el polvo a tu noble padre. Bien sabes que ésta es la suerte común: todo cuanto vive ha de morir, cruzando este mundo para dirigirse a la eternidad.

Hámlet.—Ciertamente, señora, tal es la suerte común.

La Reina.—Puesto que es así, ¿por qué parece afectarte de un modo tan particular?

Hámlet.—*¡Parece* decís, señora! No, es de veras... Yo no sé lo que es eso de apariencias. ¡Ah, mi buena madre! No es sólo mi negro manto, ni el obligado traje de luto riguroso, ni los huecos suspiros de una respiración ahogada, no, ni el abundante raudal de los ojos, ni la expresión lánguida del semblante, a la par que todo el conjunto de formas, exteriorizaciones y muestras de dolor lo que puede revelar fielmente el estado de mi ánimo. Todo esto, en realidad, es pura apariencia, puesto que son cosas que el hombre puede simular; mientras que lo que yo siento en mi pecho sobrepuja a todas las exterioridades, las cuales no vienen a ser más que atavíos y ropajes del dolor.

El Rey.—Es una bella acción que enaltece tus sentimientos, Hámlet, el rendir ese fúnebre tributo a tu padre; mas no debes ignorar que tu padre perdió a su padre, que éste perdió también el suyo y que el sobreviviente está obligado por una deuda filial a guardar durante cierto tiempo la tristeza propia del luto; pero empeñarse en una aflicción obstinada es proceder con impía terquedad; es un sentimiento indigno de un hombre; demuestra una voluntad rebelde a los cielos, un corazón débil, un ánimo poco resignado, una inteli-

gencia limitada y sin cultura; pues ¿por qué, con impertinente oposición, debemos tomar tan a pecho aquello que sabemos que necesariamente ha de suceder y que es tan común como la más vulgar de las cosas que se ofrecen a nuestros sentidos? ¡Vaya, vaya! Eso es un pecado contra el cielo, una ofensa a los muertos, un delito contra la naturaleza, una cosa repugnante a la razón, que juzga muy natural la muerte de los padres y que desde el primer hombre que murió hasta el que muere hoy, no ha cesado un punto de exclamar: «Así es como ha de ser.» Conjúrote, pues, que apartes de ti ese inútil desconsuelo y que me mires como a un padre; porque tú, sépalo todo el mundo, eres la persona más allegada a mi trono, y no es menos acendrado el amor que el más tierno padre profesa a su hijo, que el que yo siento por ti... Respecto a tu intención de volver a la Universidad de Wittemberg, nada hay más opuesto a mis deseos, y te suplico que consientas en quedarte aquí, al amor y consuelo de mis ojos, tú que eres el primero de mis cortesanos, sobrino e hijo mío.

LA REINA.—Haz que no sean vanas las súplicas de tu madre, Hámlet; quédate con nosotros, no te vayas a Wittemberg, te lo ruego.

HÁMLET.—Haré cuanto yo pueda por obedeceros, señora.

EL REY.—¡Esa es una respuesta afectuosa y digna! Sé en Dinamarca cual yo mismo. Venid, señora: esa noble y espontánea condescendencia de Hámlet llega sonriendo a mi corazón; en gracia a lo cual, ningún festivo brindis echará en este día el soberano de Dinamarca sin que el potente cañón lo pregone a las nubes y sin que a cada libación del Rey los cielos resuenen con estrépito respondiendo al trueno de la tierra. Salgamos. *(Toque de trompetas.—Vanse todos, excepto Hámlet).*

HÁMLET.—¡Ah! ¡Si esta sólida, excesivamente sólida carne pudiera ablandarse, derretirse y resolverse en suave rocío! ¡Si no hubiese establecido el Eterno su sagrada ley contra el suicidio!... ¡Dios mío, Dios mío! ¡Cuán fastidiosas, gastadas, insulsas y vanas me parecen todas las usanzas de este mundo! ¡Oh! ¡qué mezquindad, qué asco! El mundo es a manera de jardín cu-

bierto de maleza y plantas espigadas; infectos y ruines productos se han enseñoreado de él por completo... ¡Que se haya llegado a un extremo tal! ¡Sólo hace dos meses que él murió!... No, no tanto; ni dos meses siquiera. Un Rey tan excelente que, comparado con éste, era lo que Hiperión (1) al lado de un sátiro; tan tierno y afectuoso para mi madre que nunca sufriera que las auras del cielo llegaran con harta violencia a su rostro. ¡Rayo de Dios! ¿Será preciso recordarlo? ¡Ah! Ella que se abrazaba al cuello de su esposo, cual si aquello mismo que saciaba sus deseos diera a ellos creces; y sin embargo, en el espacio de un mes... No quiero pensar en eso. Quien dice fragilidad, dice mujer... Un mes apenas, antes de estropearse el calzado que usaba ella al acompañar el cadáver de mi pobre padre, cual Níobe deshecha en llanto; ella, sí, ella misma—¡oh cielos! una fiera, incapaz de raciocinio, hubiera expresado un dolor más duradero,—ella enlazada con mi tío, con el hermano de mi padre, pero tan semejante a mi padre como yo a Hércules; en el espacio de un mes, aun antes que la sal de sus pérfidas lágrimas hubiera cesado de enrojecer sus dolientes ojos, ella se desposó. ¡Qué precipitación más execrable! ¡Lanzarse con tal premura al tálamo incestuoso! Eso no es bueno, ni en bien puede redundar. Pero, desgárrate corazón mío, ya que forzosamente debo la lengua refrenar.

Entran HORACIO, MARCELO y BERNARDO

HORACIO.—Guarde Dios a Vuestra Alteza.

HÁMLET.—Mucho celebro verte bueno, Horacio, según pienso, o es que me olvido hasta de mi persona.

HORACIO.—El mismo, Alteza, y siempre vuestro humilde servidor.

HÁMLET.—Dí más bien mi buen amigo; quiero tal título contigo cambiar. ¿Y qué has venido a hacer aquí, lejos de Vittemberg, Horacio? *(Fijándose en Marcelo).* ¡Marcelo!

---

(1) Sobrenombre de Apolo, dios de la poesía y de la música y notable por su extraordinaria belleza.

MARCELO.—Mi buen señor...

HÁMLET.—Siento una viva satisfacción en verte. Buenas tardes, amigo mío. *(A Horacio).* Pero dime con franqueza: ¿qué causa ha motivado tu regreso de Wittemberg?

HORACIO.—La inclinación a vagabundear, mi buen señor.

HÁMLET.—No sufriría yo que un enemigo tuyo tal dijera, ni podrías tú violentar mis oídos hasta el punto de obligarles a dar crédito a tu propia declaración contra ti mismo: bien sé yo que no eres vagabundo (1). Pero dime: ¿qué asuntos tienes en Elsenor? Aquí te enseñaremos a beber como un tudesco antes de tu partida.

HORACIO.—Señor, vine para asistir a las exequias de vuestro padre.

HÁMLET.—Ea, déjate de burlas, condiscípulo mío; yo creo que ha sido para concurrir a las bodas de mi madre.

HORACIO.—No hay duda que éstas han venido bien poco después.

HÁMLET.—Cuestión de economía, Horacio, cuestión de economía. Los manjares calientes del banquete funerario surtieron, una vez fiambres, la mesa nupcial. ¡Quisiera haberme encontrado en el cielo con mi más irreconciliable enemigo antes que haber visto semejante día, Horacio! ¡Padre mío!... Paréceme que veo a mi padre.

HORACIO.—¿Dónde, señor?

HÁMLET.—Con los ojos del alma, Horacio.

HORACIO.—Yo le he visto ya; era todo un Rey.

HÁMLET.—Era un hombre que, considerado en todas y cada una de sus cualidades, no encontraré jamás quien le iguale.

HORACIO.—Yo creo, señor, haberle visto anoche.

HÁMLET.—¿Visto? ¿A quién?

HORACIO.—Al Rey vuestro padre, señor.

HÁMLET.—¿Al Rey mi padre?

HORACIO.—Moderad por un instante vuestro asombro, y prestadme atento oído mientras yo, apoyado en el testimonio de estos señores, os hago una relación de tal prodigio.

---

(1) Alusión al calificativo de «vagabundos» que el primer ministro de la corte de Isabel aplicó a los cómicos ambulantes.

HÁMLET.—¡Habla, por Dios!

HORACIO.—Dos noches consecutivas, hallándose de guardia estos dos señores, Marcelo y Bernardo, en la silenciosa y negra soledad de la media noche, les aconteció lo siguiente: una figura idéntica a vuestro padre, perfectamente armada de punta en blanco, se les aparece, y con un andar solemne pasa lenta y majestuosamente cerca de ellos; tres veces ha pasado ante sus ojos atónitos y sobrecogidos de terror, a la distancia del bastón de mando que empuñaba, mientras ellos, trémulos y anonadados de espanto, permanecían mudos sin osar decirle una palabra. Esto es lo que me comunicaron con medroso misterio. La tercera noche fuíme con ellos a hacer la guardia, y allí, exactamente a la misma hora y en la misma forma que me indicaron, resultando ciertas y verdaderas todas sus palabras, presentóse la aparición. Yo conocí a vuestro padre; no son más semejantes estas dos manos entre sí.

HÁMLET.—Pero ¿en dónde ha ocurrido eso?

MARCELO.—En la explanada donde hacíamos la guardia, señor.

HÁMLET.—¿Y no le hablasteis?

HORACIO.—Sí que le hablé, señor, mas no dió respuesta alguna. Con todo, parecióme una vez que levantaba la cabeza y hacía un ademán como si se dispusiera a hablar; pero en aquel preciso momento el gallo madrugador dejó oir su potente voz, y a su canto la sombra, estremecida de temor, retrocedió presurosa, y desapareció de nuestra vista.

HÁMLET.—¡Es muy extraordinario!

HORACIO.—Tan cierto como estoy vivo, mi respetable señor, ésta es la pura verdad, y hemos creído consignado en nuestro deber el instruiros de ello.

HÁMLET.—A fe, a fe, señores, que eso me llena de turbación... ¿Estáis de guardia esta noche?.

MARCELO y BERNARDO.—Sí, Alteza.

HÁMLET.—¿Iba armado, decís?

MARCELO y BERNARDO.—Armado, señor.

HÁMLET.—¿De pies a cabeza?

MARCELO y BERNARDO.—Desde la cabeza hasta la punta de los pies, señor.

HÁMLET.—Pues entonces no veríais su rostro....

HORACIO.—¡Oh! sí, señor; traía alzada la visera.
HÁMLET.—Decid: ¿tenía un aire ceñudo?
HORACIO.—Su aspecto era más bien de tristeza que de enojo.
HÁMLET.—¿Pálido o encendido?
HORACIO.—¡Oh! Extremadamente pálido.
HÁMLET.—¿Y fijaba la vista en vosotros?
HORACIO.—Con la mayor insistencia.
HÁMLET.—Quisiera haberme encontrado allí.
HORACIO.—Os hubiera causado gran azoramiento.
HÁMLET.—Es probable... muy probable... ¿Estuvo mucho tiempo?
HORACIO.—El que se necesita para contar sin mucha prisa hasta ciento.
MARCELO y BERNADO.—Más, más.
HORACIO.—No estuvo más tiempo la vez que yo le ví.
HÁMLET.—Su barba era entrecana, ¿no es eso?
HORACIO.—Era, como yo se la había visto en vida, de un negro plateado.
HÁMLET.—Quiero velar esta noche; acaso se aparecerá de nuevo.
HORACIO.—Se aparecerá, os lo fío.
HÁMLET.—Si adopta la figura de mi noble padre, yo he de hablarle, aun cuando abra su boca el mismo infierno y con voz rugiente me ordene callar. [*Bajando la voz*]. Una merced os pido a todos, y es que si hasta ahora habéis guardado en secreto esa visión, sigáis teniéndola recogida en vuestro silencio; y a cualquiera cosa que ocurra esta noche, prestadle un sentido, pero no lengua. Yo sabré corresponder a vuestro afecto. Conque, adiós; entre once y doce iré a veros en la explanada.
TODOS.—Nuestros respetos a Vuestra Alteza.
HÁMLET.—No: vuestra amistad, como la mía a vosotros. Adiós. *(Vanse todos, excepto Hámlet)*.
HÁMLET.—¡La sombra de mi padre así armada! Nada bueno es todo ello. Sospecho alguna infamia... Quisiera ver ya llegada la noche. Hasta entonces queda en sosiego, alma mía. Las acciones criminales surgirán a la vista de los hombres, aunque se hallen sepultadas en el fondo de la tierra. (*Vase*).

ESCENA III

Una sala en casa de Polonio.
LAERTES y OFELIA.

LAERTES.—Mi equipaje está embarcado ya. Adiós. Cuando sean favorables los vientos y haya disponible algún medio de comunicación, no te duermas, hermana mía, hazme saber nuevas de ti.

OFELIA.—¿Puedes dudarlo?

LAERTES.—Con respecto a Hámlet y sus frívolos agasajos, considéralo como un capricho efímero y como devaneos de la juventud ardorosa, una violeta de la florida primavera de la existencia; precoz, pero no permanente; suave, pero no duradera; perfume que deleita un breve instante, y nada más.

OFELIA.—¿Nada más que éso?

LAERTES.—No imagines otra cosa; porque nuestra naturaleza, al crecer, no aumenta simplemente en fuerzas y en corpulencia, sino que a la par se amplian los oficios interiores del corazón y del espíritu a medida que se agranda el templo en el cual éste reside. Es posible que Hámlet ahora te ame, y que al presente ninguna tacha ni felonía empañe la pureza de sus intenciones; pero lo que has de temer, al ponderar su grandeza, es que el Príncipe no tiene voluntad propia, puesto que se halla sujeto a su nacimiento, y no puede, como las personas de humilde categoría, elegir para sí mismo, ya que de su elección dependen la seguridad y el bienestar de todo el reino. Es preciso, pues, que su elección se circunscriba al voto y asentimiento de aquel cuerpo cuya cabeza él es (1). De consiguiente, si te dice que te ama, incumbe a tu sensatez creerlo tan sólo hasta donde él, dentro del ejercicio de sus facultades personales y dentro del rango que ocupa, pueda cumplir su palabra; esto es, no más allá de lo que acuerde el voto general de Dinamarca. Considera, pues, cuánta mengua padecería tu honor si tú, con

(1) En aquel tiempo la monarquía era electiva en Dinamarca.

oído harto crédulo, escucharas sus discursos vanos: o perder tu corazón, o bien abrir a sus desenfrenadas impertinencias el tesoro de tu castidad. Guárdate de ello, Ofelia, guárdate, hermana querida, y mantente a la zaga de tu afección, fuera del alcance y peligro del deseo. Asaz pródiga es la doncella más recatada si descubre sus hechizos a la luna (1). La virtud misma no escapa a los ataques de la calumnia; el gusano roe con sobrada frecuencia las hijas de la primavera (2) aun antes de abrirse los capullos; y en la hora del límpido rocío, en la alborada de la juventud, es cuando más amenazadores son los hálitos pestilentes. Sé, pues, precavida; la mejor seguridad estriba en el temor; la juventud se rebela contra sí misma, aun cuando cerca de ella no haya quien la instigue.

OFELIA.—Conservaré la impresión de esas saludables advertencias como salvaguardia de mi corazón. Pero, hermano querido, no procedas como algunos impíos pastores de almas, que enseñan el escarpado y espinoso camino del cielo, mientras ellos, como jactanciosos y procaces libertinos, pisan la florida senda del placer, sin inquietarse por sus propias predicaciones.

LAERTES.—¡Oh! No temas por mí... Demasiado me detengo. Pero aquí viene mi padre.

Entra POLONIO.

LAERTES.—Una doble bendición es un doble beneficio. La suerte sonríe a un segundo adiós.

POLONIO.—¿Todavía aquí, Laertes? ¡A bordo, a bordo! ¡Qué vergüenza! El viento sopla a espaldas de tu nave, y te está aguardando la gente. Oye: que mi bendición sea contigo *(poniéndole las manos sobre la cabeza)*, y procura grabar en tu memoria estos pocos preceptos. No des lengua a tus pensamientos, ni pongas en ejecución idea alguna inconveniente. Muéstrate afable y sencillo, pero en manera alguna, vulgar. Los amigos que tú tengas y cuya adopción

(1) La luna era adorada con el nombre de Diana, célebre por su perpetua castidad.

(2) Las flores.

hayas puesto a prueba, sujétalos a tu alma con ceños de acero; mas no encallezcas tu mano agasajando a todo camarada recién salido del cascarón y sin plumas. Teme trabarte en una contienda, pero, una vez en ella, sosténla de un modo tal que el adversario te tema a ti. Presta a todos tu oído, pero a pocos tu voz. Escucha la opinión de cada uno; reserva, empero, tu juicio. Sea tu vestido tan dispendioso cuanto lo permita tu bolsa, pero sin pecar de extremado; rico, pero no fastuoso, puesto que el traje revela frecuentemente al hombre, y en Francia, las personas de más elevado rango y posición muéstranse, en ésto principalmente, como un modelo de finura y esplendidez. No pidas ni dejes prestado, porque el prestar hace perder muchas veces a un tiempo el dinero y el amigo, y el tomar prestado embota el filo de la economía. Sobre todo sé sincero contigo mismo, de lo cual debe seguirse, como sigue la noche al día, que no puedas ser falso con nadie. Adiós, y que mi bendición haga fructificar en ti estos consejos.

LAERTES.—Con toda humildad me despido, señor.

POLONIO.—El tiempo apremia. Vete; tus criados te están aguardando.

LAERTES.—Adiós, Ofelia; recuerda bien cuanto te he dicho.

OFELIA.—En mi memoria encerrado queda, y tú mismo guardarás la llave.

LAERTES.—Adiós. *(Vase)*.

POLONIO.—¿Qué es lo que te decía, Ofelia?

OFELIA.—Con vuestro perdón sea dicho, eran cosas referentes al príncipe Hámlet.

POLONIO.—¡Ah! Por cierto que bien a propósito me lo recuerdas. Se me ha dicho que con harta frecuencia, desde poco tiempo acá, te ha dedicado secretamente algunos ratos, y que tú, a tu vez, fuiste sobrado franca y generosa en darle audiencia. Si esto es cierto (según me lo han hecho saber, y esto fué por vía de aviso), debo advertirte que no has formado de ti misma un concepto tan cabal como cumple a mi hija y a tu decoro. ¿Qué hay entre vosotros? Confíame la verdad.

OFELIA.—Señor, desde algún tiempo a esta parte me ha

hecho mil protestas y ofertas del amor que siente por mí.

POLONIO.—¡Amor! ¿Habráse visto mayor desatino? Tú hablas como una muchacha inexperta, que no ha pasado por el tamiz de tan peligrosas circunstancias. ¿Y crees tú en sus *ofertas,* como tú las llamas?

OFELIA.—No sé qué debo pensar, señor.

POLONIO.—¡Pardiez! Voy a decírtelo. Piensa que eres una inocente, que has tomado por buena paga esas *ofertas* que no son de legítimo cuño. *Ofrécete* a ti propia en mayor estima, o de lo contrario (por no hacerle perder el aliento a esa pobre expresión acosándola (1) de tal suerte), te *ofrecerás* a mí como una necia.

OFELIA.—Señor, él me ha requerido de amores con aire respetuoso.

POLONIO.—¡Ya lo creo! Bien puedes llamarle aire a eso. ¡Quita, quita allá!

OFELIA.—Y ha confirmado sus palabras con los más sagrados juramentos del cielo.

POLONIO.—Sí, lazos para coger chochas (2). Ya sé yo con qué prodigalidad, cuando hierve la sangre, presta el alma juramentos a la lengua. Esas ráfagas, hija mía, que dan más luz que calor, y que se extinguen por completo en el instante mismo en que más prometen, no debes tomarlas por verdadero fuego. En lo sucesivo, sé algo más parca de tu presencia virginal. Ten tu trato en tan alta estima, que en materia de pláticas no cedas ante una mera exigencia. Por lo que toca al príncipe Hámlet, has de tener en cuenta que es joven y que, para moverse, dispone de una cuerda más libre que la que puede dársete a ti; en una palabra, Ofelia, no des crédito alguno a sus juramentos, puesto que son mediadores, no de aquel matiz que ostenta su ropaje, sino simples terceros de pecaminosos galanteos, que se expresan cual gazmoñas y beatuchas alcahuetas

---

(1) Polonio, apurando el sentido de las palabras *oferta* y *ofrecer*, compara esto con la persecución de una pieza de caza hasta dejarla sin aliento.

(2) La facilidad con que caen en el lazo estas aves hizo suponer que carecían de cerebro; tan escasa es su inteligencia.

para embaucar mejor. En suma, hablando claro y para concluir de una vez: no quiero que de ahora en adelante abuses de uno solo de tus momentos de ocio dirigiendo palabras al Príncipe, o platicando con él. Pon en esto el mayor cuidado, yo te lo ordeno. Vete a tus quehaceres.

OFELIA.—Obedeceré, señor. *(Vanse).*

ESCENA IV

La misma explanada de la Escena I. — Es de noche. [Las ventanas del alcázar, vivamente iluminadas, se destacan en la obscuridad.] Entran HÁMLET, HORACIO y MARCELO.

HÁMLET.—El aire se deja sentir de un modo vivo y penetrante; hace mucho frío.

HORACIO.—Sí, el aire es sutil y acerbo.

HÁMLET.—¿Qué hora será?

HORACIO.—Opino que falta poco para las doce.

MARCELO.—No, han dado ya.

HORACIO.—¿De veras? No lo he oído. Pues siendo así, se acerca el momento en que acostumbra aparecerse el fantasma. (*Oyese un lejano sonido de trompetas y una descarga de artillería*). ¿Qué significa eso, señor?

HÁMLET.—Esta noche la pasa el Rey en vela para celebrar una orgía acompañada de abundantes libaciones y danzas desenfrenadas, y a cada copa de vino del Rhin que apura, el tambor y la trompeta lanzan esa especie de rebuznos proclamando el triunfo de su brindis.

HORACIO.—¿Y es éso una costumbre?

HÁMLET.—Cierto que sí. Pero a mi entender, aunque he nacido aquí y estoy hecho a tales usanzas, es una costumbre esa que es más decoroso el quebrantarla que el seguirla. Esas torpes bacanales son causa de que, de oriente a occidente, las demás naciones nos denigren e insulten, nos traten de beodos, (1) y manchen

(1) Probable alusión a los desenfrenos y escándalos que ocurrieron en la corte de Dinamarca al ocupar el trono el rey Cristián IV.

nuestra reputación motejándonos de marranos. Y la verdad es que tales excesos quitan de nuestras proezas, por muy brillantes que sean, la flor y nata de la gloria que por ellas merecemos. Así también suele acontecer a los individuos que tienen algún vicioso estigma natural, ya sea por nacimiento (en lo cual no tienen culpa alguna, por cuanto no le es dado a la criatura escoger su origen), a causa del predominio de algún instinto que a menudo echa por tierra los vallados y castillos de la razón, o bien por algún hábito que sobrecarga con un exceso de levadura la forma de las buenas costumbres; esas personas, digo, llevando en sí mismas el sello de su defecto único (ya sea debido a la propia naturaleza, o ya a un accidente de su mala estrella), verán menoscabadas en el concepto general, por aquella falta particular, todas las virtudes que por otro lado atesoren, así sean tan puras como la misma inocencia y tan infinitas como pueda caber en el hombre. Una partícula de impureza echa a perder toda la masa de noble substancia rebajándola a su propia degradación.

Aparece LA SOMBRA armada de punta en blanco.

HORACIO.—Mirad, señor, ya se aparece.

HÁMLET.—¡Angeles y mediadores divinos, protegednos! Que seas un alma justa o un espíritu condenado; que aportes contigo auras del cielo o ráfagas del infierno; que sean malvados o piadosos tus designios, te presentas en una forma tan inexplicable que no puedo menos de hablarte. Sí, te quiero interpelar, Hámlet, rey, padre, soberano de Dinamarca. ¡Oh! respóndeme; no permitas que estalle mi pecho en medio de la incertidumbre. Dime: ¿por qué tus benditos restos mortales, sepultados sin vida, han rasgado su fúnebre envoltura? ¿Por qué el sepulcro en el cual te vimos reposadamente depositado ha abierto sus pesadas mandíbulas de mármol para echarte a este mundo otra vez? ¿Qué puede significar eso de que tú, cuerpo exánime, nuevamente revestido de acero, vuelvas a ver los pálidos destellos de la luna, haciendo pavorosa la noche?

Y siendo nosotros unos juguetes de la naturaleza, ¿por qué trastornas tan horriblemente todo nuestro ser con pensamientos que están fuera del alcance de nuestra inteligencia? Dime: ¿qué significa eso? ¿á qué razón obedece? ¿qué quieres de nosotros? (*La Sombra llama con una seña a Hámlet*).

HORACIO.—Os hace señas de que con él os vayáis, cual si deseara comunicaros algo a solas.

MARCELO.—Ved con qué cortés ademán os llama a un sitio más apartado. Pero no os vayáis con él.

HORACIO.—No, en modo alguno.

HÁMLET.—Puesto que no quiere hablar, fuerza es que yo le siga.

HORACIO.—No hagáis tal, señor.

HÁMLET.—Pero, ¿por qué no? ¿qué motivos hay de temor? yo no aprecio mi vida en lo que vale un alfiler, y tocante a mi alma, ¿qué podrá él hacerle, siendo como él mismo una esencia inmortal?... Otra vez me llama por señas. Quiero seguirle.

HORACIO.—¿Y si os atrae hacia las olas, señor, o hacia la espantosa cumbre de aquel despeñadero que avanza sobre sus fundamentos, como suspendida encima del mar, y una vez allí adopta alguna otra forma horrenda que destruya en vos el imperio de la razón, arrastrándoos a la locura? Meditadlo bien. Aquel sitio por sí solo, sin mediar ninguna otra causa, es bastante para sugerir extrañas ideas de loca temeridad en el cerebro de cualquiera que contemple el Océano desde semejante altura y le oiga bramar debajo de sus pies.

HÁMLET.—Insiste en llamarme. [*A la Sombra.*] Adelante, voy a seguirte.

MARCELO.—No iréis, señor. [*Sujetando a Hámlet.*]

HÁMLET.—[*Forcejeando para desasirse.*] ¡Fuera esas manos!

HORACIO.—[*Sujetando también al Príncipe.*] Teneos, no debéis ir.

HÁMLET.—[*Con exaltación.*] Mi destino me llama a voces, y vuelve la más tenue fibra de mi cuerpo tan potente como los nervios del león de Nemea. [*La Sombra repite la seña.*] Todavía me llama. Soltadme, señores. [*Arráncase de los brazos de Horacio y Marcelo, y se hace unos pasos atrás, al tiempo*

que desenvaina la espada.] ¡Vive Dios, que a quien me estorbe el paso hago de él un alma del otro mundo! ¡Atrás! digo. [*A la Sombra, con voz respetuosa.*] En marcha; voy en pos de ti. (*Vanse la Sombra y Hámlet.*)

HORACIO.—Su imaginación le pone exaltado.

MARCELO.—Sigamos sus pasos. No es razón que le obedezcamos así.

HORACIO.—Vayamos tras él. ¿En qué vendrá a parar todo eso?

MARCELO.—Algo siniestro ocurre en el reino de Dinamarca.

HORACIO.—El cielo se encargará del éxito.

MARCELO.—No; sigamos al Príncipe. (*Vanse*).

ESCENA V

Una parte más lejana de la explanada del alcázar. —Entran la SOMBRA y HAMLET.

HÁMLET.—¿Adónde intentas conducirme? Habla; no doy un paso más.

LA SOMBRA.—[*Pausadamente y con voz monótona y sepulcral.*] Atiéndeme.

HÁMLET.—Eso haré.

LA SOMBRA.—Cercana está la hora en que debo restituirme a las sulfúreas y atormentadoras llamas.

HÁMLET.—¡Oh, alma desdichada!

LA SOMBRA.—No me compadezcas; presta, sí, profunda atención a lo que voy a revelarte.

HÁMLET.—Habla; pronto estoy a oir.

LA SOMBRA.—A vengar debes estarlo, cuando oigas...

HÁMLET.—¿Qué?

LA SOMBRA.—Yo soy el alma de tu padre, que está condenada por cierto tiempo a andar errante de noche, y de día reducida a la privación de sustento (1) en el seno de las llamas, hasta que se hayan consumido y borrado las nefandas culpas que cometí durante los

---

(1) Creíase antiguamente que el hambre y la sed figuraban entre los tormentos que padecen las almas del otro mundo.

días de mi vida mortal. Si no me estuviera vedado descubrir los arcanos de mi prisión, podría hacerte un relato cuya más insignificante palabra llenaría de espanto tu alma, helaría tu sangre joven, haría salir tus ojos, cual dos estrellas, fuera de sus órbitas y descompondría tus compactos y entrelazados rizos, poniendo de punta cada uno de tus cabellos como las púas del irritado espín. Mas esta revelación de la eternidad no es para oídos carnales. Escucha, escucha, Hámlet, ¡oh! escucha. Si tú amaste alguna vez a tu afectuoso padre...

HÁMLET.—¡Oh Dios!

LA SOMBRA.—..... toma venganza de su aleve y monstruoso asesinato.

HÁMLET.—¡Asesinato!

LA SOMBRA.—Sí: un asesinato horrible, como lo es siempre tal crimen; pero éste es el más horrendo, inaudito y monstruoso.

HÁMLET.—Contádmelo al punto, para que con alas tan veloces como la fantasía o los pensamientos amorosos, vuele yo a la venganza.

LA SOMBRA.—Dispuesto te hallo, y más apático serías que la impasible hierba que arraiga tranquilamente en las orillas del Leteo (1), si no te conmovieras al oir esto. Así, pues, atiende, Hámlet: esparcióse el rumor de que estando yo dormido en mi jardín, me mordió una víbora, y así el oído de Dinamarca entera está groseramente engañado por el fabuloso relato de mi muerte; pero sabe tú, noble mancebo, que la víbora que quitó la vida a tu padre, ciñe actualmente su corona.

HÁMLET.—¡Ah! Me lo anunciaba el corazón. ¡Mi tío!

LA SOMBRA.—Sí; ese monstruo incestuoso y adúltero, valiéndose del prestigio de su ingenio y ayudado de sus pérfidas trazas (¡oh, maldito ingenio y malditas trazas, que tal poder tenéis para seducir!), rindió a su torpe lascivia la voluntad de la Reina, que tan extremadamente virtuosa parecía ser. ¡Oh, Hámlet! ¡qué degradación fué la suya! ¡De mí, cuyo amor era de tal exce-

---

(1) El Leteo era llamado *río del olvido*, porque sus aguas tenían la virtud de hacer olvidar lo pasado.

lencia que siempre se mantuvo fiel a los votos que hice al desposarme con ella, rebajarse hasta un miserable, cuyas prendas naturales tan mezquinas eran en comparación de las mías! Empero, así como la virtud permanece siempre firme por más que la sensualidad la tiente bajo unas formas divinas, así también la lujuria, aun cuando esté enlazada con un ángel esplendoroso, se hastiará en un lecho celestial, e irá a cebarse en la inmundicia. Mas ¡guarda! Paréceme sentir la brisa de la mañana. Permíteme que sea breve. Dormía yo en mi jardín, que tal fué siempre mi costumbre después del mediodía, y en esa hora de descuido, tu tío vino furtivamente hacia mí con un pomo lleno de zumo del beleño maldito, y dejó caer en la cavidad de mi oído el destilado licor que causa la lepra, y que por sus efectos tanta enemistad tiene con la sangre del hombre, que, raudo como el azogue, corre por los conductos y vías naturales del cuerpo, y con violenta actividad, a la manera de unas gotas de cuajo vertidas en la leche, espesa y coagula la sangre sutil y sana: así sucedió con la mía, y de improviso, cual otro Lázaro, ví que el mal invadía mi delicada carne, cubriéndola toda ella de una costra repugnante y asquerosa. Así fué como yo, mientras estaba sumido en el sueño, quedéme a la vez privado, por una mano fraternal, de vida, corona y esposa; segado en plena florescencia de mis pecados, sin viático ni santos óleos, sin preparación alguna y sin haber arreglado mis cuentas, fuí mandado al tribunal divino, pesando sobre mi cabeza todas mis imperfecciones. ¡Oh! ¡Horrible, horrible, extremadamente horrible...! (1) Si tienes sentimientos de hijo, no sufras tal cosa; no permitas que el tálamo real de Dinamarca se convierta en lecho de lujuria y de criminal incesto. Pero, cualquiera que sea el rumbo que sigas en esta empresa, no contamines tu corazón, ni dejes que tu alma intente daño alguno contra tu madre: abandónala al cielo y a aquellas espinas que anidan en su pecho para herirla y atormentarla. Y ahora, adiós. La luciérnaga, con su fuego impo-

(1) Varios editores, ateniéndose a una tradición de la escena inglesa, asignan a Hámlet estas exclamaciones.

tente que empieza a amortiguarse, indica que se acerca el alba. ¡Adiós, adiós, adiós, Hámlet! ¡Acuérdate de mí! (*Vase la Sombra*).

HÁMLET.—¡Oh, vosotras todas, legiones celestiales! ¡Oh tierra!... ¿Y qué más? ¿añadiré el infierno?... ¡Qué horror! ¡Tente, tente, corazón mío, y vosotros, mis nervios, no caduquéis en un instante; mantenedme inhiesto!... ¡Que me acuerde de ti! Sí, alma desventurada, mientras la memoria tenga un sitio en este trastornado globo (1)... ¡Que me acuerde de tí! Sí: borrar quiero del registro de mi memoria todos los recuerdos vanos y triviales, todas las sentencias de los libros, todas las formas, todas las impresiones pasadas que en él han estampado la juventud y la observación. Tan sólo tu mandato vivirá en las páginas del libro de mi cerebro, sin mezcla de escoria alguna. Sí, ¡por Dios lo juro!... ¡Oh tú, la más inícua de las mujeres! ¡Oh tú, infame, infame, risueño y criminal infame! ¡Ah, mi libro de memorias!... Bueno será anotar en él que puede uno sonreir y más sonreir, y ser un malvado; por lo menos, seguro estoy de que tal puede suceder en Dinamarca. (*Escribe*.) Conque, tío, ya estás aquí. Ahora, a mi consigna, que es: *¡Adiós, adiós; acuérdate de mí!* Lo he jurado.

HORACIO.—(*Dentro*). ¡Señor, señor!

MARCELO.—(*Dentro*). ¡Príncipe Hámlet!

HORACIO.—(*Dentro*). El cielo le guarde.

HÁMLET.—¡Así sea!

HORACIO.—(*Dentro*). ¡Ahó, eh, eh, señor!

HÁMLET.—¡Húchoho, ohé, ohé, chiquirritín! ¡Ven, pajarito mío, ven! (2)

Entran HORACIO y MARCELO.

MARCELO.—¿Qué tal, mi noble señor?

HORACIO.—Alteza, ¿qué nuevas hay?

---

(1) La cabeza.

(2) *Húchoho* es una voz que usan los cazadores de cetrería para llamar al halcón. Hámlet la emplea, juntamente con las que siguen, como una fingida expansión al oir llegar a sus amigos, a la vez que como un ardid para disimular la turbación de su ánimo.

HÁMLET.—¡Oh, estupendas!
HORACIO.—Explicaos, mi buen señor.
HÁMLET.—No; lo divulgaríais.
HORACIO.—Yo no, señor; lo juro por el cielo.
MARCELO.—Ni yo, Alteza.
HÁMLET.—¿Qué os parece? ¿Pudiera concebirlo jamás ninguna inteligencia humana?... Pero ¿guardaréis el secreto?
HORACIO y MARCELO.—Sí; lo juro por el cielo, señor.
HÁMLET.—No hay en toda Dinamarca un infame... que no sea un bribón rematado. (1)
HORACIO.—Para decir eso, no hace falta, señor, que ningún espectro salga de la tumba.
HÁMLET.—[*Como obsesionado por una idea avasalladora*]. Sí, sí... es verdad... tienes razón... De modo que, sin más ceremonias, creo conveniente que nos demos un apretón de manos, y que cada cual se vaya por su lado; vosotros allá adonde os llamen vuestros asuntos o vuestras inclinaciones... porque... todo el mundo tiene asuntos e inclinaciones... sean cuales fueren; y por mi parte, pobre de mí, ya lo véis, me voy a rezar.
HORACIO.—Esas no son más que palabras desatinadas y delirantes, señor. (2)
HÁMLET.—Siento que ellas os ofendan;... lo siento en el alma;... sí, a fe mía, en el alma.
HORACIO.—No hay en ello la menor ofensa, señor.
HÁMLET.—¡Oh, sí, por San Patricio! Hay una ofensa, y muy grave, por cierto... (3). Por lo que toca a esta aparición, es un espíritu honesto, permitidme que os lo diga; y en cuanto a vuestra curiosidad de averiguar

(1) Hámlet iba a descubrir la infame acción de su tío; pero temiendo que tal revelación hiciera fracasar sus planes de venganza, se interrumpe, y dando un giro súbito a la frase, la concluye con lo primero que se le ocurre.

(2) El príncipe sostiene consigo mismo una viva lucha: pretende fingir, pero en el estado de agitación interior que sufre, no acierta a encontrar palabras que le permitan salir de una situación tan embarazosa y violenta, profiriendo expresiones que cualquiera persona ignorante del caso calificaría de desatinos o desvaríos.

(3) Hámlet alude mentalmente al crimen alevoso de que fué víctima su padre.

lo que ha pasado entre los dos, reprimidla como mejor podáis. Y ahora, mis buenos amigos, como amigos míos que sois y además compañeros de estudios y de armas, hacedme una pequeña merced.

HORACIO.—Señor, no tenéis más que hablar.

HÁMLET.—No déis nunca a conocer lo que habéis visto esta noche.

HORACIO y MARCELO.—Así lo haremos, Alteza.

HÁMLET.—Bien está; mas juradlo.

HORACIO.—Os doy palabra de honor de que nada diré.

MARCELO.—Ni yo, señor; os doy mi palabra.

HÁMLET.—Juradlo sobre mi espada (*desenvainándola*).

MARCELO.—Señor, lo hemos jurado ya.

HÁMLET.—¡Pardiez! Sobre mi espada, digo.

LA SOMBRA.—(*Bajo tierra*, *con voz cavernosa*) ¡Jurad!

HÁMLET.—[*Después de un momento de turbación, se repone*, *diciendo lo que sigue con una sonrisa forzada*]. ¡Hola, hola, amiguito! ¿Eres tú quién eso dice? ¿Ya estás aquí, buena pieza? (1) (*A Horacio y Marcelo*). Adelante, ya oís a ese camarada que está en el sótano. Consentid en jurar.

HORACIO.—Proponed vos el juramento, señor.

HÁMLET.—No hablar jamás de eso que habéis visto. Juradlo sobre mi espada. (*Horacio y Marcelo ponen las manos sobre la cruz de la espada de Hámlet*).

LA SOMBRA.—(*Bajo tierra*). ¡Jurad!

HÁMLET.—*Hic et ubique?* (2) Pues entonces vamos a mudar de sitio. (*Todos cambian de lugar cada vez que lo indique el diálogo*). Llegaos acá, señores, y poned otra vez vuestras manos sobre mi espada. No hablar jamás de eso que habéis oído. Juradlo sobre mi espada.

LA SOMBRA.—(*Bajo tierra*). ¡Jurad sobre su espada!

HÁMLET.—[*Volviéndose en dirección de la voz subterránea*] ¡Muy bien dicho, viejo topo! Pero ¿cómo puedes tú escarbar tan aprisa la tierra? ¡Valiente

---

(1) Estas y otras expresiones aparentemente irrespetuosas que Hámlet dirige a la sombra de su padre, fingiendo dirigirlas a un supuesto camarada guasón que se ha ocultado en el sótano para darle un bromazo, son una ingeniosa traza para desorientar a sus compañeros.

(2) «¿Aquí y en todas partes?»

zapador!... Traslademónos de nuevo a otra parte, queridos amigos.

HORACIO.—¡Por vida de...! Todo eso es prodigiosamente extraño.

HÁMLET.—Pues, por lo mismo, como a un extraño dale buena acogida. Hay en el cielo y en la tierra, Horacio, más cosas que las que ha soñado tu filosofía... Pero venid acá, jurad como antes, y así el cielo os ayude, que por muy raro y extravagante que sea mi modo de proceder,—puesto que es muy posible que en lo sucesivo estime yo oportuno afectar unas maneras disparatadas,—jurad, digo, que al verme en semejantes casos, ni con los brazos así cruzados, o meneando de este modo la cabeza, ni profiriendo alguna clase enigmática, como: *sí, sí, ya sabemos...; si quisiésemos. podríamos nosotros...; si nos gustara hablar...; no falta quien, si pudiese...*, u otras expresiones ambiguas por el estilo, daréis nunca a entender que sabéis algo acerca de mí. Jurad que nada de eso haréis, y así la gracia y misericordia de Dios os asistan en vuestras tribulaciones! ¡Jurad!

LA SOMBRA.—(*Bajo tierra.*) ¡Jurad!

HÁMLET.—Sosiégate, ánima en pena, sosiégate. (*Horacio y Marcelo juran poniendo la mano sobre la cruz de la espada.*) Ahora, amigos míos, con todo mi afecto me entrego en vuestras manos, y desde ahora podéis contar, Dios mediante, con todo cuanto un hombre tan mísero como es Hámlet pueda hacer para daros pruebas de su estimación y amistad. Retirémonos juntos, y tened siempre, os ruego, el dedo en los labios. Nuestro siglo está desconcertado. ¡Oh! ¡Maldita suerte la mía, que haya nacido yo para ponerlo en orden! (1) Ea, venid y salgamos todos. (*Vanse*).

---

(1) «En estas palabras—dice Goethe—está la clave de toda la conducta de Hámlet.»



ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Una sala en casa de Polonio.
POLONIO, REINALDO.

POLONIO.—Entrégale este dinero y estos pliegos, Reinaldo. (*Entregándoselos*).
REINALDO.—Así lo haré, señor.
POLONIO.—Obrarías con un tino admirable, mi buen Reinaldo, si tomaras informes acerca de su conducta antes de avistarte con él.
REINALDO.—Esa era mi intención, señor.
POLONIO.—Bien dicho ¡pardiez! muy bien dicho. Atiende, amigo mío. En primer lugar, te enteras de los daneses que hay en París, quiénes son, cómo y dónde viven, con qué recursos cuentan, con qué gente se tratan, qué gastos tienen; y averiguando por tales rodeos y por el sesgo de tus investigaciones si ellos conocen a mi hijo, te acercas a tu objeto mucho más de lo que lograrías valiéndote de preguntas directas. Haz ver, por ejemplo, que tú le conoces un poco, aunque de lejos, y dices: *conozco a su padre y a unos amigos suyos, y también le conozco algo a él.* ¿Lo entiendes, Reinaldo?
REINALDO.—¡Oh! Sí, perfectamente, señor.
POLONIO.—*Y algo a él, pero*—puedes añadir—*no mucho. Mas si es él quien yo me figuro, es un calaverón de marca mayor, y muy aficionado a ésto o a aquéllo;...* y al llegar aquí le achacas todo cuanto

te plazca y te viniere al pensamiento; pero, entendámonos, que no sean cosas tan viles y tan soeces que puedan lastimar su honor. Cuidado con eso. Cíñete exclusivamente a aquellas diabluras, calaveradas y otros deslices ordinarios, que son los más conocidos y señalados compañeros de la juventud y de la libertad.

REINALDO.—Como el jugar, digamos...

POLONIO.—Cabal; o bien beber, batirse, echar tacos, armar camorras, acompañarse con mujerzuelas... hasta aquí puedes alargarte.

REINALDO.—Pero, señor, eso fuera una mengua para él.

POLONIO.—¡Quiá! No lo creas, puesto que a la vez que le acriminas, puedes atenuar tales cargos. No vayas a echar sobre él un nuevo baldón diciendo que vive entregado al libertinaje; no, no es eso lo que quiero yo decir, sino que te des tal maña en exponer sus faltas, que éstas no parezcan más que descarríos motivados por un exceso de libertad, llamaradas y explosiones de un espíritu fogoso, arrebatos de una sangre indómita,... cosas a que todos nos hallamos expuestos.

REINALDO.—Pero, mi buen señor...

POLONIO.—¿Por qué razón, dirás, tienes tú que hacer eso?

REINALDO.—Justamente, señor; desearía saberlo.

POLONIO.—Claro está, hombre. Ahora vas a ver mi plan y, según creo, es una estratagema ingeniosa e infalible... Cuando imputes esos triviales defectos a mi hijo, como si se tratara de un objeto levemente empañado por el uso, fíjate bien en lo que digo, si tu interlocutor, aquel a quien trates de sondear, ha visto alguna vez al joven de quien tú le hablas incurrir en los vicios consabidos, ten por seguro que convendrá contigo terminando en esta forma: *señor mío*, o cosa por el estilo, o *amigo*, o bien *caballero,* según sea el modo de hablar o el título que emplee la persona en cuestión o que se acostumbre usar en el país...

REINALDO.—Perfectamente, señor.

POLONIO.—Y entonces él... hete ahí que él... ¿Qué es lo que iba yo a decir? ¡Válgame Dios! Alguna cosa iba a decir yo... ¿En qué punto quedamos?

REINALDO.—Decíais que él convendrá conmigo terminando en esta forma: *amigo mío,* o bien *caballero*, o cosa así.

POLONIO.—Que él terminará en esta forma... ¡Ah! sí; eso es: él acabará por decirte lo siguiente: *yo conozco a ese caballerito; le ví ayer o el otro día, o en tal o cual ocasión*, *con fulano o mengano; y, como decís, allí estaba él jugando*, *allí le sorprendí bebiendo más de lo regular, allí me lo encontré riñendo en el juego de pelota,* o tal vez dirá: *yo le ví entrar en cierta casa de trato*, o burdel, que lo mismo da, y así por el estilo. Conque ya lo ves: con el anzuelo de tu mentira pescas la trucha de la verdad. Así es como nosotros, las personas de talento y perspicacia, dando rodeos y embistiendo de soslayo, encontramos por medios indirectos la dirección que hemos de seguir. Así también es como tú, guiándote por los consejos e instrucciones que te acabo de dar, sabrás a qué atenerte respecto de mi hijo. Me has comprendido, ¿no es verdad?

REINALDO.—Ciertamente, señor.

POLONIO.—Pues anda con Dios, y feliz viaje.

REINALDO.—Mi buen señor... [*Saludando con una reverencia*].

POLONIO.—Acomódate a sus inclinaciones.

REINALDO.—Así lo haré, señor.

POLONIO.—Y deja que se despache a su gusto.

REINALDO.—Bien está, señor.

POLONIO.—Adiós. (*Vase Reinaldo*).

Entra OFELIA azorada y temblando.

POLONIO.—¿Qué es eso, Ofelia? ¿Qué ocurre?

OFELIA.—¡Ay, padre mío! ¡Cuánto me he asustado!

POLONIO.—¿De qué? Habla, por Dios,

OFELIA.—Señor, estaba yo cosiendo en mi aposento, cuando se presenta delante de mí el príncipe Hámlet con el jubón todo desceñido; descubierta la cabeza; las medias sucias, sin ligas y cayendo como grilletes sobre el tobillo; pálido como su camisa; chocando una con otra sus rodillas, y con tal expresión de dolor en el semblante, que se hubiera dicho que el infeliz había escapado del infierno para contar horrores.

POLONIO.—¿Le habrá vuelto loco el amor que siente por ti?

OFELIA.—Lo ignoro, señor; mas en verdad lo temo.

POLONIO.—¿Y qué te dijo?

OFELIA.—Me ha cogido por la muñeca, oprimiéndola con fuerza; luego se ha hecho atrás cuanto permitía todo lo largo de su brazo, y con la otra mano puesta así sobre su frente, ha empezado a contemplar con suma atención mi rostro cual si quisiera retratarlo. Largo tiempo ha permanecido en esta actitud, y por último, sacudiendo ligeramente mi brazo y moviendo así por tres veces la cabeza de arriba abajo, ha exhalado un suspiro tan doloroso y profundo, que parecía que su pecho se hacía pedazos y que había llegado el fin de su existencia. Después de esto, me ha soltado, y con la cabeza vuelta hacia atrás, parecía encontrar su camino sin valerse de los ojos, puesto que ha salido por la puerta sin ayuda de ellos, y hasta el instante postrero tuvo su lumbre fija en mí.

POLONIO.—Ven conmigo: quiero ir en busca del Rey. Esto es el verdadero enajenamiento del amor, cuya misma violencia lo aniquila, arrastrando la voluntad a desesperadas empresas tan a menudo como cualquiera otra de las pasiones terrenales que agobian nuestra naturaleza. Lo siento... ¡Ah! Oye: ¿le has dirigido últimamente alguna palabra dura?

OFELIA.—No, mi buen señor; pero, según me lo ordenásteis, yo he rechazado sus billetes y no le he permitido acercarse a mí.

POLONIO.—Eso, éso es lo que le ha trastornado la cabeza. (1) Mucho me pesa de no haberle observado con mayor atención y sensatez. Temí que lo tomara como un simple devaneo y que se propusiera perderte; pero ¡mal hayan mis temores! A fe mía, es tan propio de nuestra edad el excedernos en nuestros juicios, como es común en la juventud la falta de seso. Ven, vamos a ver al Rey. Es preciso que lo sepa todo; que es un amor ese cuyo secreto puede acarrear más disgustos ocultándolo, que rencores descubriéndolo. Ven. (*Vanse*).

---

(1) No hay duda que el forzado desvío de Ofelia causó hondo pesar en el príncipe, pero éste, atento siempre a sus planes de venganza, aprovecha esta ocasión para simular las primeras manifestaciones de su *fingida* locura.

ESCENA II

Un salón del alcázar.
EL REY, LA REINA, ROSENCRANTZ, GUILDENSTERN y acompañamiento.

EL REY.—Sed bien venidos, mis estimados Rosencrantz y Guildenstern. Aparte de lo mucho que ansiaba yo veros, la necesidad que tengo de vuestros servicios me ha impulsado a llamaros con premura. Algo habréis oído de la transformación operada en Hámlet, y llámola así en vista de que ni en su exterior ni en su interior se parece él a lo que era antes, y, fuera de la muerte de su padre, no puedo yo imaginar qué cosa debe de ser la que así le ha puesto tan inconsciente de sí mismo. Os ruego, pues, a entrambos que, por razón de haberos criado con él desde una edad tan tierna, y de ser tan afines así por vuestra juventud como por vuestras inclinaciones, os dignéis permanecer aquí en mi corte por breve tiempo, a fin de inducirle con vuestra compañía a los placeres y, espigando todos los indicios que la casualidad os depare, poner en claro qué causa, para nosotros desconocida, es la que así le aflige, y a la cual, una vez descubierta, podamos aplicar remedio.

LA REINA.—Buenos hidalgos, mucho ha hablado él de vosotros, y tengo la seguridad de que no existen dos hombres en el mundo con quienes más congenie. Si dándonos prueba de vuestra fineza y buena voluntad, tenéis a bien pasar algún tiempo con nosotros, a fin de alentar mis esperanzas y contribuir a su realización, vuestra presencia os valdrá tales muestras de gratitud cual corresponde al reconocimiento de un Rey.

ROSENCRANTZ.—Podrían Vuestras Majestades, por el supremo poder que sobre nosotros tienen, expresar sus respetables deseos más bien como un mandato que como una súplica.

GUILDENSTERN.—Así y todo, estamos prontos a obedeceros, y en este punto nos ofrecemos, hasta donde alcancen nuestras fuerzas, a poner incondicionalmente a

vuestros pies nuestros servicios para lo que gustéis mandarnos.

El Rey.—Gracias, Rosencrantz y noble Guildenstern.

La Reina.—Os lo agradezco, Guildenstern y noble Rosencrantz, y os suplico con el mayor encarecimiento que visitéis a mi excesivamente cambiado hijo. [*Al acompañamiento.*] Id algunos de vosotros a acompañar estos hidalgos adonde está Hámlet.

Guildenstern.—¡Permitan los cielos que nuestra presencia y nuestras atenciones sean gratas y provechosas para él.

La Reina.—¡Dios lo quiera! (*Vanse Rosencrantz, Guildenstern y algunas personas del acompañamiento*).

Entra POLONIO.

Polonio.—¡Albricias, señor! Los embajadores han vuelto ya de Noruega muy complacidos.

El Rey.—Siempre has sido tú padre de faustas nuevas.

Polonio.—[*Esponjándose*].—¿De veras, señor? Os certifico, mi buen soberano, que consagro mi celo, como consagro mi alma, al servicio de Dios y de mi bondadoso Rey, [*aparte a Claudio con misterio*] y pienso, a no ser que mi cabeza no acierte a seguir el rastro de una intriga con la misma seguridad que de costumbre, pienso haber dado con la verdadera causa de la locura de Hámlet.

El Rey.—¡Oh! Habla; impaciente estoy por saberla.

Polonio.—Servíos antes dar audiencia a los embajadores; mis nuevas serán los postres de tan espléndido festín.

El Rey.—Hazles tú mismo los honores, e introdúcelos. (*Vase Polonio.*) Me estaba diciendo, amada Gertrudis, que ha descubierto el origen y la causa de toda esa perturbación mental de vuestro hijo.

La Reina.—Temo que la principal razón de ello no sea otra que la muerte de su padre y nuestro precipitado enlace.

El Rey.—Bien; ya le sondearemos.

Entra de nuevo POLONIO acompañando a VOLTIMAND y CORNELIO.

El Rey.—Sed bien venidos, mis buenos amigos. Dime,

Voltimand: ¿qué nos traes de parte de nuestro hermano (1) de Noruega?

VOLTIMAND.—Los más expresivos saludos y votos que él os devuelve cordialmente. En cuanto le expusimos nuestra demanda, dió orden de suspender los armamentos que estaba haciendo su sobrino y que él juzgaba como preparativos contra los Polacos, pero que después de maduro examen, echó de ver que real y verdaderamente iban dirigidos contra Vuestra Majestad, y sintiéndose agraviado al considerar que de tal suerte se burlaban de sus achaques, de sus años y de su debilidad, expide una orden de arresto contra Fortimbrás, el cual la acata sin tardanza, y después de sufrir las reprensiones del rey de Noruega, promete formalmente a su tío que nunca más intentará hacer armas contra Vuestra Majestad. En vista de lo cual el anciano monarca, dominado por la alegría, le ha hecho merced de tres mil coronas (2) anuales en feudo, dándole además amplias facultades para utilizar contra los Polacos aquellos soldados que así había reclutado. Asimismo os traigo una petición, que aquí viene más extensamente expresada [*entregándole un pliego*], rogándoos que para tal empresa tengáis a bien concederle franco paso por vuestros dominios, bajo las condiciones de garantía y seguridad que aquí se consignan.

EL REY.—Bien me parece, lo leeremos en tiempo acomodado para reflexionarlo mejor y daremos una contestación después de estudiar tal asunto. Mientras tanto, os damos gracias por el acierto con que habéis desempeñado vuestro cometido. Idos a descansar; esta noche nos acompañaréis en el banquete. Recibid nuestra enhorabuena por vuestro feliz regreso. (*Vanse Voltimand y Cornelio.*)

POLONIO.—Este asunto queda satisfactoriamente resuelto. Soberano mío, y vos, señora mía: discutir a fondo lo que debería ser la majestad, lo que es la sumisión, por qué el día es día, noche la noche y tiempo el tiempo, no sería más que perder la noche, el día y el tiempo.

(1) Título que se han dado unos reyes a otros.

(2) *Corona*, moneda equivalente a unas seis pesetas.

De consiguiente, como quiera que la brevedad es el alma del talento, y la prolijidad constituye los miembros y adornos exteriores, voy a ser breve. Vuestro augusto hijo está loco, y digo loco porque ¿qué otra cosa es sino estar loco el definir la verdadera locura? (1)... Pero dejemos eso.

LA REINA.—Más substancia y menos retóricas.

POLONOI.—Os juro, señora, que yo no gasto retórica (2) alguna. Que él está loco, es una verdad: es verdad que esto es una lástima, y lástima es que esto sea verdad. Ved ahí una figura que no vale la pena, pero allá se vaya, porque no quiero gastar retórica ninguna. Admitamos, pues, que él está loco, y ahora queda por averiguar la causa de este efecto, o mejor diré, la causa de este defecto, desde el momento que este defectuoso efecto proviene de una causa. Así queda la cosa, y lo que aun queda, helo aquí. Fijaos bien. Yo tengo una hija,—y la tengo mientras es mía;—la cual, cumpliendo con sus deberes de obediencia, atended bien, me ha entregado esto. [*Saca un billete.*] Id tomando nota, y luego sacad las conclusiones. [*Lee.*] «Al ídolo celestial de mi alma, a la supremamente agraciada Ofelia.» Esa es una expresión muy ramplona; una expresión de mal gusto, «supremamente agraciada» es una expresión de mal gusto; pero escuchad. Dice así: [*Lee.*] «En su precioso níveo seno (3) estas líneas...»

LA REINA.—[*Con extrañeza*]. ¿Y éso recibió ella de Hámlet?

POLONIO.—Aguardad un momento, mi buena señora: voy a daros cuenta exacta del caso. (*Lee*).

«Duda que sean ígneas las estrellas,
duda que el sol se mueva en el espacio,
duda que la verdad sea mentira;
mas nunca dudes de mi tierno amor.»

---

(1) Este dudoso pasaje podría traducirse también con la siguiente perogrullada: «porque, para definir la verdadera locura, ¿qué otra cosa es ella sino estar uno sencillamente loco?»

(2) Equívoco motivado por el doble sentido de la voz *retórica*.

(3) Las damas llevaban en la parte anterior del corsé un pequeño bolsillo, en el cual guardaban billetes amorosos y otros objetos que tenían en gran estima.

»¡Oh, querida Ofelia! mala maña me doy para hacer estos versos; carezco de arte para medir mis quejidos; pero cree que yo te amo en extremo; ¡oh! sí, hasta el último extremo. Adiós. —Tuyo para siempre, dama adorada, en tanto que esta máquina corporal pertenezca a—*Hámlet.*»—Esto es lo que, en su obediencia, me ha revelado mi hija, quien, por añadidura, me ha comunicado en confianza las solicitaciones del Príncipe, con todos los detalles de hora, medios y lugar.

El Rey.—Pero, ¿cómo recibió ella su amor?

Polonio.—¿En qué concepto me tenéis?

El Rey.—En el de un hombre leal y honrado.

Polonio.—Mucho me holgara de daros pruebas de ello (1). Mas, ¿qué pensárais si al ver yo el vuelo que tomaba ese ardiente amor (como lo ví, fuerza es que os lo diga, antes que mi hija me hablara de ello), qué pensárais Vos, señor, o qué pensara Su Majestad, vuestra regia consorte, aquí presente, si yo hubiese desempeñado el papel de pupitre o de libro de memorias (2), o si hubiese obligado a mi corazón a ser un cómplice ciego, sordo o mudo, o si hiciera yo la vista gorda en la cuestión de tales amores? No: yo fuí de rondón al asunto, y amonesté así a la tal señorita: «Su Alteza Hámlet es un Príncipe, no pertenece a tu esfera; eso debes quitártelo de la cabeza»; y acto seguido le dí orden terminante de que se negara a recibir sus visitas, que no admitiera mensajes ni aceptara presente alguno. Ella, al hacerlo así, ha recogido el fruto de mis exhortaciones; y él, viéndose desdeñado (por contarlo en breves palabras), cayó en una profunda melancolía, después en la inapetencia, de ella pasó al insomnio, de éste a la endeblez, luego al delirio, y siguiendo por esta pendiente fatal, ha caído en la locura que le ha sumido en tal desvarío y que actualmente todos deploramos.

El Rey.—¿Creéis que sea éso?

La Reina.—Puede ser, es muy probable.

---

(1) El verbo *to prove* del original se presta a un gracioso equívoco, pues significa *probar* una cosa y también *ser* o *resultar* esta cosa misma.

(2) Esto es: si hubiese desempeñado el oficio de confidente o tercero en la correspondencia de los amantes.

POLONIO.—¿Ha sucedido alguna vez (gustaría de saberlo) que yo haya dicho rotundamente: *esto es esto*, y resultara luego lo contrario?

EL REY.—Nunca, que yo sepa.

POLONIO.—Pues si esto otra cosa es, separad ésto de ésto. (*Señalando sucesivamente su cabeza y sus hombros*). Con tal que las circunstancias me encaminen, yo descubriré la verdad donde quiera que se oculte, así estuviera escondida en el centro de la tierra.

EL REY.—¿Y no habría algún medio para indagarlo mejor?

POLONIO.—Bien sabéis que él se pasea algunas veces cuatro horas seguidas por esa galería.

LA REINA.—Así es, en efecto.

POLONIO.—En una de estas ocasiones yo dejaré a mi hija en libertad con él; luego vos y yo nos colocamos detrás de los tapices, y observamos el encuentro. Si él no la ama y no es ésta la causa de que haya perdido la razón, cese yo en el cargo que desempeño en la corte, y mandadme a un cortijo a cuidar de las tierras y de las yuntas.

EL REY.—Haremos la prueba.

Aparece HÁMLET en la puerta leyendo en un libro y avanzando con lentitud.

LA REINA.—Pero ved, aquí viene triste y leyendo, el mísero desventurado.

POLONIO.—Retiraos los dos, retiraos, por favor. Voy a abordarle ahora mismo. (*Vanse el Rey, la Reina y el acompañamiento*). Perdonad. ¿Cómo estáis, Príncipe mío?

HAMLET.—Bien, a Dios gracias.

POLONIO.—¿Me conocéis, señor?

HÁMLET.—Perfectamente bien. Sois un pescadero (1).

POLONIO.—¿Yo? Os engañáis, Alteza.

---

(1) Palabra de doble sentido. En la jerigonza germanesca se aplicaba a los hombres libertinos y dados a frecuentar mujeres perdidas. (Malone).

HÁMLET.—Pues ¡ojalá fuéseis vos un hombre tan honrado!

POLONIO.—¡Honrado, señor!

HÁMLET.—Sí, amigo. Ser honrado, según anda hoy el mundo, equivale a ser escogido uno entre diez mil.

POLONIO.—Esto es muy cierto, señor.

HÁMLET.—Porque si el sol engendra gusanos en un perro muerto, besando la carroña con todo y ser un dios... ¿No tenéis vos una hija?

POLONIO.—Sí, una tengo, señor.

HÁMLET.—Pues no la dejéis pasear al sol: la concepción es un beneficio del cielo, pero [*con sonrisa maliciosa*] tocante a la manera como vuestra hija podría concebir... mucho ojo, amigo mío.

POLONIO.—*(Aparte)*. ¿Qué querrá decir con eso?... ¡Y vuelta con mi hija! Siempre el mismo tema... Y sin embargo, al pronto no me ha conocido: me tomaba por un pescadero. Está de remate, sí, de remate. Y el caso es que yo, en mis mocedades, pasé también los mayores apuros a causa del amor, y en un tris estuvo que llegara yo a tal extremo... Voy a hablarle otra vez. *(Alto)*. ¿Qué estáis leyendo, señor?

HÁMLET.—Palabras... palabras... palabras...

POLONIO.—¿Y de qué se trata, Alteza?

HÁMLET.—¿Entre quiénes?

POLONIO.—Quiero decir de qué trata lo que leéis.

HÁMLET.—Calumnias, amigo mío. Y si no, mirad: ese truhán de satírico (1) dice aquí que los viejos tienen la barba gris, que su rostro está lleno de arrugas, que sus ojos destilan espeso ámbar y goma de ciruelo, y que adolecen de una cuantiosa falta de seso, juntamente con una gran flojedad en las corvas; todo lo cual, amigo, aunque yo lo crea a pie juntillas, encuentro muy feo que lo pongan así en esos términos, porque vos mismo vendríais a tener mi edad si pudiéseis andar hacia atrás como los cangrejos.

POLONIO.—*(Aparte)*. A pesar de que todo ello es un delirio, no deja de haber ilación en lo que dice. *(Alto)*. ¿Queréis pasearos al abrigo del aire, señor?

---

(1) Juvenal, probablemente.

HÁMLET.—¿Dentro de mi tumba?

POLONIO.—La verdad es que allí no da el aire. *(Aparte)*. ¡Qué ingeniosas son a veces sus respuestas! Ocurrencias felices que suele tener la locura y que la sana razón y la lucidez no podrían soltar con tanta fortuna. Voy a dejarle y arbitrar los medios para encontrarse él con mi hija. *(Alto)*. Mi respetable señor, humildemente tomo de Vuestra Alteza licencia para salir.

HÁMLET.—Amigo mío, no podéis tomar de mí cosa alguna que quiera yo concederos de más buena gana, excepto mi vida, excepto mi vida, excepto mi vida.

POLONIO.—Quedad con Dios, Alteza.

HÁMLET.—¡Qué fastidiosos son esos viejos mentecatos!

Entran ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.

POLONIO.—*(A Rosencrantz y Guildenstern)*. ¿Buscáis al príncipe Hámlet? Aquí está.

ROSENCRANTZ.—*(A Polonio)*. Dios os guarde, señor. *(Vase Polonio)*.

GUILDENSTERN.—¡Mi respetable señor!

ROSENCRANTZ.—¡Mi queridísimo Príncipe!

HÁMLET.—¡Oh, mis buenos, mis excelentes amigos! ¿Cómo te va, Guildenstern?... ¡Hola, Rosencrantz! Bravos muchachos, ¿qué tal estáis?

ROSENCRANTZ.—Como los hijos de la tierra que disfrutan de una mediana condición.

GUILDENSTERN.—Felices, por lo mismo que no somos demasiado felices. No llegamos a ser el remate del tocado de la Fortuna.

HÁMLET.—¿Ni las suelas de su calzado?

ROSENCRANTZ.—Tampoco, señor.

HÁMLET.—Pues entonces os halláis en las inmediaciones de su cintura, o sea en el centro de sus favores.

GUILDENSTERN.—Cierto es que en parte gozamos de su privanza (1).

HÁMLET.—¿En las partes secretas de la Fortuna? ¡Oh!

(1) *Her private we. Private* significa «soldado raso», y en plural «partes pudendas». Guildenstern emplea esta voz en el primer sentido, dando a entender que ellos no deben a la fortuna ningún favor especial, pero Hámlet la interpreta en el otro sentido.

Sí, no hay duda: es una ramera. — ¿Y qué hay de nuevo?

ROSENCRANTZ.—Nada, señor, si no es que el mundo se ha vuelto honrado.

HÁMLET.—Pues entonces está próximo el día del Juicio; pero esa noticia no es cierta. Dejad que os pregunte más particularmente: ¿qué le habéis hecho, mis buenos amigos, a la Fortuna para merecer que ella os mande a esta cárcel?

GUILDENSTERN.—¡A esta cárcel, señor!

HÁMLET.—Dinamarca es una cárcel.

ROSENCRANTZ.—En tal caso el mundo lo será también.

HÁMLET.—¡Vaya! Y que no deja nada que desear. En ella hay numerosas celdas, calabozos y mazmorras. Dinamarca es una de las peores.

ROSENCRANTZ.—No lo creemos nosotros así, Alteza.

HÁMLET.—¡Ya! Eso será que para vosotros no lo es, porque no hay ninguna cosa buena ni mala si el pensamiento no la hace tal. Para mí es una prisión.

ROSENCRANTZ.—Entonces será que vuestra ambición os hace creer que lo sea. Dinamarca es sobrado reducida para vuestras aspiraciones.

HÁMLET.—¡Dios mío! Podría estar yo encerrado en una cáscara de nuez creyéndome rey del espacio infinito, si no fuera por los malos sueños que tengo.

GUILDENSTERN.—Sueños que en realidad no son más que ambición, por cuanto el objeto mismo del ambicioso es simplemente la sombra de un sueño.

HÁMLET.—El sueño en sí no es más que una sombra.

ROSENCRANTZ.—Cierto, y yo considero que la ambición es de tan aérea y liviana calidad, que para mí no es más que la sombra de una sombra.

HÁMLET.—En este caso, los pordioseros serán cuerpos, y nuestros monarcas y encopetados héroes serán la sombra de los pordioseros... Ea, vámonos a la corte, si os parece, porque, francamente, no está mi cabeza para cavilar.

ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.—Estaremos a vuestras órdenes.

HÁMLET.—No, nada de eso. No quiero confundiros con mis demás criados, porque, hablándoos como hombre sincero, me sirven de un modo infernal. Pero en el

terreno de nuestra antigua amistad, ¿qué habéis venido a hacer en Elsenor?

ROSENCRANTZ.—Hemos venido a veros, Alteza, y nada más.

HÁMLET.—Mísero como soy, hasta soy pobre en demostraros mi gratitud; no obstante, os quedo muy agradecido, y os puedo asegurar, amigos queridos, que aun a maravedí (1), mis gracias son harto caras. Decidme: ¿os han mandado venir, o habéis venido por vuestra propia voluntad? ¿Es ésa una visita espontánea?... Ea, tratadme con toda franqueza... Vamos, vamos, hablad.

GUILDENSTERN.—¿Y qué os hemos de decir, señor?

HÁMLET.—Pues cualquier cosa, pero que venga a cuento. Vosotros habéis sido enviados. Hay en vuestra mirada una especie de confesión que vuestra tímida reserva no tiene maña bastante para disimular. Comprendo que el bueno del Rey y la buena de la Reina os han mandado venir.

ROSENCRANTZ.—¿A qué fin, señor?

HÁMLET.—Eso vosotros debéis explicármelo. Pero, invocando los derechos del compañerismo, la concordancia de edad, los deberes de nuestro nunca interrumpido afecto y todo aquello aun más estimable con que pudiese interesaros una persona que supiera expresarse mejor que yo, permitidme os ruegue muy encarecidamente que seáis sinceros y llanos conmigo, diciéndome si habéis sido enviados o no.

ROSENCRANTZ.—(*Aparte a Guildenstern*). ¿Qué decís vos a eso?

HÁMLET.—(*Aparte*). Cuidadito ¿eh? que no os quito la vista de encima. (*Alto*). Si me tenéis voluntad, no me ocultéis nada.

GUILDENSTERN.—Señor... nos han hecho venir.

HÁMLET.—Voy a deciros el porqué; y anticipándome yo de esta suerte, evitaré vuestra confesión, con lo cual no perderá ni una sola pluma (2) el secreto que prome-

(1) *Halfpenny* (medio penique). Aunque la acción pasa en Dinamarca, Shakespeare usa esta voz inglesa para designar una moneda de ínfimo valor.

(2) Esto es: quedará incólume.

tisteis al Rey y a la Reina. Desde poco tiempo a esta parte, sin que yo comprenda la causa, he perdido por completo la alegría, he abandonado todos mis habituales ejercicios, y, a decir verdad, ello me ha puesto de un humor tan sombrío, que esta admirable fábrica, la tierra, me parece un estéril promontorio, ese dosel magnífico de los cielos, ese espléndido firmamento que véis suspendido sobre nosotros, esa majestuosa bóveda tachonada de ascuas de oro; todo eso no me parece más que una abominable y pestilente aglomeración de vapores. ¡Qué obra maestra es el hombre! ¡Cuán noble por su razón! ¡Cuán infinito en facultades! ¡Cuán maravilloso y proporcionado en su forma y en sus movimientos! Por sus acciones, ¡cuán parecido es a un ángel! Por su inteligencia, ¡cuánto se asemeja a un dios! ¡La maravilla del mundo, el tipo más perfecto de los seres animados! Y sin embargo, ¿qué es para mí esa quinta esencia del polvo? No me deleita el hombre; no, ni la mujer tampoco, por más que con vuestra sonrisa parezcáis decir que sí.

ROSENCRANTZ.—Señor, no tenía yo tal cosa en el pensamiento.

HAMLET.—Pues, ¿de qué te reías cuando he dicho que el hombre no me deleita?

ROSENCRANTZ.—De pensar que, si no encontráis placer en el hombre, ¡qué acogida de cuaresma recibirán de Vuestra Alteza los cómicos que hemos encontrado en el camino, y que se dirigen hacia aquí para ofreceros sus servicios!

HAMLET.—El que hace de Rey será bien venido; Su Majestad recibirá de mí su correspondiente tributo; el caballero dado a las aventuras lucirá su espada y broquel; el galán no suspirará en balde; el fanfarrón terminará pacíficamente su papel; el gracioso hará reir a aquellos que tienen puestos los pulmones en el disparador (1), y la dama expresará sin reserva sus sentimientos, o de lo contrario cojeará el verso por tal motivo. ¿Qué cómicos son ésos?

---

(1) Aquellos que tienen gran propensión a soltar la carcajada. Recuérdese que antiguamente se creía que los pulmones eran el asiento de la risa.

ROSENCRANTZ.—Aquellos mismos que tanto solían agradaros, los trágicos de la ciudad.

HAMLET.—¿Y cómo es que se dan a la vida errante? El tener residencia fija les sería más ventajoso, tanto para su reputación como para su provecho.

ROSENCRANTZ.—Yo discurro que el obstáculo que encuentran para ello es debido a la reciente innovación (1).

HAMLET.—¿Y gozan de la misma estimación que gozaban cuando yo estuve en la ciudad? ¿Se ven tan favorecidos del público?

ROSENCRANTZ.—¡Quiá! Eso no.

HAMLET.—¿Y por qué razón? ¿Se han echado a perder acaso?

ROSENCRANTZ.—No, señor. Su esmero se sostiene a la altura de costumbre; lo que hay es esa nidada de chiquillos (2), polluelos apenas salidos del cascarón, que se desgañitan gritando más de lo que hace al caso, y son por ello rabiosamente aplaudidos. Ahora están de moda, y de tal suerte vociferan contra los teatros plebeyos (como han dado en llamarlos), que mucha gente que ciñe espada apenas se atreve a poner en ellos los pies, por miedo a las plumas de ganso (3).

HÁMLET.—¿Conque son niños? ¿Y quién los mantiene? ¿quién paga su escote? ¿Seguirán ejerciendo su profesión hasta que hayan perdido la voz? Y andando el tiempo, si llegan ellos a ser comediantes ordinarios—cosa muy probable si no cuentan con mejores recursos,—¿no dirán que los autores de la compañía se han portado muy mal con ellos, obligándoles a declamar en perjuicio de su propio porvenir?

ROSENCRANTZ.—La verdad es que han dado ya mucho que hacer por una y otra parte, y el público no cree faltar lo más mínimo incitándolos a la pelea. Tiempo

---

(1) Alusión a una ley que autorizaba a los niños de coro de la iglesia de San Pablo o de la Capilla Real para dar representaciones teatrales públicas, con grave perjuicio de las compañías dramáticas entonces existentes.

(2) Los niños de coro a que hace referencia la nota anterior.

(3) Las plumas de los autorcillos que escribían para las compañías infantiles. Para no ser blanco de las sátiras de tales autores, muchas personas de calidad se abstenían de concurrir a los demás teatros.

ha habido en que no se daba ningún dinero por una pieza dramática, si el poeta y el actor no intervenían en el asunto andando a mojicones.

HÁMLET.—¿Es posible?

GUILDENSTERN.—¡Y tanto! Muchos hay que han salido con la cabeza rota.

HÁMLET.—¿Y son los chiquillos ésos quienes llevan la mejor parte?

ROSENCRANTZ.—Precisamente, señor, y además se llevan a Hércules con su pesada carga (1).

HAMLET.—No me maravilla mucho que digamos, porque ahora que mi tío es rey de Dinamarca, aquellos mismos que le hubieran hecho muecas mientras vivía mi padre, pagan veinte, cuarenta, cincuenta y hasta cien ducados por un retrato suyo en miniatura. ¡Sangre de Dios! Algo se vería aquí que pasa de natural, si pudiera descubrirlo la filosofía. *(Suenan trompetas dentro).*

GUILDENSTERN.—Ya tenemos aquí los cómicos.

HÁMLET.—Señores, sed bien venidos a Elsenor. Vengan esas manos. Compañeras de una buena acogida son la cortesía y la etiqueta. Permitidme, pues, que yo cumpla con vosotros en tal forma, no sea que el recibimiento que haga yo a los cómicos—que os advierto ha de revestir una honrosa ostentación,—parezca sobrepujar al que os dispenso a vosotros. Bien venidos seáis. Pero mi tío-padre y mi tía-madre andan muy equivocados.

GUILDENSTERN.—¿En qué, mi querido Príncipe?

HAMLET.—Yo no estoy loco sino cuando sopla el noroeste; cuando el viento es del mediodía, sé distinguir muy bien un halcón de una garza.

Entra POLONIO.

POLONIO.—Muchas felicidades, señores.

HAMLET.—[*Bajando la voz.*] Oye tú, Guildenstern... *(a Rosencrantz)* y tú también; un oyente a cada oreja. Ese nene grandullón que véis ahí no ha salido aún de mantillas.

(1) Alusión al Teatro del Globo, de cuya compañía formaba parte Shakespeare, y que tenía por muestra a Hércules sosteniendo sobre sus espaldas el globo terráqueo.

ROSENCRANTZ.—O acaso ha vuelto a ellas, porque, según se dice, el viejo es dos veces niño.

HAMLET.—Os pronostico que viene a hablarme de los comediantes... ¡Ojo! [*Haciendo una seña a sus interlocutores y cambiando de tono.*] Sí, sí, amigo mío, tienes mucha razón: eso fué el lunes por la mañana; sí, por cierto. (1).

POLONIO.—Señor, tengo nuevas que anunciaros.

HÁMLET.—[*Imitando la voz y los ademanes de Polonio.*] Señor, tengo nuevas que anunciaros. [*En tono declamatorio:*]

Cuando Roscio era actor en Roma.., (2)

POLONIO.—Los actores han llegado ya, Príncipe mío.

HÁMLET.—¡Ved con qué nos sale!

POLONIO.—Palabra de honor.

HÁMLET.—[*En igual tono.*]

Cada actor llegó entonces
jinete en su borrico...

POLONIO.—Son los más excelentes actores del mundo, tanto en la tragedia como en la comedia, en el drama histórico, pastoral, pastoral-cómico, histórico-pastoral, trágico-histórico, tragi-cómico-histórico-pastoral, escena indivisible o poema ilimitado; para ellos, Séneca no puede ser harto grave ni Plauto harto ligero. Para recitar lo que está escrito en regla, y a la vez para el género libre, no hay otros como ellos.

HÁMLET.—[*Ex abrupto y con entonación dramática:*]

¡Oh Jefté, oh Jefté, juez de Israel,... (3)

qué tesoro tenías!

POLONIO.—¿Qué tesoro tenía, señor?

HÁMLET.—Pues...

...una hija tenía hermosa y única,
a quien amó con tierno frenesí.

(1) Hámlet finge continuar una conversación con sus amigos, a fin de que Polonio no entienda que estaban hablando de él.

(2) Versos de algún antiguo romance, probablemente, que recita Hámlet para adelantarse a las noticias que va Polonio a comunicar.

(3) Hámlet recita aquí, con ligeras variaciones, unos versos de una antigua balada referente a la historia de Jefté.

POLONIO.—*(Aparte)*. ¡Dale que dale! ¡Siempre con mi hija!
HÁMLET.—¿No tengo razón, viejo Jefté?
POLONIO.—Ya que me llamáis Jefté, señor, una hija tengo a quien amo extremadamente.
HÁMLET.—No, no es eso lo que sigue.
POLONIO.—¿Pues qué sigue, Príncipe mío?
HÁMLET.—Ahora lo váis a ver:

Y por infausta suerte, Dios lo sabe,

y luego, ya sabéis...

Ocurrió, lo que estaba en lo posible,
como era de temer...

la primera estrofa de esta piadosa balada os enseñará algunas cosas más (1), porque, mirad, aquí vienen los que abrevian el tiempo y me hacen ser breve a mí (2).

Entran cuatro o cinco CÓMICOS.

HÁMLET.—Bien venidos, señores; bien venidos todos. ¡Cuánto me alegro de veros! Bien venidos seáis, mis buenos camaradas. ¡Oh , amiguito mío! Tu cara se ha franjeado de pelo desde la última vez que nos vimos. ¿Vienes a subírteme a las barbas aquí en Dinamarca? ¡Hola, señorita y dueño mío! (3). Por la Virgen, que vuesamerced está más cerca del cielo que cuando la ví últimamente, todo lo alto del chapín. Dios quiera que no llegue a cascarse vuestra voz (4) hasta dentro del anillo, como una moneda de oro sin curso (5). Señores, muy bien venidos. Ea, al punto manos a la obra, como los halconeros franceses, que se lanzan a lo primero

---

(1) La balada en cuestión termina pidiendo la joven a su padre que, antes de morir, la permita retirarse a un lugar solitario con sus compañeras para «llorar allí su virginidad.»

(2) Los cómicos, de quienes dice el autor que son un breve compendio de la crónica de los tiempos.

(3) Esta *señorita* es un muchacho vestido de mujer.

(4) Alusión al cambio que sufre la voz cuando se llega a la edad adulta.

(5) Las monedas de oro tenían un círculo o anillo, dentro del cual estaba la efigie del soberano. Toda moneda rajada hasta dentro del anillo era retirada de la circulación.

que se ve. Vaya, venga al punto una relación: dadnos una muestra de vuestro talento; venga un trozo apasionado.

CÓMICO 1.º—¿Qué trozo, mi buen señor?

HAMLET.—Yo te oí en cierta ocasión recitar un paso, que nunca ha sido puesto en escena, o si acaso lo fué, no pasó de una sola vez; porque dicha pieza, bien lo recuerdo, no gustó a la masa del público; era caviar (1) para el vulgo; pero (según me pareció a mí y pareció a otros cuyo juicio en tales materias está muy por encima del mío), era una producción exquisita, bien dispuesta en las escenas y escrita con tanta sobriedad como ingenio. Recuerdo que no faltó quien dijera que no había en los versos bastante guindilla y pimienta (2) para hacer sabroso el asunto, ni en el lenguaje cosa alguna que pudiera hacer tildar de afectado al autor; mas, en cambio, reconocía que estaba escrita en un estilo decoroso, tan intachable como ameno y con mucha más elegancia que brillantez (3). Hay en ella un trozo que me gustó en extremo: es la relación que hace Eneas a Dido, y señaladamente el pasaje en que trata de la muerte de Príamo. Si está fresco en tu memoria, empieza por este verso... A ver, a ver...

El feroz Pirro, cual la hircana fiera...

No, no es eso: empieza con «Pirro».
El feroz Pirro, aquel cuyas pavonadas armas, negras como sus designios, semejaban la noche cuando yacía tendido en el seno del caballo fatal (4), *tiene ahora su atezada y temible figura manchada de un blasón aun más fatídico. Desde la cabeza hasta los pies todo él es gules* (5), *teñido horrible-*

---

(1) Equivalente a «no era manjar para el vulgo».

(2) Esto es, frases picantes, obscenas o de color subido.

(3) Es muy probable que en el fondo de estos elogios no haya más que una fina ironía contra el estilo enfático y ampuloso de la literatura de aquella época.

(4) Alusión al famoso caballo de madera «alto como un monte», en cuyo tenebroso seno se escondió un gran número de guerreros griegos, que, gracias a dicha estratagema, lograron penetrar dentro de los muros de la invencible Troya.

(5) Término de heráldica que significa *rojo*.

mente con sangre de padres, madres, hijas e hijos, cuajada y endurecida por el fuego abrasador de las calles incendiadas, que presta una luz salvaje y siniestra al asesinato de su señor. Ardiendo en cólera y fuego, y así embadurnado de sangre coagulada, con unos ojos parecidos a carbúnculos, el infernal Pirro corre en busca del anciano rey Príamo...

Ahora continúa tú.

POLONIO.—Por Dios, señor, que ha sido bien declamado, muy discretamente y con perfecta entonación.

CÓMICO 1.º—*Hállale en breve asestando harto débiles golpes a los griegos; su viejo acero, rebelde al brazo, queda inerte allí donde cae, desobediente al mandato. Desiguales en la lid, arrójase Pirro sobre Príamo, y ciego de rabia, hiere en vago, mas con el zumbido y el aire de su fiera espada, rueda por el polvo el enervado anciano. Entonces la insensible Ilión, pareciendo conmoverse por este golpe, dobla sobre sus cimientos las llameantes almenas y techumbres, y desplomándose con pavoroso estrépito, cautiva el oído de Pirro; pues ved ahí que la espada del cruel guerrero próxima a caer sobre la cabeza, blanca como la nieve, del venerable Príamo, parece estar clavada en el aire. De esta suerte, como la imagen de un tirano, permanece Pirro, y cual si se hallara indiferente a su voluntad y a su tarea, inactivo queda. Pero, de igual modo que, como vemos repetidas veces, cuando amenaza una tempestad, reina en el cielo una calma silenciosa, las densas nubes se mantienen inmóviles, los raudos aquilones sin voz, y abajo la tierra callada como la muerte, y de pronto estalla el espantoso trueno rasgando la región del aire, así también, después de tal pausa, la despertada venganza pone de nuevo a Pirro en acción, y jamás cayeron los martillos de los Cíclopes sobre la armadura de Marte, forjada para resistir eternamente, con menos piedad que la sangrienta espada de Pirro cae ahora sobre Príamo... ¡Aparta, aparta, Fortuna, ramera vil! Vosotros todos, dioses, reunidos*

en general asamblea, arrebatadle su poder, destrozad todos los rayos y pinas de su rueda, y despeñad el redondo cubo por la montaña del cielo para que vaya a abismarse con los demonios en las profundidades del averno!

POLONIO.—Eso es demasiado largo.

HÁMLET.—Ya irá a casa del barbero con vuestras barbas. *(Al Cómico 1.º).* Ten la bondad de proseguir. Lo que él quiere son canciones picarescas o chascarrillos de lupanar, y si no, se duerme. Continúa. Vengamos a Hécuba.

CÓMICO 1.º—*Pero aquel, ¡ay dolor!, aquel que hubiese visto la Reina mal arrebujada...*

HÁMLET.—«¡La Reina mal arrebujada!»

POLONIO.—Está bien: «Reina mal arrebujada» está muy bien.

CÓMICO 1.º—*...con los pies desnudos correr desatentada de un lado a otro amenazando sofocar las llamas con el copioso llanto que la cegaba, cubiertas con un cendal las sienes, aquellas mismas sienes antes adornadas con la diadema, y por todo vestido, ciñendo sus enflaquecidas caderas exhaustas por un exceso de fecundidad, una manta del lecho presurosamente arrebatada en medio del tumulto y del terror; aquel que esto hubiese presenciado, con la lengua empapada de veneno hubiérase desatado en improperios contra el poder de la Fortuna. Pero si los mismos númenes hubiesen observado entonces aquella infeliz cuando vió a Pirro gozándose cruelmente en triturar con el acero los miembros de su esposo, la repentina explosión de alaridos en que ella prorrumpió (a menos que las cosas terrenales no les muevan lo más mínimo), hubiera enternecidc a los dioses y arrancado lágrimas a los ardientes ojos del cielo* (1).

POLONIO.—*(Señalando al Cómico 1.º)* ¡Ved! ¡Pues no ha mudado el color y se le saltan las lágrimas de los ojos! Por favor, no prosigáis.

HÁMLET.—*(Al Cómico 1.º)* Bien está. Ya te haré recitar luego lo que falta. *(A Polonio).* Mi buen amigo, ¿cui-

(1) Los astros.

daréis de que los cómicos estén bien aposentados? Haced que los agasajen con esmero, ¿lo oís?, porque son el compendio y breve crónica de los tiempos. Más os valdría un mal epitafio para después de vuestra muerte, que sus maliciosos dichos durante la vida (1).

POLONIO.—Señor, los trataré conforme a sus merecimientos.

HAMLET.—¡Cuerpo de tal! Mucho mejor, hombre. Si dáis a cada uno el trato que se merece, ¿quién se libraría de una tanda de azotes? No, tratadlos según vuestro propio honor y dignidad, y así, cuanto menos lo merezcan ellos, tanto más mérito habrá en vuestra largueza. Acompañadlos.

POLONIO.—Venid, señores.

HAMLET.—Seguidle, amigos. Mañana tendremos función. *(Vase Polonio con todos los Cómicos, excepto el Cómico 1.º)*

HAMLET.—*(Al Cómico 1.º)* Oye, querido amigo: ¿no podrías representar *El Asesinato de Gonzago?*

CÓMICO 1.º—Sin duda, señor.

HAMLET.—Pues se representará mañana por la noche. ¿Podrías, si necesario fuere, aprender una relación de unos doce o diez y seis versos que pienso escribir e intercalar en dicha pieza, no es verdad?

CÓMICO 1.º—Sí, señor.

HAMLET.—Muy bien. Vete con aquel señor, y cuidado con hacer burla de él. *(Vase el Cómico 1.º)—(A Rosencrantz y Guildenstern).* Mis buenos amigos, voy a dejaros hasta la noche. Sed bien venidos a Elsenor.

ROSENCRANTZ.—Mi buen Príncipe... [*Haciendo una profunda reverencia*].

HAMLET.—Sí, ciertamente. Quedad con Dios. *(Vanse Rosencrantz y Guildenstern).* Ya estoy solo. ¡Oh, qué ruín y abyecta criatura soy! ¿No es monstruoso que ese cómico, no más que en una ficción vana, en un sueño de pasión, pueda subyugar el alma a su pro-

---

(1) Este pasaje y algún otro de esta tragedia son una cruel diatriba contra lord Burleigh, primer ministro de la corte de Isabel, satirizado en el grotesco personaje de Polonio. Dicho ministro publicó un edicto que rebajaba a la categoría de vagabundos a los actores ambulantes, y los castigaba como a tales.

pia fantasía, hasta el punto de que por la acción de ella palidezca completamente su rostro, se bañen en llanto sus ojos, se pinte la angustia en su semblante, se ponga la voz entrecortada, y toda la acción del cuerpo se adapte en su disposición exterior a sus pensamientos?... ¡Y todo ello por nada! ¡Por Hécuba! ¿Y qué tiene que ver Hécuba con él, o él con Hécuba, para que así llore por ella? ¿Qué hiciera, pues, si tuviese los motivos y sugestiones de dolor que yo tengo? Inundaría en lágrimas el teatro, desgarrando los oídos del público con tremendas exclamaciones, volvería loco al culpable, llenaría de terror al inocente y de confusión al ignorante, y suspendería sin duda alguna las mismas facultades de los ojos y oídos... Y sin embargo, yo, apático y estúpido canalla, me quedo hecho un babieca, un alma de cántaro, indiferente a mi propia causa y sin saber qué decir, ni aun en favor de un Rey sobre cuyos bienes y preciadísima vida cayó una criminal destrucción. ¡Si seré cobarde! ¿No hay quien me tache de villano, me parta por medio la cabeza, me arranque las barbas y me las sople en el rostro, me tire violentamente de la nariz y me encaje el mentís por el gaznate hasta los pulmones? ¿No hay quién esto haga? ¡Ah, voto a tal! No tendría yo más remedio que aguantarlo, porque fuerza es que yo tenga el hígado de paloma, sin una gota de hiel que pueda hacer amargo el agravio; pues de no ser así, tiempo há que con las entrañas de ese miserable hubiera yo cebado todos los milanos del cielo. ¡Sanguinario y lascivo infame, inhumano, aleve, impúdico y desnaturalizado asesino! ¡Oh! ¡Venganza!... Pero, ¡qué asno soy! Esto es lo más gracioso, que yo, hijo de un padre asesinado a quien idolatraba; yo, que me veo incitado a la venganza por el cielo y el infierno, deba, ni más ni menos que una prostituta, desahogar mi corazón con exclamaciones, y me ponga a maldecir como una verdadera mujerzuela o un galopín de cocina... ¡Qué vergüenza! ¡Ea, ea, al avío, mi cerebro!... Pero... un momento He oído contar que ha habido personas delincuentes que, asistiendo a un espectáculo teatral, se han quedado tan profundamente impresionadas por la sola ficción escénica, que en aquel instan-

te han manifestado su delito, puesto que el homicidio, aunque se halla desprovisto de lengua, puede hablar por unos medios sumamente prodigiosos. Voy a hacer que los cómicos esos representen delante de mi tío alguna escena parecida al asesinato de mi padre. Observaré sus miradas y la expresión de su rostro, le sondearé hasta su parte más sensible, y por poco que se altere, ya sé yo lo que me toca hacer. El espíritu que yo he visto puede bien ser el diablo, puesto que el ángel réprobo tiene facultad para adoptar una forma atractiva. ¡Oh! ¿Quién sabe si aprovechándose de mi debilidad y melancolía, ya que él tanto poder tiene sobre tales espíritus, me engaña para causar mi condenación? Quiero tener pruebas más decisivas que ésta. El drama es el lazo en el cual cogeré yo la conciencia del Rey.



ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA.

Un salón del alcázar.
EL REY, LA REINA, POLONIO, OFELIA, ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.

El Rey.—[*A Rosencrantz y Guildenstern*]. ¿Y no podéis, por alguna vía indirecta, arrancarle el motivo por qué da pábulo a ese trastorno mental, turbando de un modo tan acerbo la calma de su existencia con esa alborotada y peligrosa locura?

Rosencrantz.—El mismo confiesa que se siente trastornado, pero de la causa de ello no quiere en manera alguna decir una palabra.

Guildenstern.—Tampoco le encontramos dispuesto a dejarse sondear, pues con una hábil salida de tono se nos escapa cuando pretendemos conducirle a alguna confesión acerca de su verdadero estado.

La Reina.—¿Y os recibió atentamente?

Rosencrantz.—Como cumplido caballero.

Guildenstern.—Pero violentando mucho su ánimo.

Rosencrantz.—Avaro en preguntar, pero extremadamente pródigo en contestar a nuestras demandas.

La Reina.—¿Le tanteásteis invitándole a alguna diversión?

Rosencrantz.—Señora, quiso la suerte que alcanzáramos en el camino a ciertos comediantes; le hablamos de ellos, y al oirlo, pareció manifestar una especie de alegría. Los tales comediantes se hallan aquí en la

corte, y, según creo, tienen ya orden de representar esta noche alguna pieza ante el Príncipe.

POLONIO.—Es muy cierto, y me ha pedido él que invitara a Vuestras Majestades a oir y ver la cosa esa.

EL REY.—Con todo mi corazón, y mucho me place saber que se halla así dispuesto. Aguijoneadle de nuevo, queridos hidalgos, y seguid inclinando su ánimo a tales placeres.

ROSENCRANTZ.—Así lo haremos, señor. (*Vanse Rosencrantz y Guildenstern.*)

EL REY.—Dejadnos también, amada Gertrudis, porque hemos mandado llamar reservadamente a Hámlet, a fin de que se encuentre aquí, como si fuera por azar, con Ofelia. Su padre y yo, espías de buena ley, nos apostaremos de tal suerte que, viendo sin ser vistos, podamos juzgar desapasionadamente de su encuentro, y colegir, por la manera de portarse, si es o no el tormento de su amor lo que así le aflige.

LA REINA.—Voy a obedeceros. Y en cuanto a ti, Ofelia, deseo que tus raros hechizos sean la causa afortunada del trastorno de Hámlet, y así podré esperar que tus virtudes le conduzcan de nuevo a su habitual camino, en bien de tu honor y del suyo.

OFELIA.—¡Ojalá que así fuera, señora! (*Vase la Reina.*)

POLONIO.—Paséate por aquí, Ofelia. (*Al Rey.*) Amable señor, cuando gustéis nos apostaremos en nuestro sitio. (*A Ofelia, entregándole un devocionario.*) Lee en este libro para que la apariencia de tal ocupación sirva de pretexto a tu soledad. (*Al Rey.*) Muchas veces se nos ha de acriminar por esto, y es cosa harto probada que con un semblante devoto y una actitud piadosa almibáramos al mismísimo demonio.

EL REY.—(*Aparte.*) ¡Oh! Demasiado cierto es. ¡Qué rudo latigazo dan a mi conciencia esas palabras! El rostro de una meretriz, hermoseado con el arte de los afeites, no es más repugnante con respecto a aquello que lo adorna, que lo es mi acción al compararla con mis doradas frases. ¡Oh, qué carga más abrumadora!

POLONIO.—Oigo que viene. Retirémonos, señor. [*El Rey y Polonio se ocultan detrás de unos tapices.*]

Entra HÁMLET [hondamente ensimismado.]

Hámlet.—Ser, o no ser: he aquí el problema. ¿Es más noble para el espíritu sufrir los golpes y dardos de la airada fortuna, o armarse contra un piélago de tormentos, y haciéndoles frente, acabar con ellos? Morir... dormir, no más; y con un sueño pensar que damos fin a los pesares y a los mil naturales conflictos que constituyen la herencia de la carne: he aquí un desenlace que deberíamos solicitar con anhelo. Morir... dormir; dormir... tal vez soñar. Ahí, ahí está la dificultad, porque forzoso es que nos detenga el considerar qué ensueños pueden asaltarnos en aquel sueño de la muerte, una vez nos hayamos sustraído a ese bullicio de la vida. Esta reflexión es lo que hace tan duradero el infortunio, porque ¿quién aguantaría los ultrajes y desdenes del mundo, la tiranía del opresor, las afrentas del soberbio, las congojas del amor desairado, las dilaciones de la justicia, las insolencias del poder y las humillaciones que el paciente mérito recibe de los hombres indignos, cuando uno mismo podría procurar su reposo con un simple punzón? ¿Quién quisiera sufrir molestas cargas, gemir y sudar bajo el peso de una vida afanosa, si no fuera por el temor de un algo después de la muerte (la ignota región cuyos lindes no vuelve a traspasar viajero alguno), temor que pone trabas a la voluntad y nos hace soportar aquellos males que nos afligen, antes que arrojarnos a otros que aun desconocemos? Así es como la conciencia hace de todos nosotros unos cobardes, y así el matiz natural de la resolución queda deslucido por la enfermiza palidez de la inquietud, y las empresas de mayores alientos e importancia tuercen su curso por tal motivo y dejan de tener nombre de acción... Pero ¡silencio!... La hermosa Ofelia! *(A Ofelia.)* Ninfa mía, en tus plegarias acuérdate de todos mis pecados.

Ofelia.—Mi buen señor, ¿cómo os ha ido durante todos estos días?

Hámlet.—Bien, bien, bien. Muchísimas gracias.

Ofelia.—Señor, yo conservo de vos algunos recuerdos, que tiempo ha deseo devolveros. Os ruego que los admitáis ahora mismo.

Hámlet.—¿Yo? No; jamás te he dado yo cosa alguna.

Ofelia.—Mi respetable señor, perfectamente sabéis vos

que me hicísteis algunos presentes, acompañándolos con ciertas expresiones formadas de un aliento tan suave que acrecentaban el valor de ellos. Desvanecido ya aquel perfume, tomadlos de nuevo, porque para un corazón noble las más ricas dádivas tórnanse mezquinas cuando se muestra poco afectuoso quien las ofrece. Aquí están, señor.

HÁMLET.—(*Riendo.)* ¡Ja, ja, ja!... ¿Eres honesta? (1)

OFELIA.—¡Señor...!

HÁMLET.—¿Eres hermosa?

OFELIA.—¿Qué intenta significar con eso Vuestra Alteza?

HÁMLET.—Que si eres honesta y hermosa, tu honestidad no debería admitir tratos con tu hermosura.

OFELIA.—¿Acaso podría la hermosura tener mejor comercio que con la honestidad?

HÁMLET.—Sí, por cierto, puesto que el poder de la belleza convertirá la honestidad en una alcahueta, mucho antes que la fuerza de la honestidad pueda transformar la belleza a su propia semejanza. En otro tiempo parecía esto un absurdo, pero la época presente nos da de ello la prueba. Algún día yo te amé.

OFELIA.—En verdad, señor, así me lo hicísteis creer.

HÁMLET.—Pues no debías haberme creído, porque la virtud no puede ingerirse de un modo tan cabal en nuestro viejo tronco que no quede en nosotros algún resabio de él. Yo no te amaba.

OFELIA.—Tanto mayor ha sido mi decepción.

HÁMLET.—Vete a un convento. ¿Por qué quisieras tú ser engendradora de pecadores? Aquí donde me ves soy pasablemente bueno, y con todo, tales cosas podría yo reprocharme que más valiera que mi madre no me hubiese echado al mundo: soy muy soberbio, ambicioso, vengativo, con más pecados atentos a una leve indicación mía, que pensamientos tengo para abarcarlos, que fantasía para darles forma, y tiempo para ponerlos en ejecución. ¿Y qué han de hacer unos seres como yo, que se arrastran entre la tierra y el cielo?

---

(1) Hámlet, ignorando la verdadera causa del desvío de Ofelia y creyendo que ésta obraba por simple capricho o liviandad, desahoga su corazón en denuestos e invectivas contra su amada y todas las de su sexo afeando sus mudanzas y coqueterías.

Todos somos unos malandrines rematados. No te fies de ninguno de nosotros. Vete, vete a un convento... [*Vuélvese bruscamente, y ve asomar la cabeza de Polonio por entre los tapices.*] ¿Dónde está tu padre?

OFELIA.—En casa, señor.

HAMLET.—[*Con intención.*] Pues que atranquen las puertas tras él, para que no haga el bobo más que en su propia casa. Adiós. (*Aléjase unos pasos y vuelve*).

OFELIA.—¡Oh, asistidle, cielos clementes!

HAMLET.—Si te casas, quiero darte por dote este torcedor: así seas tan casta como el hielo y tan pura como la nieve, no te librarás de la maledicencia. Vete a un convento, vete. Adiós... Y si te empeñas en casarte a todo trance, cásate con un imbécil, porque los hombres avisados saben muy bien qué clase de mónstruos hacéis de ellos vosotras. Vete a un convento, vete, y que sea pronto. Adiós. (*Aléjase y vuelve como antes*).

OFELIA.—¡Oh, poderes celestiales, restituidle la razón!

HAMLET.—También he oído hablar bastante de vuestros afeites y pinturas. Dios os ha dado una cara, y vosotras os hacéis otra distinta; andáis dando saltitos, os contoneáis, habláis ceceando y ponéis malos nombres a las criaturas de Dios, haciendo pasar vuestra liviandad por inocente candor. Vete, ya estoy harto de eso; éso es lo que me ha vuelto loco. Te lo advierto: se acabaron ya los casamientos. Aquellos que ya están casados, vivirán todos, todos menos uno (1). Los demás se quedarán como están ahora. Ea, al convento, vete. (*Vase*).

OFELIA.—¡Oh, qué noble inteligencia trastornada! Ojo de cortesano, lengua de letrado, espada de guerrero; esperanza y rosa (2) de este próspero reino; espejo de la elegancia, molde de la cortesía, ideal que atraía la mirada de todo observador... ¡perdido, completamente perdido! Y yo, la más desventurada e infeliz de todas las mujeres, yo que he saboreado la miel de sus melodiosas protestas, contemplo ahora aquella

(1) Esta indirecta va dirigida al Rey.
(2) Rosa. Símbolo de la juventud y belleza.

noble y preeminente razón cual armoniosas campanas tañidas de un modo discordante, desentonado e ingrato al oído; aquellas facciones y aquella figura incomparables de la más florida juventud, marchitadas por el delirio! ¡Ay, qué desdicha la mía! ¡Haber visto lo que ví, y ver ahora lo que estoy viendo!

Entran el REY y POLONIO

EL REY.—¡Amor!... No; las afecciones de Hámlet no van por ese camino, ni tampoco su lenguaje, con todo y ser algo desconcertado, parecíase al de la locura. Algo hay en su ánimo que su melancolía está incubando, y mucho temo que al romperse el cascarón surja algún peligro. Para prevenirlo, tomando una súbita determinación, he resuelto que sin demora alguna Hámlet salga para Inglaterra, con el pretexto de reclamar nuestros atrasados tributos. Acaso el mar y los diferentes países, con su variedad de objetos, extirparán esa cosa arraigada en su corazón y contra la cual choca de continuo su cerebro, poniéndole a él tan diferente de sí mismo. ¿Qué opinas de esto?

POLONIO.—Que dará un resultado feliz; sin embargo, entiendo yo que el origen y comienzo de su pesadumbre provienen de un amor desairado.—(*A Ofelia*). ¡Tú aquí, Ofelia! No has menester contarnos lo que te ha dicho el príncipe Hámlet: todo lo hemos oído. (*Al Rey*). Señor, obrad como os plazca, pero, si lo juzgáis conveniente, haced que después de la representación, la Reina, su madre, a solas con él, le inste a descubrir sus cuitas, y le hable muy claro. Y yo, con vuestra licencia, me ocultaré de modo que pueda oir toda la conversación. Si ella no logra desentrañar el secreto de su pecho, mandadle a Inglaterra, o recluidle donde vuestra prudencia mejor lo estime.

EL REY.—Así se hará. La locura en los grandes hombres no debe quedar sin vigilancia. (*Vanse*).

ESCENA II

Un vasto salón del alcázar. [Es de noche. En el foro se ve una especie de escenario].
HÁMLET y algunos CÓMICOS.

HAMLET.—Te ruego digas este pasaje tal como lo he recitado, con mucha soltura y naturalidad, pues si lo declamas con énfasis y a voz en grito, como hacen muchos de nuestros actores, tanto valdría que hiciera yo recitar mis versos por el pregonero público. Guárdate igualmente de aserrar demasiado el aire así con la mano; hazlo todo con mesura, pues hasta en medio del mismo torrente, borrasca, y aun podría decir torbellino de tu pasión, has de tener y mostrar una templanza que pueda prestarle cierta suavidad. ¡Oh! me hiere en el alma el oir a un fornido jayán, con su enorme peluca en la cabeza, desgarrar una pasión hasta convertirla en jirones y verdaderos guiñapos, y taladrar los oídos de la gentecilla del patio, que en su inmensa mayoría no entiende de otra cosa que mucha bulla e incomprensibles pantomimas. De buena gana haría yo dar una mano de azotes a ese energúmeno por exagerar el tipo de Termagante (1): esto es ser más Herodes que Herodes (2) mismo. Huye, huye de eso, por favor.

CÓMICO 1.º.—Lo prometo a Vuestra Alteza.

HAMLET.—No estés tampoco demasiado cohibido: en esto tu propia discreción debe ser tu maestro. Acomoda la acción a la palabra y la palabra a la acción, poniendo un especial cuidado en no traspasar los límites de la natural sencillez, porque toda cosa llevada a tal extremo es contraria a las tendencias del arte dramático, cuyo objeto, lo mismo en su origen que en los tiempos actuales, ha sido y es ofrecer, por decirlo así, un es-

---

(1) Ente imaginario que los cruzados suponían ser una divinidad adorada por los sarracenos. Fué introducido en las antiguas piezas teatrales, y se le representaba con un genio sumamente arrebatado.

(2) Uno de los principales personajes de los misterios de la Edad media; era representado como un tirano feroz, iracundo y de voz tonante.

pejo a la humanidad, mostrar a la virtud sus propios rasgos, al vicio su misma imagen, y a cada siglo y a cada generación su fisonomía y sello característico. De ahí resulta que si se recarga la expresión, o si ésta adolece de languidez, por más que ello haga reir a los ignorantes, no podrá menos de disgustar a los hombres sensatos, debiendo el dictamen de uno solo de éstos tener más peso en vuestra estimación, que el de todo un público compuesto de los otros. ¡Ah! Cómicos hay, a quienes he visto representar y a los cuales he oído elogiar en alto grado, que, por no decirlo en malos términos, no teniendo ni acento ni traza de cristiano, de gentil ni tan siquiera de hombre, se pavoneaban y vociferaban de tal suerte que he llegado a imaginar que, proponiéndose algún mal artífice de la naturaleza formar tales hombres, le salieron unos engendros: tan abominablemente imitaban ellos la humanidad.

CÓMICO 1.º—Opino que en nuestra compañía hemos corregido esto bastante, señor.

HAMLET.—¡Oh! Corregidlo por completo, y no permitáis que los que hacen de gracioso digan más de lo que tienen escrito en su papel. Porque algunos hay entre ellos, que empiezan a dar risotadas para hacer reir a unos cuantos espectadores imbéciles, aun cuando en aquel preciso momento reclame la mayor atención algún punto esencial de la pieza. Esto es indigno, y revela en el insensato que tal hace, unas pretensiones sumamente ridículas. Id a prepararos. (*Vanse los Cómicos.*)

Entran POLONIO, ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.

HAMLET.—(*A Polonio*). Y bien, ¿vendrá el Rey a ver esta obra maestra?

POLONIO.—Sí, señor, al instante, y la Reina también.

HAMLET.—Pues encargad a los cómicos que se den mucha prisa. *(Vase Polonio.) (A Rosencrantz y Guildenstern.)* ¿Queréis ir los dos a ayudarles a concluir más pronto?

ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.—Con mucho gusto, señor. *(Vanse Rosencrantz y Guildenstern.)*

Entra HORACIO.

HAMLET.—¡Tú por aquí, Horacio!

HORACIO.—Aquí me tenéis, amable señor, a vuestras órdenes.

HAMLET.—Horacio, tú eres precisamente el hombre más cabal de cuantos he tratado en mi vida.

HORACIO.—¡Oh, querido Príncipe...!

HAMLET.—No, no creas que yo te adule, pues ¿qué ventajas puedo esperar de ti, que para sustentarte y vestirte no tienes más rentas que tus buenas disposiciones? ¿Qué razón hay para adular al pobre? No, dejemos para la lengua melosa y marrullera el lamer la necia ostentación, y para los goznes de la rodilla servil el doblarse allí donde el lucro pueda seguir a la lisonja. Escúchame. Desde que mi alma fué dueña de escoger y supo distinguir entre los hombres, te marcó a ti para ella con el sello de su elección, puesto que tú, sufriéndolo todo, te has mostrado como si nada sufrieras, y eres un hombre que ha aceptado con igual agradecimiento los reveses y los favores de la fortuna. Dichosos aquellos cuya sangre y cuya razón se hallan tan bien combinadas que no son entre los dedos de la Fortuna como un caramillo que suena por el agujero que a ella se le antoja. Dadme a mí un hombre que no sea esclavo de la pasión, y yo le guardaré en lo más íntimo de mi pecho, sí, en el corazón de mi corazón, como te guardo a ti... Pero ya hemos hablado de esto en demasía. Esta noche se representará ante el Rey una pieza, en la cual hay una escena que tiene mucho parecido con el incidente que yo te expuse relativo a la muerte de mi padre. Te suplico que en cuanto veas llegar dicho paso, observes a mi tío con toda la penetración de tu alma. Si su oculto crimen no aparece al descubierto en cierta relación, será sin duda un espíritu infernal lo que vimos, y será también que mis cavilaciones son tan negras como la fragua de Vulcano. Fija en él una cuidadosa atención. Por mi parte, mis ojos se clavarán tenazmente en su rostro, y des-

pués uniremos nuestros respectivos pareceres, a fin de juzgar acerca de su apariencia.

HORACIO.—Bien decís, señor. Si durante la representación él me sustrae algo y escapa a mi perspicacia, yo pagaré lo sustraído.

HAMLET.— Ya vienen a presenciar la función. Es menester que yo me haga el destornillado. Vete a tomar asiento. (*Marcha danesa. Toque de trompetas*).

Entran EL REY, LA REINA, POLONIO, OFELIA, ROSENCRANTZ, GUILDENSTERN y otros caballeros y damas del acompañamiento en medio de guardias con antorchas encendidas.

EL REY.—¿Que tal le va (1) a mi sobrino Hámlet?

HAMLET.—Perfectamente, a fe mía. Cómo del plato del camaleón (2), me alimento de aire y estoy atiborrado de esperanzas. No podríais vos cebar capones así.

EL REY.—Nada tengo yo que ver con esa respuesta, Hámlet; no son mías esas palabras.

HAMLET.—Ni mías tampoco ahora (3). (*A Polonio*). ¿No decís que una vez representasteis vos en la Universidad?

POLONIO.—Sí, Alteza, y fama tenía de actor excelente.

HAMLET.—¿Y qué papel desempeñabais?

POLONIO.—El de Julio César. Yo era asesinado en el Capitolio (4); me mataba Bruto.

HAMLET.—Brutal acción por parte suya fué matar un borrego tan capital (5). (*A Rosencrantz*). ¿Están ya prevenidos los cómicos?

ROSENCRANTZ.—Sí, señor; aguardan sólo vuestro permiso.

LA REINA.—Ven aquí, mi querido Hámlet; siéntate a mi lado.

HÁMLET.—No, mi buena madre. (*Señalando a Ofelia*). Hay aquí un imán que atrae más.

(1) El verbo inglés *fare* tiene un doble significado: «irle a uno bien o mal» y «tratarse en cuestión de comida».

(2) Según la creencia popular, el camaleón se alimenta de aire.

(3) Como reza un proverbio inglés, las palabras de un hombre dejan de pertenecerle así que las ha soltado.

(4) César no fué asesinado en el Capitolio, sino en el Senado.

(5) Juegos de palabras entre Bruto y brutal, y Capitolio y capital.

POLONIO.—*(Al Rey)*. ¡Oh, oh! ¿advertisteis éso?
HÁMLET.—Dama mía, ¿me permitís descansar en vuestra falda? *(Sentándose en el suelo a los pies de Ofelia)*.
OFELIA.—No, señor.
HÁMLET.—Quiero decir: descansar la cabeza sobre vuestras rodillas (1).
OFELIA.—Sí, señor.
HÁMLET.—¿Os figuráis que yo quería decir una cosa fea?
OFELIA.—No me figuro nada, señor.
HÁMLET.—Es una idea muy natural (2) la de reposar entre las piernas de una doncella.
OFELIA.—¿Qué decís?
HÁMLET.—No digo nada.
OFELIA.—Chancero estáis.
HÁMLET.—¿Quién? ¿yo?
OFELIA.—Sí, señor.
HAMLET.—¡Diantre! Sólo para vos hago yo cosas divertidas. ¿Qué ha de hacer uno sino estar alegre? Y si no, mirad que aire más risueño tiene mi madre, y eso que mi padre ha muerto no hace dos horas.
OFELIA.—¡Qué! Dos veces dos meses, señor.
HÁMLET.—¿Tanto tiempo hace? Pues entonces que se vista de luto el diablo, porque yo quiero un traje de piel de marta (3)... ¡Oh, cielos! ¡Dos meses ha que murió, y no le han olvidado todavía! De esa manera bien se puede esperar que la memoria de un grande hombre le sobreviva medio año. Pero, por la Virgen Santa, para ello será preciso que funde iglesias (4), pues de lo contrario no quedará recuerdo de él, como le aconteció al caballito de palo (5), cuyo epitafio dice:

---

(1) Era cosa corriente estar el galán echado a los pies de su dama durante las representaciones teatrales.

(2) *Fair*. Esta palabra significa también: dulce, agradable, etc.

(3) *A suit of sables*. Expresión de doble sentido. *Sable* significa la piel de marta cebellina (artículo de extraordinario lujo) y además, en el lenguaje del blasón expresa el color negro.

(4) El día del Santo Patrón de cierta iglesia, se conmemoraba al fundador de la misma citando su nombre.

(5) El *Hobby-horse* era un caballito de madera movido por un hombre que parecía ser el jinete. Esta inocente mojiganga fué abolida gracias al celo demasiado severo de los puritanos.

Pues ¡ay!, pues ¡ay! del caballo de palo nadie se acuerda ya.

(Música de oboes. Empieza la pantomima en el escenario dispuesto al efecto (1). *Entran un Rey y una Reina con aire muy amoroso. Se abrazan. La Reina se arrodilla, y con ademanes le hace protestas de afecto. El Rey la levanta, y reclina la cabeza en su seno, después de lo cual se tiende sobre un lecho de flores; ella, viéndole dormido, se retira. Aparece en seguida otro personaje, el cual quita la corona al Rey, la besa, vierte un veneno en el oído de él, y se va. Vuelve la Reina, encuentra muerto a su esposo, y expresa con sus ademanes la mayor desesperación. El envenenador, acompañado de dos o tres personajes mudos, entra de nuevo, y aparenta lamentarse con ella. El cadáver es conducido fuera de la escena. El envenenador galantea a la Reina obsequiándola con dádivas; al prinpio ella parece esquiva y mal dispuesta, pero al fin acepta su amor. Vanse).*

OFELIA.—¿Qué viene a significar éso, señor?

HAMLET.—¡Pardiez! Eso es una perfidia a la chiticallando; eso viene a significar una perrería.

OFELIA.—Quizá esta escena muda encierra el argumento del drama. [*Suenan tres toques de trompeta*].

Entra el FARAUTE (2) [envuelto en una larga capa negra y llevando en la cabeza una corona de laurel].

HÁMLET.—Ya lo sabremos por ese fulano. Los cómicos no pueden guardar un secreto. Todo lo han de decir.

OFELIA.—¿Y nos dirá lo que significa esa pantomima?

HAMLET.—Sí, lo mismo que cualquier espectáculo que gustéis exhibir a su vista. No os avergoncéis de exhibir, que él tampoco se avergonzará de explicaros lo que ello signifique.

---

(1) Estos espectáculos eran dobles: a la pantomima o representación muda, sucedía una nueva representación hablada, mucho más interesante.

(2) *Prologue,* en el original. Personaje encargado de recitar el Prólogo de la pieza.

OFELIA.—Sois muy malo, muy malo... Dejadme atender a la pieza.

FARAUTE.—*Por nosotros y por la tragedia nuestra, —sometiéndonos aquí a vuestra benevolencia,—os suplicamos nos escuchéis con paciencia.*

HÁMLET.—¿Es prólogo éso, o mote de sortija?

OFELIA.—Es muy breve.

HÁMLET.—Como amor de mujer.

Entran dos CÓMICOS representando un Rey (Gonzago) y una Reina (Bautista).

GONZAGO.—*Treinta vueltas completas ha dado el carro de Febo* (1) *a las salobres ondas de Neptuno y a la esférica región de Telus* (2), *y treinta docenas de lunas, con su prestado brillo, han dado la vuelta al mundo doce treintenas de veces, desde que el amor unió nuestros corazones, e Himeneo nuestras manos con mútuos y sacratísimos lazos.*

BAUTISTA.—*Y otras tantas vueltas puedan el sol y la luna dejarnos contar antes que se extinga nuestro amor. Mas ¡ay de mí! Desde algún tiempo a esta parte estáis tan adoleciente, tan apartado de la alegría y tan distinto de vuestro anterior estado, que llego a inquietarme por vos. Pero, por muy inquieta que yo esté, no debéis en manera alguna desazonaros, dueño mío, puesto que el temor y el cariño de la mujer guardan proporción entre sí: o faltan del todo, o llegan al mayor extremo. Lo que es mi amor, la experiencia os lo ha dado a conocer, y tan intenso como mi amor son intensos mis temores. Allí donde es grande el amor, las más leves aprensiones son temores; y allí donde se agrandan los pequeños temores, allí se acrecientan los grandes amores.*

GONZAGO.—*En verdad, amor mío, forzoso será dejarte, y dejarte en breve. Mis facultades activas se niegan a desempeñar sus funciones, y tú me sobrevivirás en este mundo seductor, respetada, queri-*

(1) El Sol.
(2) Tellus, diosa de la tierra.

da, y acaso no faltará quien sea bastante tierno para esposo, y tú...

BAUTISTA.—*¡Oh, no prosigas! Semejante amor no podría menos de ser una traición en mi pecho. ¡Maldita sea yo si me enlazase con un segundo esposo! Nadie se casa con el segundo sin haber matado al primero.*

HAMLET.—*(Aparte).* ¡Anda! ¡Tómate esa! ¡Tómate esa!

BAUTISTA.—*Los móviles que incitan a un segundo matrimonio son despreciables razones de interés, nunca de amor. Por segunda vez mato a mi difunto esposo, si en el lecho me besa un segundo marido.*

GONZAGO.—*Opino que pensáis tal como ahora decís; pero las resoluciones que hacemos las quebrantamos a menudo. El próposito no es más que un esclavo de la memoria; brusco es su nacimiento, empero escasa su validez. Ahora, cual fruto acerbo, al árbol está adherido; mas caerá por sí solo apenas esté en sazón. De todo punto inevitable es que olvidemos pagarnos lo que nos debemos a nosotros mismos: sea lo que fuere lo que nos propongamos en un momento de pasión, una vez calmada la pasión, desvanécese el propósito. La violencia misma del dolor o del placer destruye juntamente con ellos sus propias resoluciones. Allí donde más bulliciosa es la alegría, más se lamenta la tristeza, y basta un leve accidente para que la tristeza se regocije y el regocijo se entristezca. Ni aun este mundo durará siempre, y así no es cosa extraña que hasta nuestro amor cambie con nuestra fortuna: que es una cuestión que todavía nos queda por resolver, si el amor gobierna la fortuna, o si la fortuna gobierna el amor. Cae el potentado, y ves que sus favoritos huyen de él; encúmbrase el menesteroso, y de sus enemigos hace amigos. Y hasta un punto tal es el amor compañero de la fortuna, que aquel que vive en la abundancia nunca dejará de tener un amigo, y aquel que en la estrechez prueba a un falso amigo, al instante acaba de convertirle en su enemigo. Mas, para terminar debidamente lo que yo había empezado, nuestras voluntades y*

nuestros destinos corren por tan opuestas sendas que siempre quedan desbaratados los proyectos que forjamos. Dueños somos de nuestros pensamientos, pero no de llevarlos a cabo. Por esto piensas tú que no te unirás a un segundo esposo; mas, una vez muerto el primero, morirán con él tus pensamientos.

BAUTISTA.—*¡Niégueme el sustento la tierra, y la luz el cielo; rehúsenme sus goces y reposo el día y la noche; en desesperación se truequen mi fe y esperanza; sea el objeto de mis aspiraciones la austera vida de un anacoreta en estrecha reclusión; que todas las contrariedades que hacen palidecer la faz del regocijo salgan al paso a mis mayores ilusiones y las aniquilen; que en este mundo y en el otro me persiga una eterna adversidad si, una vez viuda, algún día vuelvo a ser esposa!*

HÁMLET.—*(Con intención).* ¡Y si ahora quebrantara ella esos votos!

GONZAGO. — *Solemnemente lo has jurado. Déjame aquí, amor mío, unos instantes. Entorpécense mis espíritus, y de buen grado quisiera burlar con las delicias del sueño el enojoso curso del día. (Se duerme).*

BAUTISTA.—*Aquiete el sueño tu cerebro, y que jamás entre nosotros dos se interponga la mala ventura! (Vase).*

HAMLET.—[*A la Reina, con intención*]. ¿Qué tal os parece esa pieza, señora?

LA REINA.—Antójaseme que la dama hace demasiadas protestas.

HAMLET.—¡Oh! Pero cumplirá su palabra.

EL REY.—(*A Hámlet*). ¿Te has enterado bien del argumento? ¿No hay en él cosa ofensiva? (1).

HAMLET.—Nada de eso. Lo que hacen es puramente cosa de broma; se envenena de mentirijillas. No hay absolutamente la menor ofensa.

EL REY.—¿Cómo tituláis la pieza?

---

(1) Es evidente que el Rey no había prestado atención a la pantomima, lo cual no es de extrañar teniendo en cuenta el poco interés de la misma.

HAMLET.—*La Ratonera.* ¿Que cómo se entiende éso? Pues en sentido figurado. Este drama representa un asesinato cometido en Viena. Gonzago es el nombre del príncipe, y Bautista el de su esposa. Ya lo veréis luego. Es una trama diabólica, pero ¿qué importa? A Vuestra Majestad y a nosotros, que tenemos el alma inocente, eso no puede afectarnos. Tire coces enhorabuena el rocín lleno de mataduras; nuestras espaldas no padecen daño alguno (1).

Entra LUCIANO.

HÁMLET.—Este es un tal Luciano, sobrino del Rey.

OFELIA.—Valéis tanto como un coro (2), señor:

HÁMLET.—Podría yo servir de intérprete entre vos y vuestro amante con sólo veros juguetear en forma de títeres (3).

OFELIA.—Sois picante, señor, sois picante.

HÁMLET.—Os costaría un gemido el embotarme la punta.

OFELIA.—Siempre de lo mejor a lo peor.

HÁMLET.—Así es como debéis proceder en la elección de vuestros maridos. *(A Luciano).* Vamos, empieza, asesino. ¡Mala peste! Deja esas muecas endiabladas, y principia de una vez. Vaya: *El cuervo graznador chilla clamando venganza.*

LUCIANO.—*Negros los designios, pronta la mano, dispuesto el tósigo, propicia la hora, cómplice la ocasión, y nadie que me observe; tú, violenta mixtura de venenosas plantas a la media noche recolectadas, tres veces infecta, tres veces emponzoñada con la maldición de Hécate* (4), *tus naturales virtudes mágicas y deletéreas arranquen instantáneamente la vida en plena salud. (Vierte cautelosamente el veneno en el oído de Gonzago).*

HÁMLET.—*[Intencionadamente al Rey, mirándole con*

---

(1) *Tire coces... daño alguno.*—Locución proverbial en Inglaterra.

(2) Era el coro una compañía de personas, que durante los entreactos cantaban explicando al auditorio la acción del drama.

(3) En las funciones de títeres, un intérprete explicaba la acción de la pieza, mientras las figuras ejecutaban la mímica.

(4) Diosa de los infiernos, invocada por los nigromantes.

fijeza]. Le envenena en el jardín para usurparle la corona. Su nombre es Gonzago; la historia existe y se halla escrita en selecto italiano. Pronto veréis como el asesino logra el amor de la esposa de Gonzago. *(El Rey, visiblemente turbado, se levanta de su asiento disponiéndose a salir del salón).*

OFELIA.—El Rey se levanta.

HÁMLET.—¡Qué! ¿Le asusta un fuego ficticio?

LA REINA.—*(Al Rey)*. ¿Os sentís mal, señor?

POLONIO.—*(A los Cómicos)*. Suspended la representación.

EL REY.—Traed luz. Salgamos de aquí.

TODOS.—¡Luces, luces, luces! (*Vanse todos menos Hámlet y Horacio*).

HÁMLET.—*(Canta)*.

Dejad que el ciervo herido raudo se escape y llore,
y al cervatillo ileso que siga retozando;
han de velar los unos mientras los otros duermen,
y así, ni más ni menos, el mundo va marchando.

¿No te parece, amigo, que esto, juntamente con un bosque de plumas y un par de rosas provenzales en mis zapatos acuchillados, si en lo venidero la suerte me tratara a baqueta, podría procurarme una plaza en una compañía de cómicos?

HORACIO.—A media participación (1).

HÁMLET.—¡Qué! A participación entera.

Pues bien lo sabes tú, Damón querido,
este reino que ves, desmantelado,
fué por Júpiter mismo gobernado;
mas ahora reina aquí, según discurro,
un verdadero, un verdadero,.. pavo (2).

---

(1) En la época en que escribía Shakespeare, los comediantes se repartían en participaciones o dividendos los beneficios de la compañía. Los actores secundarios estaban contratados a media participación, los otros a una o más participaciones enteras.

(2) Hámlet no atreviéndose a decir claramente que el Rey es un verdadero *burro* (o imbécil), como lo requiere la consonancia, concluye el verso aplicando a su tío el calificativo de *pavo,* o sea de fátuo y presuntuoso

HORACIO.—Podíais haber buscado un consonante.
HÁMLET.—Mil libras apostaría yo, mi buen Horacio, sobre la palabra del espíritu aparecido. ¿Advertiste...
HORACIO.—Perfectamente, señor.
HÁMLET.— ... cuando se trataba del envenenamiento?
HORACIO.—Muy bien lo noté.
HÁMLET.—¡Ah, ah! ¡Venga, venga música! ¡Adelante los caramillos!

Y si al Rey la comedia no le gusta,
será porque... ¡qué diablo! le disgusta.

[Entran Rosencrantz y Guildenstern, y al verlos, Hámlet hace un signo de inteligencia a Horacio] (1). Ea, venga un poco de música.
GUILDENSTERN.—Mi buen señor, permitidme deciros una palabra.
HAMLET.—Y aun toda una historia, caballero.
GUILDENSTERN.—El Rey, señor...
HAMLET.—¡Ah! Sí: ¿qué le pasa?
GUILDENSTERN.—Se ha retirado a su habitación extraordinariamente destemplado.
HÁMLET.—¿Por la bebida?
GUILDENSTERN.—No, Príncipe mío: por la cólera (2).
HAMLET.—Hubiérais dado muestras de mayor sensatez yendo a contárselo al médico, pues si yo me encargo de su purgación (3), podría ser que le anegara en más cólera todavía.
GUILDENSTERN.—Mi buen señor, poned vuestro discurso en adecuada forma, y no os apartéis tan fieramente de la cuestión.
HAMLET.—Vamos, ya estoy amansado, amigo. Hablad.
GUILDENSTERN.—La Reina, vuestra madre, sumida en la mayor aflicción de espíritu, me ha enviado a vos.

(1) Viendo el príncipe llegar a los dos cortesanos, de quienes se fía muy poco, da un giro repentino a la frase que había empezado, y concluye como puede el último verso.

(2) *Choler,* como su equivalente castellano *cólera,* significa *ira* y *bilis*.

(3) Equívoco fundado en el doble sentido de la voz inglesa *purgation:* 1.° la acción de purgar de bilis el cuerpo; 2.° la acción de obligar al Rey a justificarse del crimen que se le imputa.

HAMLET.—*[Con afectación]*. Muy bien venido seáis.

GUILDENSTERN.—No, mi querido Príncipe: esa cortesía no es de buena ley. Si tenéis a bien darme una sana respuesta, cumpliré el mandato de vuestra madre; donde no, con pedir vuestra venia y volverme, doy por terminada la misión que se me ha confiado.

HAMLET.—Pues, señor mío, yo no puedo...

GUILDENSTERN.—¿Qué, señor?

HAMLET.— ... daros una respuesta sana, porque tengo enferma la cabeza. Pero mis contestaciones, tal como las puedo dar yo, están a vuestra disposición, caballero, o mejor dicho, a la de mi madre, según manifestáis. Así, pues, dejemos este punto, y vamos al caso. Mi madre, decís...

ROSENCRANTZ.—Pues ved ahí lo que dice: que vuestra conducta le ha causado una impresión de asombro y extrañeza.

HAMLET.—¡Oh, hijo portentoso, que así puedes asombrar a una madre! Pero ¿no trae cola esa admiración materna? Decid.

ROSENCRANTZ.—Desea hablar con vos en su aposento antes que os vayáis a recoger.

HAMLET.—[*Con énfasis*]. Obedeceremos, así fuese ella diez veces nuestra madre. ¿Tenéis algún otro asunto que tratar conmigo?

ROSENCRANTZ.—Señor, en otro tiempo me teníais afecto...

HAMLET.—Y os lo sigo teniendo, lo juro por estas dos manos pecadoras.

ROSENCRANTZ.—Mi buen señor, ¿cuál es la causa de vuestra desazón? Indudablemente cerráis las puertas a vuestro propio desahogo ocultando vuestras cuitas a un amigo.

HAMLET.—Es que estoy sin hacer progreso alguno, hidalgo.

ROSENCRANTZ.—¿Cómo puede ser eso, cuando contáis con el voto del mismo Rey para sucederle en el trono de Dinamarca?

HAMLET.—¡Ya! Pero «esperando que la hierba nazca...»(1). Algo rancio es el refrán.

---

(1) «Esperando que la hierba nazca, se muere de hambre la vaca», refrán castellano equivalente al inglés: «mientras crece la hierba, el caballo se muere de hambre.»

Entran los CÓMICOS con los caramillos.

HÁMLET.—¡Bravo! ¡Los caramillos! Dejadme ver uno. *(A Guildenstern y Rosencrantz.)* Y ahora, hablando aquí a solas, decid: ¿por qué tratáis de tomarme el viento (1), como si pretendiérais hacerme caer en el lazo?

GUILDENSTERN.—¡Ah, Príncipe mío! Si mi celo es demasiado atrevido, mi afecto peca de excesiva impolítica.

HAMLET.—No entiendo bien eso. ¿Queréis tocar este caramillo?

GUILDENSTERN.—Señor, no sé.

HAMLET.—Os lo ruego.

GUILDENSTERN.—Creedme, no sé.

HAMLET.—Os lo pido por favor.

GUILDENSTERN.—Ignoro hasta cómo se maneja, señor.

HAMLET.—Es tan fácil como el mentir: gobernad estos agujeros con los dedos, dadle aire con la boca, y el caramillo producirá la más elocuente música. Mirad: éstas son las llaves.

GUILDENSTERN.—Pero no sé yo hacerles expresar ninguna melodía. Carezco de esa habilidad.

HAMLET.—[*Con severidad*]. Pues ahora vais a ver qué indigna criatura hacéis de mí. Queréis vosotros tañerme; tratáis de aparentar que conocéis mis registros; intentáis arrancar el núcleo de mi secreto; pretendéis sondearme haciendo que yo emita desde la nota más grave hasta la más aguda de mi diapasón; y habiendo en este pequeño instrumento abundancia de música y excelente voz, sin embargo no podéis hacerle hablar. ¡Pesia tal! ¿Os figuráis que a mí se me puede tocar más fácilmente que a un caramillo? Tomadme por el instrumento que mejor os parezca, y aunque podáis trastearme y destemplarme, nunca lograréis sacar de mí sonido alguno.

Entra POLONIO.

HÁMLET.—*(A Polonio.)* Que Dios os bendiga.

(1) Término de caza, que significa ponerse uno respecto al viento en una situación ventajosa sobre la pieza.

POLONIO.—Señor, la Reina quisiera hablar con vos al punto.

HAMLET.—¿Véis allí aquella nube que tiene casi la forma de un camello?

POLONIO.—Sí, pardiez. Se parece realmente a un camello.

HAMLET.—Yo pienso que se parece a una comadreja.

POLONIO.—El lomo es pintiparado al de una comadreja.

HAMLET.—O al de una ballena.

POLONIO.—Exactamente al de una ballena.

HAMLET.—Pues entonces voy en seguida a ver a mi madre. (*Aparte.*) Tanto se burlan de mí que no puedo yo aguantar más. (*Alto.*) Iré al instante.

POLONIO.—Así voy a decírselo. (*Vase.*)

HÁMLET.—«Al instante» es cosa que pronto está dicha. Dejadme solo, amigos míos. (*Vanse todos menos hámlet*). Esta es la hora de la noche verdaderamente apropiada para los maleficios, hora en que las tumbas abren su ancha boca, y el infierno mismo arroja de su seno pestilencia a este mundo. Ahora podría yo saciarme de sangre humeante y hacer tales horrores que el día se estremeciese al contemplarlos. Pero ¡calma!... Vamos a ver a mi madre. ¡Oh, corazón mío! no pierdas tu sensibilidad; que el alma de Nerón (1) no halle jamás cabida en este firme pecho; sea yo inclemente, pero no desnaturalizado. No echaré mano al puñal, pero puñales serán para ella mis palabras. Sean esta vez hipócritas mi lengua y mi alma; por mucho que ultrajen a mi madre mis dichos, nunca consientas, alma mía, en sellarlos con la acción. (*Vase*).

ESCENA III

Una sala del alcázar.

EL REY, ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.

EL REY.—No; no estoy contento de él, ni tampoco es seguro para nosotros dar rienda suelta a su locura. Por lo tanto, preveníos; yo despacharé sin tardanza

(1) Este feroz emperador de Roma asesinó a su madre Agripina.

lo referente a vuestra comisión, y él partirá con vosotros a Inglaterra. La situación de nuestro Estado no puede consentir que nos amenace tan de cerca el peligro que a cada instante se origina de sus arrebatos.

GUILDENSTERN.—Iremos a disponer lo necesario para nuestra partida. Muy justo y sagrado empeño es velar por la seguridad de tantos y tantos individuos, cuya vida y cuyo sustento dependen de Vuestra Majestad.

ROSENCRANTZ.—Un simple particular está obligado a precaverse contra el mal con toda la fuerza y defensa de su inteligencia; pero mucho más lo está aquella persona en cuyo bienestar estriba y descansa la existencia de multitud de seres humanos. Al morir, la majestad real no sucumbe sola, sino que, como un vórtice, arrastra consigo todo cuanto hay cerca de ella; es una gigantesca rueda situada en la cumbre de una altísima montaña, y a cuyos enormes rayos están adheridas y sujetas diez mil piezas menores. Cuando tal rueda se derrumba, todos estos pequeños anexos, a guisa de insignificante séquito, la acompañan en su impetuosa ruina. Nunca exhala el Rey un solo suspiro, sin prorrumpir la nación entera en un gemido de dolor.

EL REY.—Aprestaos en seguida, os lo ruego, para este precipitado viaje; pues queremos aherrojar ese peligro que actualmente marcha con paso harto libre.

ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.—Pondremos en ello toda nuestra diligencia. (*Vanse Rosencrantz y Guildenstern*).

Entra POLONIO.

POLONIO.—Señor, el Príncipe se dirige al gabinete de su madre. Yo me ocultaré detrás de un tapiz para enterarme del curso de la entrevista. Os aseguro que ella le va a reñir de firme, pero, como decís vos, y decís muy sesudamente, bueno será que algún otro oído que el de una madre (ya que la ternura hace parciales a las madres) escuche ocultamente y en condiciones ventajosas la conversación. Con Dios quedad, soberano mío. Iré a veros antes que os acostéis, para comunicaros lo que yo haya averiguado.

EL REY. — Gracias, querido Polonio. (*Vase Polonio*).

¡Oh! Atroz es mi delito; su corrupto hedor llega al cielo; sobre él pesa la primera y más antigua de las maldiciones, la del fratricidio. Orar no puedo, por más que la inclinación mía sea tan vehemente como la voluntad. La fuerza de mi propósito cede a la fuerza mayor de mi crimen, y como un hombre obligado a dos tareas, quédome indeciso pensando por cual de ellas debo empezar, y las desatiendo ambas. Pero, aun cuando esta mano maldita se hubiera engrosado (1) con sangre de un hermano, ¿no hay bastante lluvia en el cielo piadoso para dejarla limpia y tan blanca como la nieve? ¿Para qué sirve la misericordia sino para hacer frente a la faz de la ofensa? ¿Y no tiene acaso la oración la doble virtud de precavernos antes que lleguemos a caer, y de alcanzar nuestro perdón después de haber caído? Alcemos, pues, los ojos al cielo: mi crimen se ha consumado ya. Mas ¡ay! ¿qué forma de plegaria podrá aprovechar a mi situación? *¡Perdóname el horrendo asesinato que cometí!...* No, no puede ser, desde el momento que conservo aún todo aquello que me arrastró a ejecutar semejante crimen: mi corona, mi propia ambición (2) y mi esposa, la Reina. ¿Puede uno conseguir perdón mientras retiene los frutos de su delito? En las corrompidas corrientes de este mundo, la dorada mano del crimen puede torcer la ley, y no pocas veces se ha visto sobornar la justicia con el producto mismo de la infamia. Mas no sucede así allá arriba. Allí no valen los efugios, allí se muestra la acción en su verdadera naturaleza, y nosotros mismos nos vemos forzados a manifestar sin rebozo nuestras culpas precisamente a la faz de ellas mismas. ¿Qué hacer, pues? ¿Qué recurso me queda? Probemos lo que puede el arrepentimiento. ¿Qué no podrá él? Pero ¿qué podrá cuando uno es incapaz de arrepentirse? ¡Oh, qué fatal situación la mía! ¡Oh, corazón negro como la muerte! ¡Oh, alma mía, que, cual pájaro cogido en la liga, cuanto más pugnas por libertarte, más y más presa te ves! ¡Valed-

(1) Esto es: se hallara cubierta de una gruesa costra de sangre. (Delius).

(2) Aquí se emplea lo abstracto por lo concreto, debiendo entenderse: «el objeto de mi ambición.»

me, ángeles del cielo! ¡Haced un esfuerzo y doblaos, rígidas rodillas! Y tú, corazón de aceradas fibras, ¡ablándate como las carnes de un niño recién nacido! Acaso termine todo felizmente. (*Retírase al foro y se arrodilla, tapándose el rostro con las manos.*)

Entra HÁMLET.

HAMLET.—Está rezando. Ahora podría yo dar oportunamente el golpe, y ahora lo daré. *[Desenvaina la espada, avanza unos pasos, y de pronto se detiene; después, mientras dice lo que sigue, se situará de modo que el Rey no pueda verle]*. Pero así él se va a la gloria, ¿y de esta suerte es como quedo yo vengado? Esto hay que examinarlo con madurez. Un infame asesina a mi padre, y en pago de semejante acción, yo, su hijo único, mando al cielo a ese mismo infame. ¡Ah! eso fuera estipendio, remuneración, que no venganza. El traidor sorprendió a mi padre sumido en grosera sensualidad, después de opíparo festín, con todas sus culpas en plena florescencia, tan llenas de savia y vigor como una planta en Mayo; ¿y quién sabe, salvo el cielo, cómo rindió su cuenta final? Mas, por los indicios, inclínome a pensar que muy aflictiva es la suerte suya. ¿Y queda cumplida mi venganza hiriendo al delincuente mientras está purificando su alma, en el momento preciso en que se halla bien dispuesto y preparado para el trance fatal de la muerte?... No; vuelve a tu sitio, espada (*envainándola*), y elige una coyuntura más horrible, cuando él se halle amodorrado por la embriaguez, o en un acceso de furor, en los incestuosos placeres de su lecho, jugando, blasfemando o en ocasión de ejecutar algún acto tal que no deje la menor esperanza de salvación para él. Entonces da en tierra con ese miserable, en tal guisa que sus talones tiren coces al cielo, y su alma sea condenada y tan negra como el infierno adonde se precipita... (1). Mi madre me está aguardando. Esta medicina

(1) Estas reflexiones no deben hacer suponer en Hámlet un refinamiento de crueldad. Como todas las personas más reflexivas que dispuestas a obrar, busca el príncipe, sin darse cuenta de ello, un pretexto más o menos válido para ir difiriendo la ejecución de sus planes.

sólo servirá para prolongar los días de tu dolencia. (*Vase*).

EL REY.—*[Levantándose con desesperación concentrada, y avanzando]*. Mis palabras vuelan hacia arriba; mis pensamientos permanecen aquí abajo. Las palabras sin pensamientos nunca llegan al cielo. (*Vase*).

ESCENA IV.

Gabinete de la Reina. [Colgados en la pared, vense dos grandes retratos de cuerpo entero, uno de los cuales representa al rey Hámlet, padre del príncipe, y el otro al rey Claudio].

LA REINA y POLONIO.

POLONIO.—Vendrá al momento. Tratad de acometerle sin rodeos ni contemplaciones; decidle que sus locuras han sido harto descomedidas para que se puedan tolerar, y que vuestra gracia le ha defendido interponiéndose entre él y la violenta indignación del Rey. Yo voy a esconderme aquí mismo sin decir ni una palabra más. Os ruego que le habléis clarito, muy clarito.

HAMLET.—(*Dentro*). ¡Madre, madre, madre!

LA REINA.—Os lo garantizo; por mi parte nada temáis. Retiraos, oigo que viene. (*Polonio se oculta detrás de un tapiz*).

Entra HÁMLET.

HAMLET.—*[Cuadrándose delante de la Reina, con los brazos cruzados]*. Y bien, madre, ¿qué hay?

LA REINA.—Hámlet, tú has ofendido gravemente a tu padre.

HAMLET.—Madre, vos habéis ofendido gravemente a mi padre.

LA REINA.—Vaya, vaya, tú respondes con lengua liviana.

HAMLET.—Anda, anda, vos preguntáis con lengua procaz.

LA REINA.—¡Cómo! ¿Qué significa éso, Hámlet?

HAMLET.—¿Qué pasa, pues?

LA REINA.—¿Has olvidado quién soy?

HAMLET.—No tal, por mi santiguada: sois la Reina, esposa del hermano de vuestro anterior marido, y ¡pluguiera al cielo que no fuera así! sois... mi madre.

LA REINA.— (*Levantándose*). Bien está. Te voy a presentar algunos que sabrán hablarte.

HAMLET.—*[Cogiendo a la Reina por el brazo y obligándola a sentarse]*. ¡Ea, ea! Sentaos; no os moveréis de aquí, ni saldréis hasta que os haya puesto yo delante un espejo en el cual veáis lo más íntimo de vuestro sér.

LA REINA.—(*Azorada*). ¿Qué intentas hacer? ¿Quieres asesinarme acaso? ¡Favor! ¡a mí! ¡socorro!

POLONIO.—*[Sobresaltado y haciendo mover involuntariamente el tapiz]*. ¿Qué pasa? ¡Eh! ¡socorro, socorro, socorro!

HAMLET.—(*Desenvainando rápidamente la espada*). ¿Qué es éso? ¿Un ratón? (*Tira un par de estocadas a través del tapiz hiriendo a Polonio*). ¡Muerto! Apuesto un ducado que está muerto.

POLONIO.—(*Detrás del tapiz*). ¡Ay! ¡Me han matado! (*Cae y muere*).

LA REINA.—¡Desgraciada de mí! ¡qué has hecho!

HAMLET.—A fe mía, no lo sé. [*Aparte*]. ¿Será el Rey? (*Levanta el tapiz, y descubre a Polonio*).

LA REINA.—¡Oh, qué acción tan temeraria y sangrienta!

HAMLET.—¡Una acción sangrienta!... Casi tan inícua, mi buena madre, como el matar a un Rey y desposarse luego con su hermano.

LA REINA.—¡Matar a un Rey!

HAMLET.—Sí, señora: éstas son mis palabras. (*A Polonio*). Y tú, despreciable, procaz, entrometido necio, ¡adiós! Te había tomado por otra persona más elevada (1); sufre tu destino. Ya ves como tiene sus riesgos el ser oficioso en demasía. [*Deja caer el tapiz*]. (*A la Reina*). Cesad de retorceros las manos. ¡Calma, calma! Sentaos, y dejad que os retuerza yo el corazón, que éso es lo que voy a hacer si está hecho de una materia impresionable, si el hábito de la perversidad no lo ha empedernido hasta el punto de estar amurallado y a prueba de todo sentimiento.

---

(1) El Rey.

LA REINA.—Pero ¿qué hice yo para que te atrevas a soltar la lengua armando tan fiero tumulto contra mí?

HAMLET.—[*Animándose por grados*]. Una acción tal que empaña la gracia y el vivo carmín del pudor; tacha de hipócrita a la virtud; arrebata la rosa de la límpida frente del amor puro, dejando en su lugar infamante estigma (1); hace los votos conyugales tan falsos como juramentos de tahur; ¡oh! una acción que del cuerpo del contrato matrimonial arranca su mismo espíritu, y hace de la dulce religión una mescolanza de palabras; tíñese de rubor la faz de los cielos, y hasta la sólida y compuesta masa de la tierra, con su aspecto sombrío, como si se avecinara el juicio final, se halla enferma de ansiedad por tal acción.

LA REINA.—¡Ay de mí! ¿Qué acción será ésa, que con tan poderosos rugidos y con voz de trueno se anuncia?

HAMLET.—*[Cogiendo a la Reina por la muñeca y conduciéndola frente a los retratos de los reyes Hámlet y Claudio]*. Mirad aquí este cuadro y este otro, representación en pintura de dos hermanos. Ved cuánta gentileza hay en este rostro: el ensortijado cabello de Apolo; la frente como la del mismo Júpiter; el ojo amenazador e imperioso, semejante al de Marte; una actitud como la del mensajero Mercurio recién posado en la cima de un monte que besa al cielo; ciertamente, una combinación de formas en donde no parece sino que cada uno de los dioses se complació en aplicar su sello para ofrecer al mundo un verdadero tipo de hombre. Este era vuestro esposo... Mirad ahora el que sigue. Ahí tenéis a vuestro marido, que, cual espiga atizonada, aniquila a su hermano en la plenitud de su vida. ¿Tenéis ojos? ¿Pudísteis dejar de pacer en esta deliciosa colina para cebaros en esa cenagosa hondonada? ¡Ah! ¿Tenéis ojos? No me digáis que eso es amor, porque a vuestra edad se aplacan los hervores de la sangre, volviéndose ésta sumisa y obediente a la razón. ¿Y qué sana razón quisiera pasar de éste a estotro? *(Señalando sucesivamente ambos retra-*

(1) Alusión a la antigua costumbre de marcar la frente de las prostitutas con un hierro candente.

tos). Indudablemente vos estáis dotada de sentido, pues de otra suerte careceríais de afectos; pero con seguridad lo tenéis suspenso, porque aun la locura misma no se engañaría así, ni el buen sentido se ha esclavizado nunca al delirio hasta un extremo tal, que no conserve cierto grado de discernimiento para aplicarlo a semejante distinción. ¿Qué demonio fué el que así os engañó a la gallina ciega? La vista sin el tacto, el tacto sin la vista, el oído sin las manos o sin los ojos, el olfato solo, o siquiera una débil parte de un sano sentido no serían torpes hasta un extremo tal. ¿Dónde está, oh vergüenza, tu rubor? Si tú, infierno rebelde, puedes amotinarte en los huesos de una matrona, deja que para la ardiente edad juvenil la virtud sea cual cera que se derrita en su propio fuego; no proclames desdoro cuando el apremiante ardor de la pasión emprende el asalto, desde el momento que el mismo hielo se enardece tan vivamente, y que la razón se convierte en medianera del deseo.

La Reina.—¡Oh! Hámlet, no digas más. Tú haces volver mis ojos al fondo de mi alma, y observo allí tan negras y profundas manchas que jamás llegarán a borrarse.

Hamlet.—Y todo eso únicamente para vivir entre el hediondo sudor de un lecho impuro, encenagada en la corrupción, prodigando halagos y amorosas caricias en una pocilga inmunda...

La Reina.—¡Oh! ¡Calla, calla! Esas palabras penetran como puñales en mis oídos. Basta, querido Hámlet.

Hamlet.—(*Con exaltación creciente*). ¡Un asesino, un infame, un miserable que no vale ni una mínima parte de lo que valía vuestro primer esposo; una caricatura de Rey, un cortabolsas de la soberanía y del poder, que hurtó de un anaquel la preciosa diadema y se la guardó en el bolsillo...

La Reina.—¡No más!

Hamlet.— ... un Rey de retazos y remiendos...

Aparece LA SOMBRA DEL REY HÁMLET sin armas.

Hámlet.— [*Cayendo de rodillas*]. ¡Oh! ¡Salvadme y

guarecedme con vuestras alas, vosotros, guardianes celestes! (*A la Sombra*). ¿Qué queréis, sombra venerada?

LA REINA.—(*Aparte*). ¡Ay, no está en su juicio!

HAMLET.—¿Venís, acaso, para reprender a vuestro negligente hijo porque, remiso en la oportunidad y en la vehemencia de la pasión, olvida el perentorio cumplimiento de vuestros respetables mandatos? ¡Oh, hablad!

LA SOMBRA.—No lo eches en olvido: esta visita no tiene otro objeto que aguzar tu casi embotada resolución. Mas observa como el espanto se apodera de tu madre. Interponte en la lucha que élla sostiene con su alma; que en los cuerpos más endebles es donde la fantasía obra con mayor violencia. Háblale, Hámlet.

HAMLET.—[*Con voz sumisa*]. ¿Cómo os sentís, señora?

LA REINA.—¡Ay! ¿Cómo te sientes tú, que fijas tus miradas en el vacío, y mantienes conversación con el aire incorpóreo? Por tus ojos asoman azoradamente tus espíritus, y a la manera de soldados sorprendidos en medio del sueño por el toque de alarma, tus yacentes cabellos, cual excrecencias vivas, se enderezan repentinamente poniéndose de punta. ¡Oh, hijo de mi vida! Sobre la ardiente llama de tu sobreexcitación vierte un rocío de fría calma... ¿Qué es lo que miras?

HAMLET.—(*Señalando a la Sombra*). Le miro a él, a él. Ved cuan penetrante es la mirada de sus ojos sin brillo; su figura y su propia causa unidas, hablando a las piedras, llegarían a enternecerlas.—(*A la Sombra*). No me miréis; no sea que con tales gestos de dolor se truequen mis fieros designios, y entonces lo que yo debo llevar a cabo perdería su verdadero matiz, corriendo lágrimas en lugar de sangre.

LA REINA.—Pero ¿a quién dices eso?

HAMLET.—¿No véis nada allí?

LA REINA.—Nada absolutamente; y sin embargo, veo todo cuanto nos rodea.

HÁMLET.—¿Ni oísteis nada tampoco?

LA REINA.—No; nuestras voces tan sólo.

HÁMLET.—¡Cómo es eso! Mirad allí. Ved como se aleja recatadamente. Mi padre, con el mismo traje que usaba en vida... Vedle en este momento como sale por la puerta. *(Vase la sombra)*.

La Reina.—Eso no son más que invenciones de tu cerebro; el delirio es muy diestro en esas quiméricas creaciones.

Hámlet.—¡El delirio! Mi pulso, lo mismo que el vuestro, guarda acompasadamente su ritmo, ejecutando la misma melodía de salud. No, no son desatinos lo que acabo de proferir: sometedme a prueba, y os repetiré palabra por palabra toda la cuestión, cosa de la cual huiría dando brincos la locura. Por piedad, madre, no derraméis sobre vuestra alma un bálsamo halagador creyendo que no es vuestro delito lo que os está hablando, sino mi trastorno mental: eso no haría más que cicatrizar y cubrir la úlcera, en tanto que la hedionda gangrena, minando todo el interior del cuerpo, lo infectaría solapadamente. Confesaos al cielo, arrepentíos de lo pasado, evitad lo venidero, y no echéis estiércol a la cizaña para darle más vigor. Perdonadme la virtud mía, porque en la grosera sensualidad de estos tiempos, que de puro cebados apenas pueden resollar, la virtud misma ha de pedir perdón al vicio, y hasta debe postrarse a sus pies implorando licencia para hacerle algún bien.

La Reina.—¡Ay, Hámlet, me has partido de medio a medio el corazón!

Hámlet.—Arrojad, pues, la parte peor, y vivid más pura con la otra mitad. Adiós; pero no volváis al lecho de mi tio; procurad revestiros de alguna virtud, si es que no la tenéis. La costumbre, ese monstruo que devora todo sentimiento, siendo un demonio en materia de hábitos, es, sin embargo, un ángel en el sentido de que, para ejecutar bellas y virtuosas acciones, nos proporciona igualmente un sayo o librea que se pone con facilidad. Refrenaos por esta noche; eso hará algo más fácil la próxima abstinencia, y aun más fácil la siguiente, puesto que la costumbre puede casi cambiar el sello de la naturaleza y domeñar al diablo o arrojarle con maravilloso poder. Adiós, repito, y cuando estéis ansiosa de que os bendiga el cielo, yo acudiré a implorar vuestra bendición... Respecto a este señor *(señalando a Polonio)*, deploro su triste suerte, pero han querido los cielos, para castigarme a mí con él y a él conmigo, que yo fuera el instrumento de su venganza. Voy a ponerle en paraje conveniente, y ya me encargaré de dar

plena satisfacción por la muerte que yo le he dado. Conque, otra vez adiós... Fuerza es que yo sea cruel, tan sólo para no ser desnaturalizado (1). Está visto: malo es el principio, y peor lo que está por venir... Una palabra más, buena señora.

LA REINA.—¿Qué debo hacer?

HÁMLET.—[*Con marcada ironía*]. Nada absolutamente de lo que os he pedido. Dejad que el Rey, todo hinchado, os atraiga de nuevo al lecho, que pellizque lascivo vuestra mejilla, que os llame su palomita, y dejad que con un par de repugnantes besos, o acariciándoos la garganta con sus dedos malditos, os haga cantar de plano diciéndole que yo no estoy loco de veras, sino que mi locura es fingida. Bueno fuera que se lo contárais. Porque ¿quién, como no sea una Reina hermosa, discreta y prudente, podría ocultar a ese sapo, a ese murciélago, a ese viejo morrongo (2) un secreto de tanto interés? ¿Quién haría eso? No; a despecho del buen sentido y de la discreción, abrid la cesta en el tejado de la casa, dejad que los pájaros echen a volar, y luego, como el mono del cuento, para probar a hacer otro tanto, colaos en la cesta, y rompeos la nuca al caer (3).

LA REINA.—Ten por seguro que si las palabras están formadas de aliento, y el aliento está formado de vida, no tengo yo vida ni aliento para expresar a nadie lo que me has dicho.

HÁMLET.—Yo debo partir para Inglaterra: ¿lo sabéis?

LA REINA.—¡Ah! Lo había olvidado. Así está resuelto.

HÁMLET.—Hay ciertos pliegos sellados, y mis dos compañeros de colegio, de quienes me fío como de víboras

---

(1) El amor filial impone a Hámlet un acto de crueldad, que es dar muerte al asesino de su padre. Tal deber ha costado ya, por un lamentable error, la vida de un hombre.

(2) Creíase antiguamente que el sapo, el murciélago y el gato, por ser animales familiares de las hechiceras, estaban enterados de los secretos de sus amas.

(3) Parece ser que un mono vió en el tejado de una casa un cesto que contenía unas perdices vivas, lo abrió, y al instante estas aves emprendieron el vuelo. El mono, llevado de su instinto de imitación, trató de hacer lo mismo: metióse en el cesto, dió luego un brinco, y se desnucó al dar contra el suelo.

provistas de afilados dientes, son portadores de órdenes. Ellos son los que han de barrerme el camino y conducirme a una villanía. Pero dejadles hacer, porque será muy divertido hacer saltar al minador con su propio hornillo, y mal irán las cosas si yo no consigo excavar el suelo unos palmos por debajo de su mina y hacerles volar hasta la luna. ¡Oh! Será lo más delicioso del mundo ver como, siguiendo una misma línea, choca un ardid contra otro ardid... *(Indicando a Polonio)*. Ese hombre me obligará a liar los bártulos a toda prisa. Voy a llevar arrastrando sus despojos hasta el cuarto vecino. *(Alto)*. Madre, buenas noches... *(Aparte)*. La verdad es que ese consejero está ahora muy quieto, muy callado y muy grave, él que fué en vida un bellaco memo y chacharón... Vamos, amiguito, a dar fin contigo... *(Alto)*. Adiós, madre. *(Vanse en dirección opuesta, llevando Hámlet a rastras el cadáver de Polonio)*.



ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

Un salón del alcázar de Elsenor.
EL REY, LA REINA, ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.

EL REY.—*(A la Reina)*. Alguna causa tendrán esas congojas y esos profundos suspiros: debéis explicarla. Justo es que sepamos todo ello. ¿En dónde está vuestro hijo?

LA REINA.—(*A Rosencrantz y Guildenstern*). Dejadnos solos aquí un instante. (*Vanse los dos.*) ¡Ah, mi buen señor, qué he visto esta noche!

EL REY.—¿Qué habéis visto, Gertrudis? ¿Cómo está Hámlet?

LA REINA.—Furioso como el mar y el huracán (1) cuando luchan a porfía uno con otro disputando cuál de ellos es más potente. En uno de sus desenfrenados accesos, oyendo agitarse algo detrás del tapiz, tira violentamente de la espada gritando: *un ratón*, *un ratón:* y en su loca quimera, mata al buen anciano que estaba allí oculto.

EL REY.—¡Oh, qué acción más atroz! Igual cosa me hubiera acontecido a mí de encontrarme yo en tal sitio. La

(1) La Reina, impulsada por su cariño maternal y obedeciendo a las amonestaciones de su hijo, se esfuerza en excusar las faltas de éste atribuyéndolas a arrebatos de locura.

libertad de Hámlet está preñada de amenazas para todos, para vos misma, para mí, para todo el mundo. ¡Ah! ¿Qué satisfacción voy a dar acerca de este acto sangriento? Me achacarán la culpa a mí, que, a fuer de previsor, debía haber atado corto, restriñido y alejado de todo trato humano a ese loco mancebo. Pero tanto cariño le profesaba, que no quise comprender cual era la medida más conveniente, y obré como aquel que, sufriendo una enfermedad vergonzosa, para evitar que se divulgue, deja que el mal le consuma hasta el mismo meollo de la vida... ¿Adónde ha ido?

La Reina.—A retirar el cuerpo que él ha matado, acto del cual su demencia misma, a semejanza de una pepita de oro entre los viles metales de un filón, muéstrase pura. Hámlet deplora lo sucedido.

El Rey.—Vamos, Gertrudis. En cuanto el sol acaricie la cumbre de las montañas, haré embarcar a Hámlet para que se vaya lejos de aquí. Tocante a ese acto inícuo, preciso nos será justificarlo y excusarlo valiéndonos de toda nuestra regia autoridad y destreza... ¡Hola! Guildenstern.

Entran ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.

El Rey.—Amigos míos, id entrambos a juntaros con alguna gente que os ayude. En su delirio, Hámlet ha dado muerte a Polonio, y le ha sacado a rastras del gabinete de su madre. Id en busca de él; habladle con agrado, y conducid el cadáver a la capilla. Apresuraos en esto, os lo suplico. (*Vanse Rosencrantz* y *Guildenstern*). Venid, Gertrudis: quiero convocar a nuestros más expertos amigos para darles cuenta de lo que intento hacer y de lo que en mala hora ha ocurrido: de esta suerte la calumnia (cuyo susurro, tan directamente como el cañón al blanco, lanza sus venenosos tiros de un extremo a otro de la tierra) podrá tal vez errar el golpe en lo que a mi nombre atañe, y dar solamente contra el aire invulnerable. ¡Oh! Venid. Mi alma está llena de confusión y espanto. (*Vanse*).

ESCENA II

Otro salón del alcázar.
Entra HAMLET.

HAMLET.—Ya está colocado en paraje seguro.

ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.—(*Dentro*). ¡Hámlet! ¡Príncipe Hámlet!

HAMLET.—¡Tate! ¿Qué vocerío es ése? ¿Quién llama a Hámlet? ¡Ah! Aquí llegan.

Entran ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.

ROSENCRANTZ.—¿Qué habéis hecho del cadáver, señor.

HAMLET.—Lo he confundido con el polvo, de cuyo linaje es.

ROSENCRANTZ.—Indicadnos en donde está, a fin de sacarlo de allí y conducirlo a la capilla.

HÁMLET.—No lo creáis eso.

ROSENCRANTZ.—¿Qué es lo que no hemos de creer?

HÁMLET.—Que yo pueda guardar vuestro secreto y no el mío. Y además, ¡venirme a mí con preguntas una esponja! ¿Qué respuesta debiera dar el hijo de un Rey?

ROSENCRANTZ.—¿Por esponja me tomáis, señor?

HÁMLET.—¿Quién lo duda? Una esponja que chupa los favores del Rey, sus recompensas, sus atribuciones. Bien que esos cortesanos, al fin y al cabo, no dejan de prestar un excelente servicio al soberano. Este los guarda, como hacen los monos con las nueces, en un rincón de la quijada; se los mete primero en la boca para engullírselos más tarde, y cuando necesita lo que vosotros habéis cosechado, no tiene más que exprimiros, y como esponjas que sois, os quedáis enjutos otra vez.

ROSENCRANTZ.—No os entiendo, señor.

HÁMLET.—Me alegro: las palabras picantes no hacen mella en oídos necios.

ROSENCRANTZ.—Señor, es menester que nos indiquéis en donde está el cuerpo, y os vengáis con nosotros ante el Rey.

HAMLET.—El cuerpo está con el Rey, pero el Rey no está con el cuerpo (1). El Rey es una cosa...

GUILDENSTERN.—¡Una cosa, señor?

HAMLET.—... que no es nada. Guiadme hacia donde él está. *Escóndete, zorro, y todos detrás,* como chiquillos jugando al escondite. (*Vanse*).

ESCENA III

Otra habitación del alcázar.
Entra EL REY con su acompañamiento.

EL REY.—He mandado a buscar a Hámlet y a saber donde está el cadáver. ¡Cuán peligroso es que ese hombre ande suelto! Y sin embargo, no conviene que le sometamos a todo el rigor de la ley. Es bienquisto de la multitud insensata, que elige, no con su criterio, sino con sus ojos, y cuando tal ocurre, se tiene en cuenta el castigo del ofensor, pero jamás la ofensa. A fin de encaminarlo todo pacíficamente y en debida forma, es necesario que esta repentina marcha parezca obra de madura deliberación. Los males que han llegado a un extremo desesperado se curan con remedios desesperados o con nada absolutamente.

Entra ROSENCRANTZ.

EL REY.—(*A Rosencrantz*). Y bien, ¿qué ha pasado?

ROSENCRANTZ.—Señor, no hemos podido lograr que nos diga donde se halla depositado el cadáver.

EL REY.—Pero, y él, ¿dónde está?

ROSENCRANTZ.—Ahí fuera, señor; custodiado hasta saber lo que gustéis mandar.

EL REY.—Traedle a mi presencia.

ROSENCRANTZ.—¡Hola! Guildenstern, haced entrar al Príncipe.

Entran HAMLET y GUILDENSTERN.

---

(1) Estas palabras han dado lugar a numerosas interpretaciones.

EL REY.—Veamos, Hámlet: ¿en dónde está Polonio?

HAMLET.—Pues está de cena.

EL REY.—¡De cena! ¿Dónde?

HAMLET.—No donde él come, sino donde se lo comen. Cierta asamblea de gusanos (1) políticos está en estos momentos ocupada con él. El gusano es el único rey en materia de comida (2); nosotros cebamos a todos los demás animales para engordarnos, y nos engordamos a nosotros mismos para cebar a los gusanos. El obeso rey y el escuálido mendigo son sencillamente servicios distintos, dos platos de una misma mesa: he aquí en lo que se viene a parar.

EL REY.—¡Dios mío! ¡Dios mío!

HAMLET.—Un hombre puede pescar con el gusano que ha comido de un rey, y comerse luego el pez que se alimentó con aquel gusano.

EL REY.—¿Qué quieres significar con eso?

HAMLET.—Nada más que mostraros como un rey puede hacer un viaje de gala por los intestinos de un pordiosero.

EL REY.—¿En dónde está Polonio?

HAMLET.—En el cielo; mandad allí por él, y si vuestro enviado no le encuentra en tal sitio, id vos en persona a buscarle en el sitio opuesto (3). Pero, a decir verdad, si no dáis con él en todo este mes, vuestra nariz le descubrirá subiendo por la escalera que conduce al pasillo.

EL REY.—(*A algunos del acompañamiento*). Id a buscarle allí.

HAMLET.—[*A los mismos, que se van presurosos*]. Ya esperará hasta que lleguéis.

EL REY.—Hámlet, para tu seguridad personal (por la que me intereso tanto como deploro de todo corazón lo que has cometido), este suceso exige que tú te alejes de aquí con febril rapidez. Por lo tanto, haz tus preparativos. La nave está ya aparejada, el viento es

---

(1) *Worms... diet.*—En estas palabras del original, algunos han creído ver una alusión a la famosa dieta de Worms.

(2) El gusano es el único ser que disfruta de un alimento verdaderamente regio, puesto que el Rey, una vez muerto, sirve de pasto a los gusanos.

(3) El infierno.

favorable, tus compañeros te están aguardando, y todo se halla listo para tu viaje a Inglaterra.

HAMLET.—¿A Inglaterra?

EL REY.—Sí, Hámlet.

HAMLET.—Bueno.

EL REY.—Eso dirías si conocieras mis proyectos.

HAMLET.—Yo veo un querubín que los ve. Pero ¡adelante! ¡A Inglaterra!... ¡Adiós, madre querida!

EL REY.—¿Y tu amante padre, Hámlet?

HAMLET.—¡Madre mía! Padre y madre son marido y mujer; marido y mujer son una misma carne. Así, pues, ¡madre mía!... ¡Ea, vamos a Inglaterra *(Vase)*.

EL REY.—(*A Rosencrantz y Guildenstern*). Seguidle muy de cerca; instadle a embarcarse pronto, hacedlo sin demora; quiero tenerle esta misma noche lejos de aquí. ¡Al avío! Todos los pliegos están sellados ya, y queda terminado todo lo demás concerniente al asunto. Daos prisa, por favor. (*Vanse Rosencrantz y Guildenstern*). Y tú, Inglaterra, si es que en algo tienes mi amistad (ya que mi gran poderío puede darte a comprender lo que ella vale, puesto que aun está roja y viva la cicatriz de la herida que te causó la danesa espada, y todavía nos rinde homenaje tu natural temor), no mires con indiferencia nuestro soberano mandato, el cual implica de lleno, por medio de unos pliegos coadyuvantes al efecto, la muerte inmediata de Hámlet. Hazlo, Inglaterra, pues, cual devoradora fiebre, inflama él mi sangre, y es menester que tú me cures. Hasta que yo sepa que esto se ha realizado, sean cuales fueren las eventualidades de mi suerte, jamás tendrán principio mis alegrías. (*Vase*).

ESCENA IV

Una llanura de Dinamarca.

Entran FORTIMBRÁS y un CAPITÁN al frente de un ejército en marcha.

FORTIMBRÁS.—Id, capitán; saludad de mi parte al rey de Dinamarca, y decidle que con licencia suya Fortimbrás solicita su consentimiento para el prometido paso

por su reino. Ya sabéis el punto señalado para la cita. En el caso de que Su Majestad desee avistarse conmigo, acudiré a ofrecerle personalmente mis respetos. Id a notificárselo.

CAPITÁN.—Así lo haré, señor.

FORTIMBRÁS.—Adelantad pausadamente. *(Vanse Fortimbrás y los soldados).*

Entran HAMLET, ROSENCRANTZ, GUILDENSTERN y otros.

HAMLET.—*(Al Capitán).* Buen caballero, ¿de quién son esas fuerzas?

CAPITÁN.—Son de Noruega, señor.

HAMLET.—¿Tendríais a bien decirme cuál es su destino?

CAPITÁN.—Dirígense contra cierta parte de Polonia.

HAMLET.—¿Quién las acaudilla?

CAPITÁN.—Fortimbrás, sobrino del anciano rey de Noruega.

HAMLET.—¿Y van al corazón mismo de Polonia, caballero, o a alguna de sus fronteras?

CAPITÁN.—A deciros verdad y sin la menor exageración, vamos a conquistar una reducida porción de tierra que, fuera del nombre, no tiene en sí ventaja alguna. Por el precio de cinco ducados, cinco no más, no la tomaría yo en arriendo, ni reportaría ella mayor beneficio al soberano de Noruega o al de Polonia si la vendieran en toda propiedad.

HAMLET.—Pues en ese caso los Polacos no la defenderán nunca.

CAPITÁN.—Sí tal: ya está guarnecida.

HAMLET.—Dos mil almas y veinte mil ducados no resolverán la cuestión de semejante bagatela. Esto es una apostema proveniente de un exceso de riqueza y de paz, que revienta en lo interior, sin manifestar por fuera la causa que motiva la muerte del paciente. Os doy rendidas gracias, caballero.

CAPITÁN.—Con Dios quedad, señor. (*Vase*).

ROSENCRANTZ. — (*A Hámlet*). Señor, cuando gustéis marchar...

HAMLET.—En breve os alcanzaré. Adelantaos un poco. (*Vanse todos menos Hámlet*).

HAMLET.—¡Cómo vienen todos los acontecimientos a acusarme y aguijonear mi perezosa venganza! ¿Qué es el hombre si su mayor bien y la principal ocupación de su vida consisten sólo en dormir y comer? Un bruto y no más. Indudablemente, Aquel que nos ha creado con una inteligencia tan vasta que abarca lo pasado y lo porvenir, no nos concedió tal facultad y la divina razón para que se enmohecieran en nosotros por falta de uso. Ello es que, sea un olvido bestial o algún tímido escrúpulo de reflexionar con excesiva minuciosidad en las consecuencias (reflexión ésa que, de cuatro partes, tiene una sola de prudencia y siempre tres de pusilanimidad), yo no comprendo porque vivo aún para decir: *eso está por hacer,* desde el momento que yo tengo motivo, voluntad, fuerzas y medios para ejecutarlo. Y no es que me falten, para exhortarme, ejemplos tan patentes como la tierra; de éllo es prueba esa hueste tan numerosa y de tanta valía, conducida por un delicado y joven príncipe, cuyo espíritu henchido de divina ambición, hace muecas al invisible éxito, aventurando lo que es mortal e incierto a todo cuanto puedan atreverse la fortuna, la muerte y el peligro, tan sólo por un cascarón de huevo. En rigor, el ser grande no consiste en arrojarse sin una razón de gran fuerza, sino encontrar noblemente causa de querella en una brizna de paja cuando está en juego el honor. ¿Qué papel estoy haciendo, pues, yo que tengo un padre asesinado y una madre infamada, poderosos acicates para mi razón y mi sangre, y dejo que todo duerma en paz? Y mientras tanto, para vergüenza mía, estoy viendo la muerte inminente de esos veinte mil hombres, que por un capricho y una ilusión de gloria corren a la sepultura como a un mullido lecho, y pelean por un espacio de tierra tan exiguo que en él no pueden los combatientes decidir la cuestión, y que ni siquiera es una huesa de capacidad suficiente para enterrar a los muertos. ¡Oh! ¡A partir de este instante, sean de sangre mis pensamientos, o de lo contrario, no merezcan más que desprecio! (*Vase*).

ESCENA V

Elsenor. Una sala del alcázar.
LA REINA y HORACIO.

LA REINA.—No estoy para hablar con ella.

HORACIO.—Insta porfiadamente, y con seguridad es presa del delirio. Su estado no puede menos de inspirar compasión.

LA REINA.—¿Y qué es lo que pretende?

HORACIO.—Habla mucho de su padre; cuenta que oye decir que en el mundo hay muchas felonías, y gime, se da con el puño en el pecho, y golpea airadamente el suelo con el pie por la menor futilidad; dice cosas ambiguas y que sólo tienen sentido a medias; su lenguaje es insubstancial, pero, a pesar de ello, su mismo desconcierto da mucho que pensar a cuantos la oyen, los cuales forman conjeturas e hilvanan toscamente las palabras de élla, ajustándolas a sus propios pensamientos; y como tales expresiones van acompañadas de guiños, gestos y movimientos significativos de cabeza, verdaderamente harían pensar a uno que en ello puede haber un algo que, si bien vago, se presta a muy torcidas interpretaciones. Bueno sería hablarla, porque puede sembrar peligrosos recelos en los espíritus mal pensados.

LA REINA.—Hacedla entrar. (*Vase Horacio*). A mi alma enferma (tal es la verdadera naturaleza del pecado), una fruslería cualquiera parece preludio de algún serio desastre. Tan llena de torpe desconfianza está la culpa que, por temor de perderse, se pierde ella misma.

Entra HORACIO acompañando a OFELIA. Esta, vestida de blanco, lleva el cabello suelto, y pulsa las cuerdas de un laúd.

OFELIA.—¿Dó está la hermosa majestad de Dinamarca?

LA REINA.—¿Qué tienes, Ofelia?

OFELIA.—(*Cantando*).

—¿Y cómo, díme, a tu bien amado
yo de otro distinguiera?
—Por su sombrero, de conchas adornado,
su bordón y sus míseras sandalias (1).

LA REINA.—¡Ah, querida mía! ¿A qué viene esa trova?
OFELIA.—¿Qué decís? No, permitidme un momento. Atended: (*canta*).

El ha muerto, señora,
nos ha dejado;
sí, dejado, señora,
y yace muerto;
verde alfombra de césped
sobre su testa,
¡ay! y a sus pies frios
fúnebre losa.

¡Oh, oh!
LA REINA.—Pero, Ofelia...
OFELIA.—Prestad oído, os lo ruego. (*Canta*).

Tan blanca como la nieve
que tapiza la montaña,
es su límpida mortaja,
. , ...

Entra EL REY.

LA REINA.—¡Ay qué desdicha! Mirad, mirad aquí, señor.
OFELIA—(*Continuando su canto*).

con aromosas flores adornada,
que lágrimas regaron,
y a la tumba bajaron
con la lluvia más dulce y más callada
del verdadero amor.

---

(1) En otro tiempo, el disfraz de peregrino era cosa muy corriente en las intrigas amorosas.

EL REY.—¿Cómo estás, gentil dama?

OFELIA.—Bien; Dios os lo pague... Cuentan que la lechuza era la hija de un panadero (1). ¡Dios mío! Sabemos lo que somos, pero no lo que seremos el día de mañana. Dios sea en vuestra mesa.

EL REY.—Desvaríos a propósito de su padre.

OFELIA.—[*Con misterio y temor*]. Por favor, no digamos una palabra de eso; mas si alguna vez os preguntan lo que significa, decid lo siguiente: (*canta*).

Mañana es la fiesta
de San Valentín (2);
la aurora despunta,
y heme aquí, por fin,
junto a tu ventana;
que soy doncellita,
presta para ser
tu Valentinita.
El galán alzóse
en cuanto hubo oído,
poniéndose aprisa
ligero vestido;
y abriendo la puerta
con mucho sigilo,
entró la doncella
que tal no ha salido.

EL REY.—¡Hermosa Ofelia...!

OFELIA.—Mirad, va de veras, sin palabra alguna malsonante voy a terminar esta canción. (*Canta*).

—¡Por Jesús y por santa Caridad!
¡Oh, mísera de mí! ¡oh, qué vergüenza!

---

(1) Según cuenta una antigua leyenda, Jesús castigó a la hija de un panadero transformándola en lechuza, por la ruindad que mostró al cercenarle el trozo de pan que le ofrecía la mujer del panadero.

(2) Con arreglo a una antiquísima costumbre existente en algunos condados de Inglaterra, la primera joven que un galán veía en la mañana de la fiesta de San Valentín (14 de Febrero), era su *Valentina*, o sea la mujer destinada a ser su esposa, y a su vez, la joven consideraba como a su futuro esposo el primer galán a quien encontraba.

—Hacen todos los jóvenes lo mismo
si la ocasión se brinda...
—Pues juro a brios, que es digno de censura,
ella repuso. Muy antes que me ajaras
dado me habías palabra de casarte.
—Y a fe que tal hiciera, él la replica,
lo juro por el sol que allí se está,
si a mi lecho no hubieses tú llegado.

EL REY.—¿Desde cuándo está ella así?

OFELIA.—Yo confío que todo irá bien. Hemos de tener paciencia. [*Sollozando*]. Pero no puedo menos de llorar pensando que le dejarían allí en la tierra helada... Mi hermano se enterará del caso, y así os agradezco vuestro buen consejo. ¡A ver, mi carroza! Adiós, señoras... buenas noches, amables señoras... buenas noches, adiós, adiós. [*Vase prorrumpiendo en carcajadas convulsivas*].

EL REY.—Seguid sus pasos; vigiladla atentamente. Os lo ruego. (*Vase Horacio*). ¡Oh! eso es el veneno de un profundo pesar. Todo ello proviene de la muerte de su padre. Y advertid ahora, Gertrudis, que cuando vienen las desdichas, no vienen como exploradores aislados, sino en legiones. En primer lugar, el padre de Ofelia asesinado; luego la ausencia de vuestro hijo, que con sus violentos arrebatos ha sido el autor de su propio y justo destierro; el pueblo agitado, turbulento y dañino en sus pensamientos y murmuraciones por la muerte del buen Polonio, a quien yo, obrando con escasa madurez, he mandado enterrar atropelladamente y a escondidas; además, la pobre Ofelia, fuera de sí y desposeída de su claro juicio, sin el cual no somos otra cosa que autómatas o simples brutos; y, por fin, y como punto tan grave como todo esto, ha venido secretamente de Francia el hermano de esa infeliz, el cual se sustenta de su asombro, se encierra en nebulosidades, y no faltan maliciosos que le zumban al oído infectándoselo con pestilentes habladurías acerca de la muerte de su padre; en las cuales, por falta de fundamento, la necesidad no tendrá escrúpulo alguno en inventar acusaciones contra mi persona, murmurando de oído en oído. ¡Oh, mi amada Gertru-

dis! Esto, a manera de cañón cargado de metralla, me hiere en numerosas partes, causándome cien muertes a la vez. (*Ruido y voces dentro que van aumentando*).

La Reina.—¡Dios mío! ¿Qué estrépito es ése?

El Rey.—[*Con zozobra*] ¡Hola! ¿Dónde están mis Suizos? ¡Que guarden las puertas!

Entra un GENTILHOMBRE.

El Rey.—¿Qué ocurre?

Gentilhombre.—¡Salvaos, señor! El océano, saltando por encima de sus diques, no devora las playas con más impetuosa rapidez que la del joven Laertes, a la cabeza de una turba de revoltosos armados, arrollando a vuestra gente. El populacho le aclama señor, y cual si el mundo estuviese ahora en su principio, olvidando la añeja tradición y desconociendo la costumbre, que sancionan y afirman todo título, gritan: *¡Elijamos nosotros: Laertes será Rey!* Y gorros, manos y lenguas aplauden hasta las nubes estos clamores: *¡Laertes será Rey! ¡Viva Laertes!*

La Reina.—¡Con qué gusto ladran siguiendo una falsa pista! ¡Oh, la errásteis, vosotros, falsos perros daneses! (*Tumulto dentro*).

El Rey.—¡Rompen las puertas...!

Entra LAERTES, espada en mano, seguido de la plebe.

Laertes.—¿En dónde está ese Rey? Amigos, quedaos todos afuera.

Plebeyos.—¡No! ¡Entremos!

Laertes.—Os pido que os retiréis.

Plebeyos.—Os obedecemos, os obedecemos. (*Retíranse detrás de la puerta*).

Laertes.—Gracias, amigos. Custodiad la puerta. ¡Oh, tú, menguado Rey, devuélveme mi padre!

La Reina.—Calma, querido Laertes. [*La Reina, al notar el amenazador aspecto de Laertes, se interpone entre éste y su esposo, y tratando de aplacar su cólera, se dirige al joven juntando las manos en*

ademán suplicante, asiéndole por los brazos, postrándose a sus pies y haciendo otras demostraciones por el estilo durante el curso de esta escena].

LAERTES.—Si una sola gota de sangre tengo yo en calma, me proclama hijo espurio; grita «cornudo» a mi padre, e imprime el estigma de ramera en medio de la casta y limpia frente de mi honrada madre.

EL REY.—Pero, ¿cuál es la causa, Laertes, de que tu rebelión tome unas apariencias tan gigantescas?—Dejadle, Gertrudis, no temáis por mi persona; hay una divinidad que protege a los reyes con una especie de valladar, a través de cuyos intersticios la traición no puede sino entrever el objeto de sus designios, siendo impotente para llevarlos a cabo.—Dime, Laertes, ¿por qué estás de tal manera exasperado?—Dejadle, Gertrudis. Habla, amigo.

LAERTES.—¿Dónde está mi padre?

EL REY.—Ha muerto.

LA REINA.—Pero no a manos de él. [*Señalando al Rey*].

EL REY.—[*A Gertrudis*]. Dejadle preguntar todo cuanto le plazca.

LAERTES.—¿Y cómo fué que murió? No quiero que nadie se chancee conmigo. ¡Váyase al infierno la fidelidad; cargue con los solemnes juramentos el más negro de los diablos; caigan al más profundo abismo la conciencia y la piedad! Desafío la condenación eterna. A tal extremo llegué, que no me importan un comino este mundo ni el otro, venga lo que viniere. Lo único que yo anhelo es tomar la más plena venganza en favor de mi padre.

EL REY.—¿Y quién te lo podrá impedir?

LAERTES.—Mi voluntad, no el universo entero. Y en cuanto a los medios de que dispongo, yo sabré dirigirlos con tal tino, que con poco irán muy lejos.

EL REY.—Amigo Laertes, ya que deseas saber la verdad respecto a la muerte de tu querido padre, ¿está escrito acaso en tu venganza que, arrebañándolo todo de un golpe, debas derrocar a la vez al amigo y al enemigo, al ganancioso y al perdidoso?

LAERTES.—A nadie más que a los enemigos de mi padre.

EL REY.—¿Quieres conocerlos, pues?

LAERTES.—A sus verdaderos amigos los recibiré yo así

(*indicándolo con un ademán*) con los brazos abiertos, y como el bondadoso pelícano que sacrifica su propia vida (1), los alimentaré con mi sangre.

EL REY.—¡Perfectamente! Ahora hablas como buen hijo y noble caballero. Que soy inocente de la muerte de tu padre, y que por ella siento el más vivo pesar, todo esto penetrará de un modo tan directo en tu entendimiento como la luz del día en tus ojos.

PLEBEYOS.—(*Dentro*). Dejad que entre.

LAERTES.—¿Qué acontece? ¿Qué vocerío es ése?

Entra OFELIA caprichosamente adornada con paja y flores silvestres y trayendo en la falda del vestido varias hierbas y flores,

LAERTES.—¡Oh, ardiente furor, seca mis sesos! ¡Lágrimas siete veces salobres, consumid la sensibilidad y virtud de mis ojos! Juro por el cielo que tu locura será pagada con creces, hasta que el peso del castigo tuerza el fiel de la balanza. ¡Oh, rosa de Mayo, preciada niña, amorosa hermana, dulce Ofelia!... ¡Oh cielos! ¿Es posible que la razón de una tierna doncella sea tan frágil como la vida de un anciano? Muy sutil es la naturaleza en achaque de amor, y sutil como es, despide alguna preciosa prenda de sí misma en pos del ser amado.

OFELIA.—(*Cantando*).

En féretro le llevaron,
con el rostro descubierto;
¡oh! tiritiritina,
¡oh! tiritiritón;
y lágrimas abundosas
sobre su tumba llovieron.

¡Adiós, palomito mío!

LAERTES.—Si estuvieras en tu juicio y me incitaras a la venganza, no me hubiera ello afectado de tal suerte.

OFELIA.—Habéis de cantar esto:

Abajo, abajo con él, y le echáis abajo.

---

(1) Creíase antiguamente que el pelícano se abría el pecho con el pico para alimentar a sus polluelos con su propia sangre.

¡Oh, cuán al caso viene aquí el estribillo! [*Con cierto misterio mezclado de temor*]. Es el bribón del mayordomo que robó la hija de su amo (1).

LAERTES.—Esa nonada es más elocuente que una cosa de entidad.

OFELIA.—[*A Laertes*]. He aquí romero, que es para la memoria; acuérdate, amor mío, yo te lo ruego; y aquí hay trinitarias, que son para los pensamientos.

LAERTES.—Una enseñanza en medio de la locura: pensamientos y recuerdos, todo bien acorde.

OFELIA.—[*Al Rey*]. Aquí os traigo hinojo (2) y aguileñas (3).—[*A la Reina*]. He aquí ruda (4) para vos, y también un poco para mí; nosotras podemos llamarla *hierba de la gracia* los domingos. ¡Ah! pero vos habéis de llevar vuestra ruda con una diferencia (5). Ahí va una bellorita (6).—[*A Horacio*]. Bien quisiera ofreceros algunas violetas (7), pero [*con acento dolorido*] se marchitaron todas cuando murió mi padre... Dicen que tuvo buen fin. (*Canta*).

Porque ¡ay! el amable y jovial Robín
Es toda mi alegría (8).

LAERTES.—Ansias, tormentos, desesperación, infierno mismo, todo lo trueca ella en gracia y encanto.

OFELIA.—(*Canta*).

¿Y alguna vez, decid, no volverá?
¿No volverá ya más?

---

(1) Indudablemente, este pasaje se refiere a alguna historia popular en tiempo de Shakespeare, y esto, juntamente con otros diversos pasajes de la tragedia, quizá tenga relación con alguna irreparable desventura que tal vez le haya acontecido a la misma Ofelia.

(2) Emblema de la adulación, hipocresía y disimulo.

(3) Emblema de la ingratitud y del abandono; también lo es de la infidelidad conyugal (recuérdese que Claudio robó el amor de la esposa de su hermano).

(4) Símbolo del dolor y arrepentimiento.

(5) Para Ofelia, la ruda representa el dolor; para la Reina, el remordimiento.

(6) Emblema del disimulo y de la falsedad.

(7) Símbolo de la fidelidad.

(8) Fragmento de una antigua balada popular. *Robin* (o Robertin) es el nombre de un personaje imaginario en ciertas canciones amorosas.

No, no: que ha muerto. Y a tu lecho torna
mortal; que nunca, nunca volverá.
Blanca cual la nieve era su barba,
rubia como el lino su cabeza;
nos ha dejado, sí, nos ha dejado,
y en balde, muy en balde suspiramos.
¡Apiádese Dios ¡ay! de su alma!...
[*arrodillándose*]

¡y de todas las almas cristianas! Así lo pido a Dios. Sea El con vosotros (1). [*Se levanta, y se va lentamente sollozando*].

LAERTES.—¿Véis esto, oh Dios?

EL REY.—Laertes, preciso es que yo dé explicaciones a tu dolor, o de lo contrario me niegas un derecho. Separémonos un instante; elige entre tus más prudentes amigos los que tú quieras, y ellos nos oirán y juzgarán entre los dos. Si de un modo directo, o bien por mano ajena, me encuentran implicado en tal crimen, te abandonaré en justo desagravio mi reino, mi corona, mi vida y todo cuanto me pertenezca...De no ser así, resígnate a prestarme tu sumisión, y los dos obraremos de concierto con tu sentimiento para darle la satisfacción debida.

LAERTES.—Sea como decís. Las circunstancias de su muerte, su obscuro entierro, sin trofeo, espada ni escudo de armas sobre sus restos mortales, sin las suntuosas ceremonias ni la ostentación propia del caso, todo clama con una voz que parece bajar del cielo a la tierra, diciéndome que yo debo someter este punto a una rigurosa información.

EL REY.—Así debes hacerlo, y donde quiera que esté la ofensa, caiga allí la fatal segur. Acompáñame, te lo ruego. (*Vanse*).

---

(1) Muchos epitafios terminaban con una plegaria igual o parecida

ESCENA VI

Otra pieza del alcázar.
HORACIO y un CRIADO.

HORACIO.—¿Quiénes son ésos que desean hablarme?

CRIADO.—Son gente de mar, señor; dicen tener cartas para vos.

HORACIO.—Hazlos entrar. (*Vase el Criado*). Ignoro de qué parte del mundo pueda nadie escribirme, como no sea el príncipe Hámlet.

Entran unos MARINEROS.

MARINERO 1.º—Dios os guarde, señor.

HORACIO.—Guárdete también a tí.

MARINERO 1.º—Así lo hará, señor, si le place. Aquí os traigo una carta que viene del embajador que fué destinado a Inglaterra; es para vos, si vuestro nombre es Horacio, según me han hecho saber.

HORACIO.—(*Lee.*) «*Horacio, en cuanto hayas leído estas líneas, facilita a esos hombres algún medio para llegar a presencia del Rey, pues tienen pliegos para él. Dos dias apenas llevábamos de navegación cuando nos dió caza un corsario perfectamente armado. Nosotros, viéndonos demasiado inferiores en velamen, nos revestimos de un forzado valor, y echando mano del arpeo, lancéme yo al abordaje, pero en aquel mismo instante los piratas se desasieron de nuestro bajel, de modo que yo solo quedé prisionero de ellos. Se han portado conmigo como ladrones de buen corazón, pero bien sabían ellos lo que se hacían: estoy obligado a prestarles un buen servicio* (1). *Haz que lleguen a manos del Rey los pliegos que le envío,*

---

(1) Esto parece indicar que la caza del corsario fué una estratagema urdida por Hámlet, y que no era otro su pensamiento cuando, en su conversación con la Reina, hablaba él de «un ardid que choca con otro ardid», y de «hacer saltar al minador con su propio hornillo». (DOWDEN).

y luego ven a verme con tanta prisa como si huyeras de la muerte. Tengo que comunicarte al oído algunas palabras que te dejarán mudo de asombro, y eso que aun serán harto leves para el calibre del asunto. Esa buena gente te conducirá al sitio donde yo me hallo. Rosencrantz y Guildenstern prosiguen su travesía a Inglaterra; acerca de ellos mucho tengo que contarte. Adiós. Ya sabes que es siempre tuyo

HAMLET.»

(*A los Marineros*). Venid, voy a indicaros el medio para que lleguen a su destino esas cartas, y daos toda la prisa posible a fin de guiarme luego hacia donde está aquél de parte de quien las habéis traído. (*Vanse*).

ESCENA VII

Otro salón del alcázar.
EL REY y LAERTES.

EL REY.—Es menester ahora que tu conciencia selle mi descargo, y que me concedas un sitio dentro de tu corazón en calidad de amigo, desde el momento que has escuchado con inteligente oído que aquel que dió muerte a tu noble padre, atentaba a mi vida.

LAERTES.—Notorio parece. Mas decidme: ¿por qué no procedísteis en justicia contra estos actos tan criminales y tan punibles, como a ello debían impulsaros poderosamente vuestra seguridad, vuestra prudencia, todo, en fin?

EL REY.—¡Oh! Por dos especiales razones, que acaso te parecerán muy débiles, pero que para mí son poderosas. La Reina, su madre, no vive casi más que por sus ojos; y en cuanto a mí, sea esto una virtud mía o una fatalidad, está ella tan estrechamente ligada a mi vida y a mi alma que, de igual modo que el astro no puede moverse sino en su órbita, yo no podría moverme sin ella. El otro motivo por que no puedo apelar a un juicio público, es la grande estimación que le profesa el pueblo, quien, bañando todas las faltas del Príncipe en

su cariño, a semejanza de aquella fuente que muda el leño en piedra (1), convertiría sus grillos en objetos de veneración; de suerte que mis flechas, fabricadas de una madera sobrado liviana para un viento tan impetuoso, volverían a mi propio arco en vez de dar en el blanco al cual yo las asestara.

LAERTES.—Pero en tanto, yo he perdido un noble padre y tengo una hermana reducida a una situación desesperada; élla, cuya excelencia (si es que los elogios pueden alcanzar a lo pasado) se levantaba en el lugar preeminente de todo este siglo reclamando la superioridad por sus raras perfecciones. Pero ya llegará mi venganza.

EL REY.—No turbes tu sueño por tal motivo. No imagines que yo sea hecho de una materia tan floja e insensible que sufra yo que hagan temblar mi barba con un peligro, y lo tome a diversión. Presto sabrás cosas mayores (2). Yo amaba a tu padre, tú y yo nos queremos bien, y esto, según confío, te dará a entender...

Entra un MENSAJERO.

EL REY.—¿Qué ocurre? ¿Qué nuevas hay?

MENSAJERO.—Señor, hay cartas del príncipe Hamlet: ésta es para Vuestra Majestad, y esta otra para la Reina. [*Entregado al Rey unos pliegos*].

EL REY.—¿De Hámlet? ¿Quién las ha traído?

MENSAJERO.—Señor, unos marineros, según dicen; yo no los he visto. Estas cartas me han sido entregadas por Claudio, el cual las recibió de manos del portador.

EL REY.—Laertes, vas a oir lo que dicen. (*Al Mensajero*). Puedes retirarte. (*Vase el Mensajero*).

(*Lee.*) «*Alto y poderoso Señor: sabréis que me han plantado desnudo en vuestro reino. Mañana solicitaré permiso para presentarme ante vuestra real*

(1) Alusión a algún conocido manantial de aguas calizas (como el de Matlock, Knaresborough, etc.), que petrifican los objetos cubriéndolos con una capa de carbonato de cal.

(2) Alusión a las noticias que esperaba recibir de un momento a otro, referentes a la muerte de Hámlet en Inglaterra, según el plan por él trazado. (Véase: Acto V, escena 2.ª).

persona, y entonces, después de pediros licencia para ello, os relataré el motivo de mi inesperado y aun más extraño regreso.

HAMLET.»

(*Con marcada sorpresa*). ¿Qué significa éso? ¿Habrán vuelto también todos los demás, o es que todo ello es un embeleco y no hay nada de semejante cosa?

LAERTES.—¿Conocéis la letra?

EL REY.—La letra es de Hámlet... «¡Desnudo!»... Y en esta postdata añade «solo». ¿Puedes tú explicarme ese misterio?

LAERTES.—Confuso estoy, señor. Mas dejad que venga. Enardece mi corazón profundamente abatido la idea de poder yo vivir para decirle en sus barbas: *¡Eso es lo que tú hiciste!*

EL REY.—A ser ello así, (pero ¿cómo puede ser eso? y por otra parte, ¿qué otra cosa puede ser?), ¿quieres tú dejarte guiar por mí?

LAERTES.—Ciertamente, señor, con tal que no me encaminéis a la paz.

EL REY.—A tu propia paz. Si él se halla ahora de vuelta, por haber tomado una dirección distinta, y se resiste a emprender de nuevo tal viaje, le armaré una asechanza, madura ya en mi pensamiento, en la cual no podrá menos de sucumbir. Por su muerte no soplará el menor viento de acriminación y ni aun su madre sospechará el ardid, considerando la cosa como un hecho casual.

LAERTES.—Señor, pronto estoy a ponerme bajo vuestra dirección, y con mejor voluntad aun si ideárais esa traza de modo que yo mismo fuera instrumento de ella.

EL REY.—Precisamente. Desde tu viaje háse hablado mucho de ti, oyéndolo Hámlet, con motivo de una habilidad en la cual, según voz pública, tú te distingues sobremanera. Todas tus dotes reunidas no excitaron en él tanta envidia como aquella sola que, en mi concepto, ocupa el ínfimo lugar.

LAERTES.—Qué dote es esa, señor.

EL REY.—Un mero adorno del sombrero de la juventud, pero, no obstante, necesario; puesto que a la mocedad no sientan menos bien las frívolas y risueñas galas

que viste, que a la edad madura sus forros de pieles y sus ropajes obscuros, tan beneficiosos a la salud como a la gravedad. Hace cosa de dos meses estuvo aquí un caballero de Normandía: yo mismo he visto a los franceses, he militado contra ellos, y te aseguro que son hábiles ginetes; pero el tal caballero poseía en esto un don mágico: afianzábase en la silla y hacía ejecutar a su corcel unas habilidades tan portentosas, que no parecía sino que formaba cuerpo con el bravo animal y participaba a medias de su naturaleza. Hasta un extremo tal sobrepujó él mi pensamiento, que todo cuanto podía yo imaginar de evoluciones y diestros artificios, quedaba por debajo de lo que él hacía.

LAERTES.—¿Era normando?

EL REY.—Normando era.

LAERTES.—Por mi vida, sería Lamond.

EL REY.—El mismo.

LAERTES.—Muy bien le conozco. Es con seguridad la joya y el principal ornamento de toda su nación.

EL REY.—Se espontaneó acerca de tí, haciendo una relación tal de tu consumada maestría en el arte y ejercicio de la esgrima, y muy particularmente en el manejo del florete, que hubo de exclamar que sería en verdad un raro espectáculo el verte lidiar si alguien hubiese capaz de competir contigo. Los esgrimidores de su país — juraba él — no tenían golpe, parada ni ojo cuando tú les hacías frente. Amigo mío, la declaración que hizo el caballero atosigó de tal modo a Hámlet con su envidia, que éste no hacía más que anhelar y pedir tu pronto regreso para medirse contigo en un asalto. Pues bien, sacando partido de esto... [*breve pausa*].

LAERTES.—¿Qué partido hay que sacar, señor?

EL REY.—[*Con marcada transición*]. Dime, Laertes: ¿querías de veras a tu padre, o eres como la imagen de un dolor, un semblante sin corazón?

LAERTES.—¿Por qué me lo preguntáis?

EL REY.—No es que yo imagine que tú no amabas a tu padre, pero entiendo que si bien el amor nace con el tiempo, veo yo, en sucesos de experiencia, que el tiempo también amortigua la chispa y el fuego de esta pasión. En la misma llama del amor existe una especie de pábilo o pavesa que acaba por debilitarla. Nada

hay que se mantenga siempre en el mismo grado de bondad, pues ésta, creciendo hasta la plétora, muere en su propio exceso. Aquello que nosotros pretendiésemos hacer, deberíamos ejecutarlo en el acto de quererlo, porque ese *querer* cambia y sufre tantas aminoraciones y tantos aplazamientos cuantas son las lenguas, manos y circunstancias accidentales, y entonces ese *deber* es una suerte de suspiro enervador que, al exhalarlo, causa daño en vez de alivio (1). Pero vamos a la parte viva de la llaga: Hámlet está de vuelta. ¿Qué estás dispuesto a hacer para mostrarte digno hijo de tu padre, con hechos mejor que con palabras?

LAERTES.—Degollarle dentro mismo de la iglesia.

EL REY.—A decir verdad, ningún sitio debiera ser bastante sagrado para refugio del asesino. La venganza no debería encontrar obstáculos. Pero, querido Laertes, si tienes voluntad de hacer lo que yo te indicaré, enciérrate en tu habitación. Cuando llegue Hámlet, se enterará de tu regreso: yo le mandaré algunas personas que encarecerán tu supremacía y aumentarán con nuevo lustre la celebridad que te dió el francés; por fin, os pondré a los dos frente a frente, y haremos apuestas en favor de uno y otro. El, siendo confiado, generoso en extremo y ajeno a todo ardid, no examinará los floretes (2), y así, con facilidad o con un poquito de astucia, puedes tú elegir un arma sin botón,

---

(1) En tiempo de Shakespeare creíase que los suspiros, en lugar de aliviar el corazón, consumían la sangre y disipaban las fuerzas vitales.

(2) Dice el señor Gener, en su reciente *traducción* de HÁMLET, que es una «solemne barbaridad» el traducir *Stock* por florete.

No es posible rebatir en serio las rotundas afirmaciones que sobre este punto hace el referido *traductor*. Cualquiera que conozca un poco el inglés, pronto sabrá a que atenerse sobre el particular. Baste decir que ni en el pasaje en cuestión ni en toda esta escena figura en el texto original la palabra *stock*. Por otra parte, esta voz inglesa no significa «estoque» ni cosa que lo valga, como se ha figurado el señor Gener fundándose quizás en el parecido que existe entre ambos términos.

Y si le queda alguna duda, consulte un diccionario inglés cualquiera; y de paso, vea también el significado de la palabra *foil*, que es la que hubiera encontrado en el texto original si lo hubiese tenido a la vista al hacer su *traducción*.

y con una hábil [*guiñando el ojo*] estocada, le das su merecido por la muerte de tu padre.

LAERTES.—Haré cuanto decís, y a tal intento quiero envenenar mi espada. Compré a un empírico cierto ungüento tan mortífero, que con sólo bañar en él un cuchillo, en caso de sacar éste sangre, ningún emplasto, por raro que sea, compuesto de todas las hierbas que tienen virtud por influencia de la luna, puede salvar de la muerte a quienquiera tal cuchillo produzca un simple rasguño. Yo ungiré con esta ponzoña la punta de mi acero, de suerte que si llego a rozar no más al Príncipe, esto sea su muerte.

EL REY.—Reflexionemos sobre esto con mayor detenimiento, y veamos qué coyuntura, así de tiempo como de medios, puede convenirnos para nuestro plan. Si éste fallara, y por alguna torpeza en su ejecución se traslucieran nuestros designios, mejor fuera no haberlo intentado. Es preciso, pues, que este proyecto tenga otro de reserva que le apoye, o sea, un auxiliar que pudiese valernos en el caso de que el primero reventara en la prueba. Un momento... a ver... Haremos una apuesta en toda forma sobre vuestra respectiva destreza... ¡Ah! Ya doy con ello. Cuando en el ardor de la contienda os halléis acalorados y sedientos (y a tal fin tratarás de dar a tus ataques la mayor violencia posible), yo le tendré dispuesta oportunamente, para cuando él pida de beber, una copa que, con sólo humedecer en ella los labios, si él por ventura escapa a tu venenosa estocada, nuestros designios triunfen allí... Pero ¡silencio! ¿Qué rumor será ése?

Entra LA REINA sollozando.

EL REY.—¿Qué acontece, amada Reina?

LA REINA.—Una calamidad pisa los talones de la otra: tan de cerca se suceden. Tu hermana se ha ahogado, Laertes.

LAERTES.—¡Ahogado! ¡Oh! ¿Dónde?

LA REINA.—Inclinado sobre un riachuelo, elévase en la orilla un sauce (1) que refleja su blanquecino follaje en

(1) El sauce es el árbol de los amantes desgraciados.

la corriente cristalina. Allí se encaminó Ofelia ataviada con caprichosas guirnaldas de ranúnculos, ortigas, belloritas y esas largas flores purpúreas a las cuales nuestros licenciosos pastores dan un mal nombre, pero que nuestras castas doncellas apellidan dedos de difunto (1). Trepaba ella por el pendiente ramaje para colgar allí su corona de flores silvestres, cuando una pérfida rama, medio desgajada, se tronchó, y al punto la infeliz Ofelia, juntamente con sus agrestes trofeos, cayó en el riachuelo deshecho en llanto. Sus ropas, huecas y extendidas, la sostuvieron a flote, semejante a una sirena, por breve espacio, durante el cual cantaba ella fragmentos de antiguas tonadas, como inconsciente de su propia desdicha, o como una criatura nacida y acondicionada para vivir en el líquido elemento. Tal situación, empero, no debía prolongarse mucho: las vestiduras, pesadas con su bebida (2), interrumpieron aquellas dulces melodías, arrastrando a la infeliz hasta el fondo cenagoso, en donde halló obscura muerte.

LAERTES.—¡Ay de mí! ¿Entonces ha perecido ahogada?

LA REINA.—Ahogada, sí, ahogada.

LAERTES.—Atajar quiero mis lágrimas, que sobra de agua tienes ya, pobre Ofelia; [*sollozando*] pero, con todo, esa es una viciosa costumbre nuestra; la naturaleza se aferra a sus hábitos, por más que diga la vergüenza. Cuando hayan cesado estas lágrimas, no quedará en mí rastro alguno de mujer... Adiós, señor. Tengo palabras de fuego, que de buen grado despedirían llamas si este torpe llanto no las sofocara. (*Vase*).

EL REY.—Sigámosle, Gertrudis. ¡Cuánto trabajo me costó aplacar su furor! Y mucho temo ahora que este suceso lo haga estallar de nuevo. Sigámosle, pues. (*Vanse*).

---

(1) Este detalle y ciertas expresiones que profiere Ofelia en su delirio parecen indicar que en tal locura hay algo de manía erótica, metamórfosis probable de sus desgraciados amores.

(2) Alusión a la pesadez causada por el abuso de la bebida.



ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

Un cementerio contiguo a una iglesia. [Es a la caída de la tarde de un día de primavera.

Entran DOS SEPULTUREROS con azadones, picos, etc., [llevando uno de ellos un farol encendido en la mano].

SEPULTURERO 1.º—¿Y ha de sepultarse en tierra sagrada quien voluntariamente busca su propia salvación? (1).

SEPULTURERO 2.º—Te digo que sí; y por lo tanto, hazle en seguida la fosa. El comisario ha examinado el caso, y ha dispuesto que den al cadáver sepultura cristiana.

SEPULTURERO 1.º—Pero ¿cómo diablos puede ser eso, a menos que élla se haya ahogado en defensa propia?

SEPULTURERO 2.º—Pues así lo han juzgado.

SEPULTURERO 1.º—Debe haber sido *se offendendo* (2); no puede ser otra cosa. Porque la cuestión es esta: si yo me ahogo intencionadamente, esto denota un acto, y todo acto tiene tres partes, que son: obrar, hacer y

---

(1) Entiéndase *condenación.* La gente rústica suele trabucar los términos.

(2) En lugar de *se defendendo* (esto es, en defensa propia), y aun así resulta un disparate, porque no se trata de un homicidio, sino de un suicidio.

ejecutar; *érego* (1), ella se ahogó intencionadamente (2).

SEPULTURERO 2.º—Pero oye tú, compadre cavador...

SEPULTURERO 1.º—Permíteme. Aquí está el agua: bien; y aquí está el hombre: bien. Si el hombre va hacia esta agua y se ahoga, queriéndolo o sin querer, es que él va allí. Fíjate bien. Pero si el agua viene hacia él y le ahoga, entonces no se ahoga él mismo; *érego,* aquel que no es culpable de su propia muerte, no acorta su propia vida.

SEPULTURERO 2.º—Pero ¿éso es la ley?

SEPULTURERO 1.º—¡Pardiez, ya lo creo que lo es! Ley basada en el informe del comisario.

SEPULTURERO 2.º—¿Quieres que te diga la verdad? Si no hubiese sido ella una dama muy principal, no la enterrarían en sagrado.

SEPULTURERO 1.º—¡Cabal! Tú has dado en el hito. Y lo peor del caso es que las personas pingorotudas hayan de tener en este mundo más privilegios que los otros cristianos para ahogarse o para ahorcarse a su antojo... ¡Ea! vamos, azadón mío. Ello es que no hay caballeros de más antigua nobleza que los hortelanos, cavadores y sepultureros: todos ellos siguen la profesión de Adán.

SEPULTURERO 2.º—¿Era Adán caballero?

SEPULTURERO 1.º—Fué el primero que tuvo armas.

SEPULTURERO 2.º—¿Qué estás ahí diciendo, si nunca fué armado!

SEPULTURERO 1.º—¡Cómo que no! ¿Eres acaso hereje? ¿Cómo entiendes tú la Sagrada Escritura? La Sagrada Escritura dice que Adán cavaba: ¿cómo podía él cavar sin hallarse *armado* de brazos?... Voy a proponerte otro acertijo, y si no me respondes al caso confiesa que eres un...

SEPULTURERO 2.º—Adelante.

SEPULTURERO 1.º—¿Quién es aquel que construye más sólido que el albañil, el calafate o el carpintero?

---

(1) Entiéndase *ergo.*

(2) Todo este pasaje es una sátira contra la lógica judiciaria que se estilaba en la época del autor.

SEPULTURERO 2.º—El que hace las horcas, porque tal artefacto sobrevive a mil de sus inquilinos.

SEPULTURERO 1.º—Me gusta el caletre que tú tienes, a fé mía. Ya va bien la horca, pero ¿cómo va bien? Va bien para aquellos que van mal; es así que tú vas mal diciendo que la horca es fabricada con más solidez que una iglesia, *érego* la horca te iría bien a ti. Ea, vuelta al cuento.

SEPULTURERO 2.º— [*Recapacitando*]. ¿Quién es aquel que construye más sólido que el albañil, el calafate o el carpintero?

SEPULTURERO 1.º—Eso es; dilo, y te desalbardas.

SEPULTURERO 2.º—¡Pardiez! Te lo voy a decir ahora mismo.

SEPULTURERO 1.º—A ver, pues.

SEPULTURERO 2.º—[*Después de rascarse un rato la oreja*]. ¡Diablo! No caigo en ello.

Entran HÁMLET y HORACIO, quedándose a cierta distancia.

SEPULTURERO 1.º—No fustigues más tus sesos tocante a ello, pues el borrico remolón no saldrá de su paso a fuerza de palos; y si otra vez te hacen esta pregunta, dí: *el sepulturero,* porque las casas que él hace duran hasta el día del juicio... Anda, llégate a casa de Juanón, y tráeme una copa de aguardiente. (*Vase el Sepulturero 2.º El 1.º se pone a cavar, y canta*):

Cuando era mozo y tenía amores,
cuando tenía amores,
se me antojaba esto lo más dulce
para matar ¡ah! el tiempo,
mas ¡oh! para el provecho mío,
parecióme del todo inconveniente (1).

(1) Estas estrofas son una ridícula parodia de una poesía titulada «El Viejo amoroso renuncia al Amor». Las exclamaciones ¡ah! ¡oh! son objeto de diversas interpretaciones. Algunos comentaristas creen que sirven para denotar un esfuerzo (comò las voces castellanas ¡hop! ¡hoop!), puesto que el sepulturero, mientras canta, está cavando y sacando paladas de tierra.

HAMLET.—¿No tendrá conciencia de su oficio ese hombre, que canta mientras está abriendo una huesa?

HORACIO.—La costumbre le ha familiarizado con su profesión.

HAMLET.—Es verdad: la mano que menos trabaja es la que tiene el tacto más delicado.

SEPULTURERO 1.º—(*Canta*):

Mas la vejez, con sus furtivos pasos,
echóme encima la temible zarpa,
y sepulto me tiene bajo tierra,
como si nunca tal yo hubiese sido (1).

(*Arroja una calavera*).

HAMLET.—Aquella calavera tenía lengua, y podía cantar en otro tiempo. ¡Cómo la sacude (2) ese bergante contra el suelo, cual si fuera la quijada con que Caín cometió el primer homicidio! Acaso la que está zarandeando ahora ese bruto, sea la testa de un intrigante, que con sus amaños pretendía engañar a Dios. ¿No es verdad?

HORACIO.—Bien podría ser, señor.

HAMLET.—O tal vez sea la cabeza de un cortesano, que sabía decir: *¡Felices días, queridísimo señor! ¿Cómo estáis, mi amable señor?...* Este era quizás el señor de Tal, que hacía mil elogios del caballo del señor de Cual, cuando tenía intención de pedírselo... ¿no es posible?

HORACIO.—Seguramente, señor.

HAMLET.—¡Vaya si lo es! Y ahora está en poder de la señora de Gusano, descarnada la boca y aporreados los cascos con el azadón de un sepulturero. Hete aquí una linda mudanza, si nosotros tuviésemos perspicacia bastante para verla. ¿Tanto costó el formarse estos huesos, no más que para jugar a bolos con ellos? Los míos me duelen sólo al pensarlo.

---

(1) Esto es, como si de tierra no hubiera sido formado.

(2) Es probable que, tratándose de una escena de tan marcado sabor realista, se refiera esto a la acción de sacudir o golpear el cráneo contra el suelo para hacer saltar la tierra que lleva adherida.

SEPULTURERO 1.º—(*Canta*).

Un pico y un azadón,
un azadón y una sábana,
que de mortaja le sirva,
¡ah!
y un hoyo cavado en tierra
a tal huésped bien le cuadra.

(*Arroja otra calavera*).

HAMLET.—He aquí otra. ¿Quién sabe si este es el cráneo de un legista? ¿Dónde están ahora sus argucias y triquiñuelas, sus litigios, enfiteusis y artimañas? ¿Cómo sufre ahora que ese zafio bergante, con su pala inmunda no le deje hueso sano en la mollera, sin presentar querella contra él por su acto agresivo?... ¡Hum! Este sería en su tiempo un gran comprador de tierras, con sus cargas, resguardos, dominios, dobles garantías y derechos de recuperación. ¿Será, acaso, el fin de sus fines y la recuperación de sus recuperaciones el tener su fina sesera atestada de lodo fino? ¿Por ventura sus garantías, aunque sean dobles, le garantizarán de sus adquisiciones algo más que lo largo y lo ancho de una hoja de contrato por duplicado? (1). Los solos títulos de propiedad de sus tierras cabrían apenas en esta caja (2); ¿y el propietario mismo no debe tener más? ¿Eh?

HORACIO.—Ni una línea más, señor.

HÁMLET.—Dime: ¿no se hace de piel de carnero el pergamino?

HORACIO.—Ciertamente, señor, y también de piel de ternera.

HÁMLET.—Pues tan estúpidos como los carneros y las terneras son quienes fundan su seguridad en un pedazo de dicha piel. Voy a hablar a ese tío... ¿De quién es la hoya esa, buen hombre?

---

(1) Contrato extendido por duplicado en una misma hoja de papel o pergamino, que luego era cortada en dos siguiendo una línea irregular. Cada una de las partes guardaba una de las dos mitades.

(2) El ataúd. Las escrituras y otros documentos por el estilo se guardaban también en cajas de madera.

SEPULTURERO 1.º—*Mía, señor.* (*Canta*).

¡Ah!
y un hoyo cavado en tierra
a tal huesped bien le cuadra.

HÁMLET.—Si; ya me figuro que es tuya, puesto que estás (1) dentro de ella.
SEPULTURERO 1.º—Vos estáis fuera de ella, señor, y por consiguiente no es vuestra. En cuanto a mí, no estoy echado en ella, y sin embargo es mía.
HÁMLET.—Tú mientes al decir que esa fosa es tuya estando tú en ella. Esa fosa es para un muerto y no para un vivo; por lo tanto, mientes.
SEPULTURERO 1.º—Esa mentira sí que es viva, señor; ahora se escapa otra vez, yendo de mí a vos.
HÁMLET.—¿Para qué hombre cavas esa fosa?
SEPULTURERO 1.º—Para ningún hombre, señor.
HÁMLET.—Bueno, ¿para qué mujer?
SEPULTURERO 1.º—Tampoco es para ninguna mujer.
HÁMLET.—¿Pues quién ha de ser enterrado en ella?
SEPULTURERO 1.º—Una que *era* mujer, pero Dios en su santa gloria la tenga; ha muerto ya.
HÁMLET.—(*A Horacio.*) ¡Qué nimio es el muy taimado! Hay que hablarle midiendo las palabras con un compás, o de lo contrario nos aplasta con un equivoco. ¡Por Dios! Desde unos tres años acá lo he observado bien, Horacio: nuestro siglo se ha ido refinando hasta un extremo tal que la punta del pié del rústico llega tan cerquita del talón del cortesano, que desuella sus sabañones... (*Al sepulturero 1.º*) ¿Cuánto tiempo há que eres sepulturero?
SEPULTURERO 1.º—De todos los días del año, metíme a este oficio el día en que nuestro último rey Hámlet venció a Fortimbrás.
HÁMLET.—¿Cuánto tiempo hará de eso?
SEPULTURERO 1.º—¿No lo sabéis? Si no hay tonto de capirote que no sepa decirlo. Eso fué el día mismo en

(1) En el original hay aquí un complicado juego de palabras fundado en las numerosas significaciones del verbo *lie* (estar, yacer ó estar echado, mentir, etc.)

que nació el joven Hámlet... aquel que está chiflado y le mandaron a Inglaterra.

HAMLET.—[*Disimulando una sonrisa.*] ¡Oiga! ¿Y por qué le mandaron a Inglaterra?

SEPULTURERO 1.º—Nada; porque estaba loco; allí recobrará el juicio, y si no lo recobra, no importará ello gran cosa en aquel país.

HAMLET.—¿Y eso?

SEPULTURERO 1.º—Porque nadie lo echará de ver: allí todos son tan locos como él.

HAMLET.—¿Y cómo fué el volverse loco?

SEPULTURERO 1.º—De una manera muy extraña, según dicen.

HAMLET.—¡De una manera extraña! ¿Cómo se entiende?

SEPULTURERO 1.º—¡Toma! perdiendo el seso.

HAMLET.—¿Y qué dió lugar...? (1).

SEPULTURERO 1.º—¿Qué lugar? ¡Hombre! Aquí en Dinamarca. Pues, como decía, yo he sido enterrador aquí, de chico y de grande, treinta años.

HAMLET.—¿Cuánto tiempo puede estar un hombre enterrado sin corromperse?

SEPULTURERO 1.º—A decir verdad, si no está podrido antes de morirse (puesto que hoy día tenemos muchos cadáveres galicosos que, para echarlos en la hoya no sabe uno por donde cogerlos), vendrá a durar ocho o nueve años; un curtidor os durará nueve años.

HAMLET.—¿Y por qué dura él más que otro?

SEPULTURERO 1.º—¡Toma! porque su pellejo está de tal modo curtido por razón de su oficio, que resiste mucho tiempo al agua; y el agua, señor mío, es un terrible destructor de todo hideputa de muerto... Aquí tenéis una calavera (*cogiéndola del suelo*); esta calavera ha estado metida en tierra veinte y tres años.

HAMLET.—¿De quién era?

SEPULTURERO 1.º—De un hideputa más loco... ¿De quién diríais?

HAMLET.—¿Cómo he de saberlo?

SEPULTURERO 1.º—¡Mal tabardillo le dé por loco tunante!

---

(1) Otro juego de palabras que sólo aproximadamente puede traducirse. La palabra *ground* significa: *razón, motivo, causa*, y también *terreno* o *suelo*.

Un día me tiró por la cabeza una botella de vino del Rhin... Pues, señor, esta misma calavera que véis aquí es la calavera de Yórick, el bufón del Rey.

HAMLET.—[*Con viva sorpresa.*] ¿Esa?

SEPULTURERO 1.º—Esta misma.

HAMLET.—Deja que yo la vea. (*Coge la calavera.*) ¡Ah, pobre Yórick!... Yo le conocí, Horacio: era un muchacho de un gracejo inagotable y de una fantasía portentosa. Mil veces me llevó a cuestas, y ahora, ¡qué asco y qué horror siento al recordarlo! A su vista se me revuelve el estómago. Aquí pendían aquellos labios que yo besé no sé cuántas veces... ¿Qué se hicieron tus chanzas, tus piruetas, tus cantares y tus explosiones de buen humor, que solían hacer prorrumpir en ruidosas carcajadas a los comensales? ¿Nada, ni un solo chiste siquiera para burlarte de tu propio visaje?... ¡Qué! ¿te quedas mudo y con tamaña boca abierta? Vete, vete ahora al tocador de mi dama, y dile que, aunque se ponga dos dedos de afeite en el rostro, vendrá forzosamente a tener esa misma traza. A ver si la haces reir con eso... Dime una cosa, Horacio.

HORACIO.—¿Cuál es, señor?

HAMLET.—¿Crees tú que Alejandro el Grande tendría esta facha debajo de tierra? (1).

HORACIO.—Exactamente la misma.

HAMLET.—¿Y apestaría también así? ¡Puf! *(Tira la calavera.)*

HORACIO.—De igual manera, señor.

HAMLET.—¡A qué viles usos podemos venir a parar, Horacio! ¿Por qué no podría la imaginación seguir punto por punto las augustas cenizas de Alejandro hasta encontrarlas tapando la boca de un tonel?

HORACIO.—Sería considerar con excesiva minuciosidad el considerar de tal modo la cuestión.

HAMLET.—No, a fe, ni en lo más mínimo. No hay más

---

(1) Alejandro el grande—según dice Plutarco—era un dechado de belleza varonil; de su boca y de todo su cuerpo exhalábase un suave olor que perfumaba sus vestidos. Su cadáver, que permaneció insepulto durante algunos días, se conservaba hermoso y sin presentar la menor señal de descomposición.

que seguir a tal personaje hasta aquel extremo sin caer en exageraciones y guiándose por la verosimilitud, de esta suerte: Alejandro murió, Alejandro fué sepultado, Alejandro volvióse polvo; el polvo es tierra; de la tierra se hace barro, y ¿por qué con ese barro en que se convirtió no podían hacer un tapón para un barril de cerveza?

Y muerto ya, y en barro convertido,
el César majestuoso,
pudo tapar de un muro el agujero
para impedir que el cierzo penetrara.
¡Oh! que una arcilla tal tuviese al mundo
en el temor sumido,
para servir al fin como remiendo,
que resguarde de rachas invernales! (1)

Pero ¡silencio! ¡silencio! Apartémonos... Aquí llega el Rey...

[*A los acordes de una marcha fúnebre y al sonido de las campanas doblando a muerto, entran con paso lento y procesionalmente monaguillos, sacerdotes, etc., el cadáver de Ofelia, vestido de blanco y coronado de flores, llevado en andas por cuatro hombres. Siguen al cadáver Laertes, de riguroso luto, y varias plañideras; después el Rey, la Reina con su séquito, guardias, pajes llevando antorchas, etc.*].

HAMLET. — (*Continuando*)... y la Reina y la corte. ¿Quién será ése a quien acompañan? ¡Y con un ceremonial tan deficiente! Esto es claro indicio de que el difunto al cual siguen, con mano desesperada puso fin a su existencia... Y era persona de calidad. Agazapémonos un instante, y atendamos. (*Retírase con Horacio*).

LAERTES.—(*Al Sacerdote 1.º*) ¿No hay ninguna ceremonia más?

HAMLET.—(*En voz baja a Horacio*). Aquel es Laertes un joven nobilísimo. Observemos.

---

(1) Algunos suponen que estos versos pertenecen a algún romance antiguo

LAERTES.—¿No hay otra ceremonia, digo?

SACERDOTE 1.º—Sus exequias se han celebrado con toda la solemnidad que nos era permitida. Su muerte fué sospechosa, y a no mediar una orden superior (1) que tiene más fuerza que la regla establecida, hubiera élla sido colocada en tierra profana hasta que sonase la trompeta del juicio final, y en vez de piadosas preces, se habrían arrojado sobre élla escombros, piedras y guijarros; no obstante, se le han concedido sus coronas virginales, la lluvia de flores, cual corresponde a una doncella (2), y el ser conducida a la última morada para recibir sepultura al clamor de las campanas.

LAERTES.—Conque ¿nada más queda por hacer?

SACERDOTE 1.º—Nada más. Profanaríamos los ritos funerales cantando un solemne responso, e implorando para élla el descanso eterno, como se hace por las almas de los que mueren en la paz del Señor.

LAERTES.—(*A los Sepultureros*). Colocadla en tierra, y que de su bella e inmaculada carne broten fragantes violetas!... Y a ti, sacerdote brutal, te advierto que mi hermana será un ángel bienhechor mientras tú estés bramando en los abismos.

HAMLET.—[*Con angustia*]. ¡Cómo!... ¡La hermosa Ofelia!... (3).

LA REINA.—[*Desparramando flores sobre el cadáver, y con voz entrecortada por los sollozos*]. Galas a la tierna gala. ¡Adiós!... ¡adiós!... Yo esperaba que de mi Hámlet esposa serías; pensé, dulce niña, adornar tu lecho nupcial con estas flores, y no esparcirlas sobre tu sepultura. [*Rompiendo a llorar*].

LAERTES.—[*Con exaltación*]. ¡Oh! ¡Que una triple calamidad caiga diez veces triplicada sobre la cabeza maldita de aquél cuyo inícuo proceder te desposeyó de tu sublime razón!... (*A los Sepultureros*). No echéis tierra todavía sobre élla; esperad un momento, hasta

---

(1) Del Rey o de la Reina.

(2) En el acto del sepelio de una doncella, existía la costumbre de esparcir flores sobre el cadáver y sobre la tumba.

(3) Hámlet ignoraba la muerte de Ofelia, que ocurrió durante su ausencia. Al oir la palabra «hermana» que pronuncia Laertes, es cuando se entera de que el cadáver que tiene delante es el de su amada.

haberla yo estrechado una vez más en mis brazos. (*Salta dentro de la fosa, y abraza el cadáver*). Amontonad ahora tierra y más tierra sobre el vivo y la difunta hasta convertir este llano en un monte que descuelle sobre el gigantesco Pelión (1) o las celestes alturas del Olimpo azul.

HAMLET.—(*Adelantándose*).—¿Quién es ése cuyo dolor se muestra con tan enfático acento y cuyas palabras de duelo conjuran a los errantes astros, obligándoles a detener su curso, cual oyentes heridos de estupor? Heme aquí, soy Hámlet el danés. (*Arrójase dentro de la fosa*).

LAERTES.—¡El demonio lleve tu alma! (*Asiendo a Hámlet por el cuello*).

HAMLET.—Mal modo de rezar. Quita por favor tus dedos de mi cuello, pues aunque no soy iracundo ni arrebatado, hay en mí algo de peligroso, que es bien que tu prudencia tema. Aparta esa mano. [*Luchan los dos a brazo partido*].

EL REY.—Separadlos.

LA REINA.—¡Hámlet! ¡Hámlet!

TODOS.—¡Señores!

HORACIO.—Sosegaos, querido Príncipe.

(*Algunos del acompañamiento separan con dificultad a los dos adversarios, y éstos salen fuera de la fosa*).

HAMLET.—¡Ea! Yo quiero por esta causa luchar con él hasta que mis párpados dejen de moverse.

LA REINA.—¿Qué causa, hijo mío?

HAMLET.—Yo amaba a Ofelia: cuarenta mil hermanos que élla tuviera, no podrían, con todo su amor junto, igualar al mío. [*A Laertes, con exaltación creciente*]. Dí: ¿qué estas dispuesto a hacer por élla?

EL REY.—¡Oh! Está delirando, Laertes.

LA REINA.—Por amor de Dios, sed indulgentes con él.

HAMLET.—¡Voto a tal! Dime qué intentas hacer: ¿quieres llorar? ¿quieres batirte? ¿quieres privarte de sustento? ¿quieres hacerte pedazos? ¿quieres saciarte de vina-

---

(1) Alto monte habitado por los gigantes y centauros. Los gigantes, estando en guerra con los dioses, trataron de escalar el cielo colocando dicho monte sobre otro llamado Ossa.

gre (1) o devorar un cocodrilo? Pues todo esto haré yo. ¿Has venido aquí para lloriquear, o para provocarme arrojándote a la tumba de Ofelia? Hazte sepultar vivo con élla, pues yo quiero hacer otro tanto; y ya que a tontas y a locas estás hablando de montañas, deja que sobre nosotros echen millones de acres de tierra, hasta que el espacio que ocupamos llegue a tostar su cumbre en la región ardiente (2), y a su lado quede el monte Ossa (3) tamañito como una verruga! Y si te empeñas en vociferar, yo gritaré tanto como tú.

LA REINA.—Eso es puro frenesí, y de tal suerte el paroxismo obrará sus efectos en él durante un breve espacio; pero después, pacífico cual la paloma cuando incuba su par de dorados pichones, quedará sumido en el silencio y el abatimiento.

HAMLET.—Oid, caballero: ¿qué razones os mueven a tratarme de tal suerte? Yo siempre os tuve afecto; pero no importa, pues por más que haga el mismo Hércules, y mal que le cuadre, no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague (4). (*Vase*).

EL REY.—Horacio amigo, no le abandones, te lo ruego. (*Vase horacio*).—(*A Laertes*). Fortalece tu paciencia con nuestra plática de esta última noche. Vamos a activar ahora mismo nuestro asunto. Querida Gertrudis, haced que vigilen a vuestro hijo. Esta tumba tendrá un monumento viviente (5). (*Aparte*). Bien pronto veremos llegada la hora del sosiego. Hasta entonces procedamos con paciencia. (*Vanse*).

---

(1) Los galanes de entonces, para dar a sus damas una prueba de su amor, apelaban a ciertas pruebas bastante duras, como beber vinagre u otros líquidos desagradables o repugnantes.

(2) La *región del fuego elemental* de los antiguos filósofos; de ella nos habla Cervantes en la graciosa aventura de Clavileño (*D. Quijote*, parte II, cap. XLI).

(3) Alto monte de Tesalia.

(4) Literalmente: «el gato mayará, y al perro le llegará su día». Este pasaje se ha interpretado de varias maneras.

(5) Amenaza disfrazada contra la vida de Hámlet.

ESCENA II

Un salón del alcázar.
HAMLET y HORACIO.

HAMLET.—(*Mostrando unos pliegos*). Basta ya de éste, amigo mío. Ahora vas a ver el otro. ¿Te acuerdas de todo el suceso?

HORACIO.—Recordádmelo, querido Príncipe.

HAMLET.—Pues, señor, habíase entablado en mi corazón una especie de lucha que no me dejaba conciliar el sueño; sentíame peor que los revoltosos puestos en el cepo. De pronto, sin andarme en reflexiones, y por ello sea bendita la temeridad, pues bueno es saber que nuestra indiscreción nos presta a veces un buen servicio, mientras que se desbaratan nuestros proyectos mejor meditados; y esto debe enseñarnos que hay una divinidad que labra el éxito de nuestros designios, sea cual fuere la manera como los desbastemos,...

HORACIO.—Nada más cierto.

HAMLET.—...salí de mi camarote, mal arrebujado en mi tabardo de marino y andando a tientas en la obscuridad en busca de mis dos compañeros de viaje. Logré mi deseo; eché la mano a su legajo de papeles, y por fin retiréme a mi cámara. Haciéndome mis temores olvidar toda conveniencia, revestíme de valor hasta el punto de abrir, rompiendo el sello, su principal despacho, y allí encontré, Horacio amigo, ¡oh bribonada regia! una orden terminante entreverada con muchas y diversas clases de razones concernientes a la salud de Dinamarca y también de Inglaterra, y ¡horror! pintando mi vida plagada de tales vestiglos y espantajos (1)... en fin, una orden de que, apenas leída la comunicación, sin demora alguna y sin detenerse tan siquiera en afilar el hacha, me cortaran la cabeza.

HORACIO.—¿Es posible?

(1) Esto es, haciendo ver que el continuar viviendo el Príncipe, sería un tremendo peligro para todos.

HAMLET.—[*Entregándole un pliego*]. Aquí está el despacho: léelo con mayor detenimiento. Pero ¿quieres saber cómo me las compuse?

HORACIO.—Sí, os lo ruego.

HAMLET.—Viendo que por todas partes me tendían pérfidos lazos, y dando mi cerebro principio a la pieza antes de que ideara el prólogo, sentéme, inventé un nuevo despacho, y lo escribí con la mayor pulcritud. Yo creía, en otro tiempo, como lo creen nuestros estadistas, que era una bajeza escribir con pulidez, y mucho me afané por olvidar semejante habilidad; pero, amigo mío, en tal ocasión me prestó un señalado servicio. ¿Deseas saber el tenor de lo que escribí?

HORACIO.—Sí, mi buen señor.

HAMLET.—Una instancia apremiante del Rey, en la cual expresaba que, siendo Inglaterra su fiel tributaria y debiendo florecer como la palmera el afecto entre ambos, e importando que la paz lleve siempre su guirnalda de espigas (1) y permanezca como un lazo de unión entre sus amistades, y así por el estilo muchas otras razones de más peso que el que podría resistir una acémila, en cuanto viera y conociera el contenido de este documento, sin más deliberación, grande o pequeña, hiciera dar muerte inmediatamente a los portadores, sin darles tiempo siquiera para recibir la santa absolución.

HORACIO.—¿Y cómo sellásteis el despacho?

HAMLET.—Ahora verás, y aun en esto se mostró la providencia de los cielos. Yo tenía en mi escarcela el sello de mi padre, que era una reproducción del auténtico sello de Dinamarca; doblé el pliego en igual forma que el otro, lo subscribí, lo sellé, y lo puse cautelosamente en su sitio, sin que se notara la sustitución de la criatura (2). Pues bien, al día siguiente ocurrió nuestro combate naval, y de lo que sucedió después ya estás enterado.

---

(1) La diosa Paz era representada bajo la forma de una gallarda matrona llevando en la mano un manojo de espigas.

(2) Alusión a las sustituciones o cambios de lugar que hacen las hadas con los niños, según se refiere en algunos cuentos infantiles de Inglaterra.

HORACIO.—¿Conque Guildenstern y Rosencrantz corren a su fin?

HAMLET.—¡Qué quieres, amigo mío! Ellos mismos solicitaron con empeño tal comisión. No pesan sobre mi conciencia; su perdición proviene de sus mismas oficiosas mañas. Es muy peligroso para un sér débil meterse entre las puntas de las espadas, cuando riñen con encarnizamiento dos temibles adversarios.

HORACIO.—Pero, señor, ¡qué Rey es ése!

HAMLET.—¿No te parece que ahora me concierne a mí... siendo él quien asesinó al Rey mi padre y prostituyó a mi madre, quien se interpuso de un salto entre el voto popular y mis esperanzas (1) y quien echó el anzuelo contra mi propia vida, valiéndose de tales alevosías; ¿no es obrar en perfecta justicia el darle su merecido con este mi brazo? ¿No es criminal dejar a ese cáncer de nuestra naturaleza cebarse en nuevas maldades?

HORACIO.—Pronto deberá saber de Inglaterra el éxito que allí ha tenido su empresa.

HAMLET.—Dentro de poco será, pero el interín es mío, y la vida de un hombre se acaba en un abrir y cerrar de ojos (2)... Mas estoy en extremo pesaroso, amigo Horacio, de haber faltado a Laertes olvidándome de quien soy, pues por la imagen de mi causa veo yo el cuadro de la suya. Solicitar quiero su afecto; mas, hablándote con franqueza, las alharacas de su sentimiento me pusieron en un estado de violenta sobreexcitación.

HORACIO.—¡Silencio! ¿Quién llega aquí?

Entra OSRIC.

OSRIC.—[*Con expresión ridículamente afectada*]. Con felicidades mil haya llegado vuestra Señoría de retorno a Dinamarca (3).

---

(1) Esto hace referencia a la sucesión en el trono de Dinamarca.

(2) Esto es, por poco que sea el tiempo de que dispone Hámlet, es bastante para poder quitar la vida al Rey.

(3) Todo este pasaje cómico, que tan vivo contraste forma con el trágico desenlace que se acerca, es una sátira contra el *eufuismo,* estilo ridículamente afectado y ampuloso, introducido a fines del siglo XVI por John Lily.

HAMLET.—[*Remedando a Osric*]. Os doy rendidas gracias, caballero. (*Aparte a Horacio*). ¿Conoces tú a ese danzarín?

HORACIO.—No, querido Príncipe.

HAMLET.—Pues te hallas en estado de gracia, porque pecado es conocerle. Posee muchas y fértiles tierras. Como un animal sea señor de animales, tendrá su pesebre en la mesa del Rey. Es un patán adinerado que charla como una urraca, pero, como te digo, inconmensurable en la posesión de estiércol.

OSRIC.—Amabilísimo señor, si vuestra Señoría tuviese un momento de ocio, le comunicaría una cosa de parte de su Majestad.

HAMLET.—Yo la acogeré, caballero, con toda la solicitud de mi alma. Mas aplicad vuestro sombrero a su debido uso: es para la cabeza.

OSRIC.—Rindo infinitas gracias a vuestra Señoría: hace mucho calor.

HAMLET.—No tal, creedme; hace mucho frío: el viento es del norte.

OSRIC.—En efecto, señor, hace un frío bastante regular.

HAMLET.—Sin embargo, paréceme que hace un calor muy bochornoso y sofocante, o es que mi complexión...

OSRIC.—¡Oh! Sofocante en extremo, señor; el tiempo es bochornoso en sumo grado, como si dijéramos... no sé como expresarlo. Mas, señor, su Majestad me ha rogado significaros que ha hecho una importante apuesta en favor vuestro. He aquí, señor, de qué se trata...

HAMLET.—Pero os suplico recordéis... (*instándole a cubrirse*).

OSRIC.—No, a fe, mi bondadoso señor; es por comodidad, os lo aseguro... Pues, señor, aquí está, recién llegado a la corte, Laertes. Podéis creerme: es un cumplido caballero, abundoso en las más eximias distinciones, de amabilísimo trato y de noble talante. En verdad, y hablando en términos expresivos, es el indicador o almanaque (1) de la cortesanía, por cuanto en él encontraréis la suma de todas las partes que desear pueda toda persona bien nacida.

---

(1) Los antiguos almanaques, por las numerosas indicaciones prácticas que contenían, eran verdaderas guías de conducta.

HAMLET.—Su diseño, señor mío, no sufre menoscabo alguno en vuestros labios; aunque bien lo sé: el dividirle por puntos a guisa de inventario, aturdiría la aritmética de la memoria, y ésta no haría sino dar bordadas, quedándose a la zaga de tan velera nave. Mas, dentro de la verdad del encomio, le considero yo una persona de relevantes artículos (1), y sus prendas infusas son para mí de tal rareza y de un valor tan subido, que para hacer de él una acertada dicción, no tiene semejante sino en su propio espejo, y quienquiera que pretenda imitarle, será su sombra y nada más.

OSRIC.—Vuestra Señoría habla de él de la manera más infalible.

HAMLET.—Pero sepamos la concernencia de eso, caballero. ¿A qué fin envolvemos a ese hidalgo con nuestro más que rudo aliento?

OSRIC.—¿Decíais, señor...?

HORACIO.—¿No fuera posible entenderse en otro lenguaje? Por vuestra parte, señor, a buen seguro que sí.

HAMLET.—¿A qué viene la nominación de tal caballero?

OSRIC.—¿De Laertes?

HORACIO.—(*Aparte a Hámlet*). Su bolsa está ya vacía; se han agotado todas sus frases de relumbrón.

HAMLET.—Del mismo, señor mío.

OSRIC.—Entiendo que no sois ignorante...

HAMLET.—Holgárame yo de que lo entendiérais, caballero; bien que, a decir verdad, si así fuese, no redundaría mucho eso en favor mío. Conque, hidalgo...

OSRIC.—No sois ignorante de la excelencia de Laertes...

HAMLET.—No me atrevo a confesar tal cosa por temor de compararme en excelencia con él; pues, el conocer bien a un hombre, sería conocerse a sí mismo.

OSRIC.—Yo quiero, señor, significar su excelencia respecto a las armas, pues, según la fama que le tributan, no hay quien le iguale en su consumada pericia.

HAMLET.—¿Y qué arma es la suya?

OSRIC.—Espada y daga.

HAMLET.—Esas son dos armas; pero lo mismo da.

---

(1) Esto es, una persona de grandes cualidades. La voz inglesa *article* significa *detalle de inventario.*

OSRIC.—El Rey, señor, ha apostado con él seis caballos berberiscos, contra los cuales Laertes ha aventurado, según he sabido, seis espadas y dagas francesas, con sus correspondientes accesorios, tales como talabarte, colgantes y demás. Tres de los soportes (1) son verdaderamente de un gusto muy exquisito, armonizan muy bien con la empuñadura del arma; unos soportes sumamente primorosos y de una refinadísima fantasía.

HAMLET.—Pero ¿a qué cosa llamáis soportes?

HORACIO.—(*Aparte a Hámlet*). Bien sabía yo que tendríais necesidad de consultar las notas del margen antes de llegar al fin.

OSRIC.—Los soportes, señor, son los colgantes.

HAMLET.—Tal expresión parece significar más bien una cureña o cosa así, y se hermanaría mejor con lo que decimos si lleváramos un cañón al cinto. Así es que hasta que ello suceda, creo preferible llamarlos colgantes. Pero vamos al caso: seis caballos berberiscos contra seis espadas francesas con sus anexos y tres soportes de refinada fantasía: ésta es la apuesta francesa contra la danesa. ¿Y por qué se *aventura,* según decís vos, todo eso?

OSRIC.—El Rey, señor, ha apostado que en una docena de golpes entre vos y Laertes, vuestro adversario no os aventajaría en más de tres botonazos; y Laertes ha apostado que os tocaría de doce veces las nueve; y procederíamos a una prueba inmediata si vuestra Alteza se dignase dar la respuesta.

HAMLET.—¿Y si yo respondo que no?

OSRIC.—Quiero decir, señor, si deseáis presentaros en persona como contendiente en la prueba.

HAMLET.—Caballero, voy a pasearme por el salón; si su Majestad lo tiene a bien, esta es para mí una hora de esparcimiento. Que traigan los floretes, dado que consienta en ello ese hidalgo, y de persistir el Rey en su propósito, yo le haré ganar la apuesta si puedo; de lo contrario, no ganaré yo más que mi humillación y unos cuantos botonazos por añadidura.

---

(1) *Carriages*, en el original. Por sus diferentes significados (soporte, vehículo, cureña, etc.), esta voz se presta a un gracioso equívoco, que sólo a medias puede expresarse en castellano, como se verá luego.

OSRIC.—¿Es así como transmitiré vuestra respuesta? (1).

HAMLET.—Con arreglo a este sentido, caballero; por lo demás, adornadla con todos los floreos que sean de vuestro agrado.

OSRIC.—Recomiendo mis respetos a vuestra Señoría.

HAMLET.—Siempre vuestro, siempre vuestro. (*Vase Osric*). Bien hace en recomendarse a sí mismo; no se encontraría ninguna otra lengua que lo hiciera por él.

HORACIO.—Parece un avefría que echa a correr con la cabeza metida todavía en el cascarón (2).

HAMLET.—Hacía mil ceremonias y cortesías a la teta antes de mamar. Como tantos y tantos otros de la misma pollada, por quienes, según veo, chochea este siglo corrompido, ha logrado él adquirir únicamente el tono de la época y las exterioridades del trato de la buena sociedad; es una suerte de masa de espuma que los hace sobresalir por encima de las opiniones más frívolas y zarandeadas; pero no hay más que soplar en ellos para hacer la prueba, y las burbujas se desvanecen al instante.

Entra un GENTILHOMBRE.

GENTILHOMBRE.—Señor, Su Majestad os ha transmitido sus saludos por conducto del joven Osric, quien, de vuelta, le ha comunicado que vos le estáis esperando en este salón; y me envía a saber si persistís en vuestro deseo de lidiar con Laertes, o si queréis tomaros más tiempo.

HAMLET.—Yo soy constante en mis resoluciones, y éstas se conforman a la voluntad del Rey. Si Laertes se muestra dispuesto, dispuesto me hallo yo, ahora mismo o en cualquier momento que sea, con tal que me sienta yo tan apto como en la actualidad.

GENTILHOMBRE.—El Rey y la Reina, acompañados de toda la corte, se dirigen aquí.

---

(1) En su fatuidad, piensa Osric ser una mengua expresarse ante el Rey con la llaneza y naturalidad con que le acaba de responder el Príncipe.

(2) Creíase que los polluelos de esta ave zancuda tenían tal prisa por salir del huevo, que echaban a correr teniendo metida todavía la cabeza en el cascarón.

HAMLET.—En hora feliz.

GENTILHOMBRE.—La Reina desea que dispenséis un afectuoso recibimiento a Laertes antes de principiar el asalto.

HAMLET.—Bien me aconseja. (*Vase el Gentilhombre.*)

HORACIO.—Váis a perder la apuesta, señor.

HAMLET.—No lo creo yo así. Desde que partió él para Francia, no he cesado un punto de ejercitarme, y con las ventajas que me conceden, yo ganaré. Con todo, no puedes tú figurarte qué malestar siento yo aquí en el corazón. Pero no importa.

HORACIO.—Pues entonces, mi querido Príncipe...

HAMLET.—Una tontería, nada más; pero es una suerte de presentimiento funesto que tal vez turbaría a una mujer.

HORACIO.—Si vuestro corazón siente alguna repugnancia, obedecedle. Yo estorbaré que vengan ellos aquí diciéndoles que os halláis indispuesto.

HAMLET.—No, nada de eso. Yo no hago caso de augurios: hasta en la muerte de un gorrión hay una providencia especial. Si ésta es mi hora, no está por venir; si no está por venir, es que ya ha llegado, y si no me ha llegado al presente, a pesar de todo ella vendrá. Todo consiste en estar uno bien preparado, y pues nadie es dueño de lo que un día ha de abandonar, ¿qué importa abandonarlo tempranamente? Sea lo que Dios quiera.

Entran EL REY, LA REINA, LAERTES con otros caballeros y damas; OSRIC y algunos pajes con floretes y guantes de esgrima.—Los pajes disponen una mesa con jarros de vino, copas, etc., cuando se indique.

EL REY.—Ven, Hámlet, ven, y toma esta mano que yo te presento. (*Poniendo la mano de Laertes en la de Hámlet.*)

HAMLET.—(*A Laertes.*) Otorgadme vuestro perdón, hidalgo; os hice un agravio, mas perdonádmelo a fuer de caballero que sois. Bien saben todos los aquí presentes, y vos mismo debéis necesariamente haberlo oído, cuán atormentado me hallo de cruel frenesí.

Todo cuanto hice que pudiera despertar rudamente vuestra delicadeza, vuestro pundonor y vuestro resentimiento, declaro aquí mismo que ha sido locura. ¿Fué Hámlet quien ultrajó a Laertes? No, jamás fué Hámlet, puesto que si Hámlet está fuera de sí, y no siendo ya él infiere una ofensa a Laertes, no es Hámlet quien tal hace: Hámlet lo reprueba. ¿Quién le ofende, pues? Su demencia; dado que sea ello así, Hámlet figura en la parte ofendida, siendo el enemigo del infeliz Hámlet su propia locura. Haced, caballero, que mi protesta de toda intención dañina en presencia de estos testigos me absuelva en vuestro generosísimo pensamiento, de igual modo que si disparando mi flecha a la ventura, hubiese herido a mi propio hermano.

LAERTES.—Doyme por satisfecho tocante a mi corazón, cuyo impulso, en este lance, es lo que principalmente debería arrojarme a la venganza; pero, en lo que atañe a mi honra, manténgome en reserva, y no admito reconciliación alguna hasta que de jueces más ancianos y de honor reconocido obtenga yo un dictamen y un precedente en favor de la paz, a fin de que mi nombre quede a salvo. Mas, en el interín, yo acepto como buena la amistad que me ofrecéis, y no faltaré a ella.

HAMLET.—De buen grado admito vuestras razones, y quiero desapasionadamente tomar parte en esta apuesta fraternal. *(A los pajes.)* Dadnos los floretes, y adelante.

LAERTES.—Adelante, pues; uno para mí.

HAMLET.—Al esgrimir una de esta hojas (*indicando los floretes)*, vendré yo a ser la hoja de talco que prestará nuevo brillo a vuestro mérito, Laertes; mi torpeza hará resaltar vuestra maestría de un modo resplandeciente, como un astro en medio de la noche tenebrosa.

LAERTES.—Os burláis de mí, Alteza.

HAMLET.—No tal; lo juro por esta mano (1).

EL REY.—Dadles los floretes, joven Osric... ¿Estás ya enterado de la apuesta, hijo Hámlet?

HAMLET.—Perfectamente, señor. Vuestra Majestad ha apostado en favor de la parte más débil.

EL REY.—Nada temo por ello. Os he visto tirar a entram-

(1) Forma de juramento usual en tiempo de Shakespeare.

bos. Mas, por cuanto él es aventajado, tenemos la diferencia en favor nuestro.

LAERTES.—[*Examinando uno de los floretes que le presenta Osric.*] Este es harto pesado. A ver otro (1).

HAMLET.—[*Cogiendo un florete al azar.*] Este me parece bien. ¿Son largos por igual todos esos floretes? (2).

OSRIC.—Si, mi buen señor. (*Hámlet y Laertes se disponen para el asalto.*)

EL REY.—(*A los pajes.*) Poned los frascos de vino sobre esta mesa. Si Hámlet da el primer o segundo botonazo, o se desquita devolviendo el golpe en la tercera acometida, que se disparen todos los cañones de las almenas; el Rey beberá porque Hámlet aliente con más desahogo, y echará en la copa, como prenda de unión, una perla de singular belleza y más valiosa que la que han llevado cuatro reyes sucesivos en la corona de Dinamarca. Vengan las copas, y que los tambores anuncien a los clarines, los clarines al artillero de las murallas, los cañones a los cielos y los cielos a la tierra: «Ahora brinda el Rey a la salud de Hámlet»... [*A Hámlet y Laertes.*] Vamos empezad. [*A Horacio y Osric.*] Y vosotros, jueces, observad con ojo atento.

HAMLET.—En guardia, caballero.

LAERTES.—En guardia. (*Dan el asalto.*)

HAMLET.—¡Una!

LAERTES.—No.

HAMLET.—Que juzguen.

OSRIC.—Una estocada, una estocada bien manifiesta.

LAERTES.—Sea. Empecemos otra vez.

EL REY.—¡Alto! (*A los pajes.*) Escanciadme la bebida. [*Bebe; suenan tambores y clarines, y luego se oye el estampido del cañón.*] Hámlet, esta perla es tuya (*echándola en otra copa*); aquí está para tu salud (3). (*A los pajes.*) Dadle esta copa.

---

(1) Mientras el avieso Rey tiene distraído a Hámlet, Laertes, según el plan concertado con aquél, escoge disimuladamente un florete, sin botón y con la punta envenenada.

(2) Durante el reinado de Isabel de Inglaterra, se publicó un edicto que fijaba la longitud de las espadas.

(3) Las perlas, en opinión de los autores antiguos, comunicaban virtudes cordiales al líquido en que se disolvían. Claudio se vale de tal pretexto para envenenar el vino destinado al Príncipe.

HAMLET.—Quiero antes terminar este lance. [*A uno de los pajes.*] Dejadla ahí cerca un momento. [*A Laertes.*] ¡Adelante! [*Continúan el asalto.*] ¡Otro botonazo! ¿Qué decís?

LAERTES.—Tocado, tocado; lo confieso.

EL REY.—(*A la Reina*). Nuestro hijo ganará.

LA REINA.—Es grueso y corto de aliento (1). Ven Hámlet, toma mi pañuelo y sécate la frente. La Reina brinda a tu buena fortuna, Hámlet. [*Toma una de las copas que le presenta un paje*].

HAMLET.—¡Buena señora...!

EL REY.—No bebáis, no, Gertrudis.

LA REINA.—Sí, beberé, señor; perdonad, os lo ruego. (*Bebe*).

EL REY.—(*Aparte*). ¡La copa envenenada! ¡Es ya demasiado tarde! [*La Reina ofrece una de las copas a Hámlet*].

HAMLET.—No me atrevo a beber aún, señora; dentro de un instante.

LA REINA.—Ven acá, deja que yo enjugue tu rostro.

LAERTES.—(*Aparte al Rey*).—Ahora le acertaré, señor.

EL REY.—(*A Laertes*).—No creo tal.

LAERTES.—(*Aparte*). Y sin embargo, es casi contra mi conciencia.

HAMLET.—Ea, vamos a la tercera, Laertes. Pero no hacéis sino juguetear. Por favor, tirad con todo vuestro ímpetu, pues recelo que me toméis por un barbilindo.

LAERTES.—¿Lo decís de veras?... En guardia, pues. [*Empiezan de nuevo el asalto, y después de un polpe dudoso*]:

OSRIC.—Nada, ni de una parte ni de otra.

LAERTES.—Esta para vos. [*Laertes hiere a Hámlet; éste, al sentirse herido, ataca con mayores bríos desarmando a su rival, y después de cambiar entre sí los aceros, Hámlet hiere a su vez a Laertes*].

EL REY.—Separadlos; están enardecidos.

HAMLET.—No; volvamos otra vez. [*La Reina cae desfallecida*].

---

(1) Estas palabras las añadió el autor apropiándolas a Ricardo Burbage, que desempeñaba el papel de Hámlet, y que siendo grueso y de alguna edad, se fatigaba mucho en el ejercicio de la esgrima.

OSRIC.—Atended a la Reina, allí. [*A los dos contendientes, a quienes Osric y Horacio separan con dificultad*]. ¡Teneos!

HORACIO.—Sangran los dos. (*A Hámlet*). ¿Cómo ha sido, señor?

OSRIC.—¿Qué es éso, Laertes?

LAERTES.—¡Qué ha de ser! Soy una chocha cogida en mi propio lazo, Osric. Muero merecidamente víctima de mi propia felonía.

HAMLET.—¿Qué le pasa a la Reina?

EL REY.—Se ha desmayado al veros chorreando sangre.

LA REINA.—No, no; ¡la bebida, la bebida...! ¡Ay, mi amado Hámlet, la bebida, la bebida...! Estoy envenenada! (*Muere*).

HAMLET.—¡Qué infamia...! ¡Hola! Cerrad las puertas... ¡Traición! Que se descubra.

LAERTES.—[*Cayendo al suelo*]. Hela aquí, Hámlet: Hámlet, tú eres muerto; no hay en el mundo medicina alguna que pueda salvarte; no tienes ni media hora de vida. En tu diestra está el arma traidora, con la punta desnuda y emponzoñada; la criminal intriga se ha vuelto contra mí. Ya lo ves: aquí he caído para nunca más levantarme. Tu madre está envenenada... No puedo más... El Rey, el Rey es el delincuente. [*El Rey intenta huir, pero Hámlet se arroja sobre él y le sujeta*].

HAMLET.—¡La punta del acero envenenada también! Ea, pues, veneno, haz tu obra. (*Hiere al Rey*).

TODOS.—¡Traición! ¡traición!

EL REY.—¡Oh! Defendedme aún, amigos míos: no estoy sino herido.

HAMLET.—Toma, tú, incestuoso, fratricida, maldito rey de Dinamarca. [*Aplicándole la copa en los labios, y forzándole a apurar su contenido*]. Bebe este licor hasta la última gota. ¿No está aquí tu perla, tu prenda de unión? Vete, pues, a reunir con mi madre. (*El Rey muere*).

LAERTES.—Ha recibido el pago que merecía. Esta ponzoña la preparó él mismo... Perdonémonos mutuamente, noble Hámlet: que mi muerte y la de mi padre no caigan sobre ti, ni la tuya sobre mí. (*Muere*).

HAMLET.—¡De ello te absuelva el cielo! Yo te sigo...

Muerto soy, Horacio... Reina desventurada, ¡adiós...! Vosotros, que palidecéis y tembláis al presenciar este lance fatal, y que en esta escena trágica no sois más que personajes mudos o meros espectadores, si yo tuviera tiempo tan siquiera (ya que ese despiadado esbirro, la muerte, es inexorable una vez ha echado la garra a alguno), ¡ah! podría yo relataros... mas resignémonos... Yo muero, Horacio; tú vives; explica puntualmente mi causa, y rehabilítame a los ojos de aquellos que no están bien informados del suceso.

HORACIO.—No imaginéis tal cosa. Más tengo yo de antiguo romano que de danés: aun quedan aquí unas gotas de licor. [*Cogiendo la copa envenenada*].

HAMLET.—[*Con un resto de energía y tratando de arrebatarle la copa de la mano*]. Como hombre que eres, dame esa copa: suéltala; por Dios, quiero que me la des. ¡Oh, mi buen Horacio! ¡qué nombre más execrado me sobrevivirá, quedando así desconocidos los hechos! [*Horacio le entrega la copa, y Hámlet la tira al suelo*]. Si me deparaste alguna vez un sitio en tu corazón, vive por algún tiempo alejado de la suprema felicidad, y alienta con pena y dolor en este mundo aborrecible para contar mi historia. (*Oyese a distancia una marcha militar acompañada de una descarga*). ¿Qué bélico rumor es ése?

OSRIC.—El joven Fortimbrás, que llega victorioso de Polonia, saluda con esta salva marcial a los embajadores de Inglaterra. [*Pausa. Hámlet, entre ansias y congojas, va desfalleciendo por momentos, sostenido por Horacio, que hace extremos de dolor*].

HAMLET.—¡Ah!... Yo fallezco, Horacio... El poderoso veneno subyuga por completo mi espíritu... No puedo vivir lo bastante para saber nuevas de Inglaterra,... mas yo auguro que la elección recaerá en Fortimbrás;... mi voz moribunda le otorga mi voto... Díselo así con todos los incidentes, grandes y pequeños, que me han impulsado... Para mí resta sólo el reposo... el silencio... (1). (*Muere*).

(1) *The rest is silence.* Literalmente, «*el resto* (?) o *reposo, descanso, muerte* (?) es silencio». Con esta frase final, Hámlet cierra la serie de

HORACIO.—Por fin se quebranta un noble corazón... ¡Adiós, amado Príncipe! Coros de ángeles arrullen con sus cantos tu sueño eterno. (*Oyese cercana una marcha militar*). ¿Cómo llegan aquí estos tambores?

Entran FORTIMBRAS, los EMBAJADORES y acompañamiento, con tambores, banderas, etc.

FORTIMBRÁS.—¿En dónde está ese espectáculo?

HORACIO.—¿Qué es lo que ansiáis presenciar? Si es un cuadro de desolación o espanto, tened vuestros pasos, no busquéis más.

FORTIMBRÁS.—Ese montón de cadáveres dice a voces: ¡matanza!... Oh, tú, muerte soberbia, ¿qué festín se prepara en tu antro infernal, para que tú, de un solo golpe, hayas sacrifcado tan fieramente a tantos príncipes?

EMBAJADOR 1.º—Ese espectáculo es horrendo, y demasiado tarde llega de Inglaterra nuestra embajada. Insensibles están los oídos de aquel que debía escucharnos, para notificarle que se han cumplido sus órdenes, que Rosencrantz y Guildenstern han perecido ya. ¿De quién hemos de recibir las gracias?

HORACIO.—No será de boca del Rey, aun cuando gozara de vida para agradecéroslo, pues jamás dió él orden alguna para la muerte de ellos. Mas, puesto que a raíz de este lance sangriento tan oportunamente habéis llegado aquí, vos (*a Fortimbrás*) de la guerra de Polonia, y vosotros (*a los Embajadores*) de Inglaterra, ordenad que estos cuerpos sean expuestos sobre un estrado a la vista del pueblo, y dejad que yo relate al mundo, que lo ignora todavía, cómo han acaecido estos sucesos. De esta suerte os enteraréis de ciertos actos impúdicos, sangrientos y monstruosos, de inesperados castigos providenciales, de homicidios fortuítos, de muertes ocasionadas por la perfidia y una razón imperiosa, y para colmo de todo ello, sabréis de maquinaciones que, torciendo su rumbo, cayeron sobre la

---

enigmas que ha soltado desde las primeras palabras que pronuncia en esta tragedia.

cabeza de sus propios autores: todo esto puedo yo fielmente narrar.

FORTIMBRÁS.—Apresurémonos a oirlo, y convoquemos a tal audiencia a los próceres y magnates. En cuanto a mí, acepto con pesar mi suerte; yo tengo sobre este reino ciertos derechos inolvidables, que lo propicio de la ocasión me invita a reclamar.

HORACIO.—De ésto tendré yo también motivo de hablar en nombre de uno cuyo voto arrastrará otros muchos consigo. Pero ejecutemos esto sin perder un instante, aun mientras los ánimos se hallan conturbados, no sea que sobrevengan nuevos desastres originados por yerros e intrigas.

FORTIMBRÁS.—Que cuatro capitanes conduzcan a Hámlet, como guerrero, al catafalco, pues, de haber sido encumbrado al trono, sin duda se hubiera mostrado un gran Rey; y que, por su muerte, la música militar y los honores de la guerra hablen altamente en favor suyo. Llevaos esos cadáveres, que un espectáculo tal cuadra bien en el campo de batalla, pero aquí es de un efecto deplorable. Id, y ordenad a los soldados que disparen las armas.

(*Marcha fúnebre. Vanse conduciendo los cadáveres, y luego se oye una salva de artillería.*)

FIN

FE DE ERRATAS

Página	Línea	Dice	Léase
15	12	Pregúntale.	Pregúntale,
34	14	Príncipe,	Príncipe.
40	14	clase	frase
47	27	me parece	nos parece
55	7	magnitico	magnífico
57	28 - 29	noroeste	nornoroeste
61	36	ae	de
67	32	almibáramos	almibaramos
94	última	la sombra	la Sombra

BRAS DE FONDO

Anónimo.—El Diablo predicador, comedia. . .	0'50
Jovellanos.—El Delincuente honrado, ídem. .	0'50
Labaila.—Los Comuneros de Cataluña, ídem. .	0'50
Coppée.—La Huelga de los herreros, monólogo.	0'50
Anónimo.—Un minuto más tarde, comedia en un acto para hombres solos.	0'50
Zea.—La Batalla de Clavijo, ídem	0'50
Auber.—Filosofía de la Medicina	1'50
Gil Sanz.—La política castellana.	2
Toda.—Bibliografía de Cerdeña	6
Salustio.—Conjuración de Catilina	0'75
Janet.—Filosofía de la felicidad	1
Wagner.—Mis ideas	1
Espronceda.—Desesperación.--Arrépentimiento.	0'50
Nietzsche.—Más allá del bien y del mal . . .	2
Id.—Así hablaba Zaratustra	2
Farré y Carrió.—Gramática catalana y castellana	2
Durán y Bas.—Filosofía del derecho.	1
Brunet y Bellet.—El Ajedrez. Investigaciones sobre su origen, con 95 grabados, (15 pesetas).	5

Ediciones en papel de hilo

ROJAS.—La Celestina. Tragicomedia de Calixto y Melibea. Tirada de 100 ejemplares. .	8
IBSEN.—Halvard Solness. Tirada de 50 ejemp.	3'50
» **—Hedda Gabler.** Tirada de 50 ejemp. .	3'50
» **—Los puntales de la Sociedad.** Tirada de 50 ejemplares	3'50
» **—Un enmenigo del pueblo.** Tirada de 50 ejemplares	3'50
PAGANO.—Nirvana. Tirada de 25 ejemplares.	2'50